

M. MARTINEZ BARRIONUEVO

Venta de Hijos



NOVELA

ESPAÑOLA

LOPEZ-EDITOR

20 RAMBLA DEL CENTRO-20

BARCELONA

860-3

MAR

Ven



NO SE PRESTA

Sólo puede consultarse
dentro de la sala de lectura

VENTA DE HIJOS



M. MARTÍNEZ BARRIONUEVO

Venta de Hijos

NOVELA ESPAÑOLA

Ilustraciones de M. G. Simancas



BARCELONA

López, editor, Librería Española
20, Rambla del Centro, 20

1892

R. 16. 616

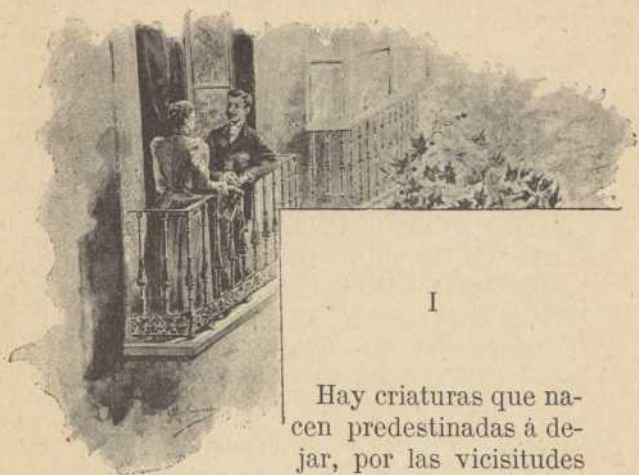


ES PROPIEDAD DEL EDITOR

A. LÓPEZ ROBERT - IMPRESOR, ASALTO, 66.



A. Marten Davidson



I

Hay criaturas que nacen predestinadas á dejar, por las vicisitudes de su vida, profunda huella en la memoria de quienes las conocieron. Tal pasó con la Señora Doña María Vergara de Sotomayor y Salvochea. Tal pasó también con su nieto, D. Francisco Ponce y Vergara. Preguntad á cualquiera en Adamión si conoce esos apellidos y si recuerda las historias con que se enlazaron; os dirán que sí inmediatamente; hasta os contarán las historias de referencia como apretéis un poco. Supongamos, pues, que yo soy de Adamión; que yo sé las historias susodichas de cabo á rabo, y que empiezo por la

que para vosotros será menos importante y más corta: por la de la abuela del niéto; es decir, por la de Doña María Vergara de Sotomayor y Salvochea.

Nadie supo jamás de dónde había salido Mariquilla la Pelusa; conociéronla en las playas de Adamión, los pescadores y otras gentes de mar, cuando tendría la muchacha nueve años á lo sumo. Nadie intentó averiguar tampoco su procedencia, porque á nadie le precisó. Mariquilla la Pelusa, con sus nueve años, su carilla enteca, su cuerpecito flacucho y sus grandes ojos negros, de infinita dulzura, fué queridísima de todos y muy útil á las madres, cuyos hijuelos sabía contentar. También era muy útil en otros importantes ramos, como el de ir á Adamión cuando se ofreciese, para comprar el bacalao ó el jabón, artículos que Mariquilla la Pelusa sabía obtener á muy favorables precios, con su risilla de ángel y sus ojitos dulces, que semejaban dos tentaciones.

¿Cómo creció y vivió Mariquilla la Pelusa? ¡Oh, misterio incomprensible! Sería muy largo el estudio de aquella

vida de miserias y sacrificios cruentos. Puedo decir, únicamente, que Mariquilla la Pelusa llegó á los catorce años, durmiendo unas noches en la cabaña humilde de un pescador, guareciéndose otras bajo el enorme costado de una gran barcaza, y casi siempre, sobre la fina arena, sin otro techo protector que la inmensidad misteriosa de los cielos, tachonados de estrellas como lágrimas que vertían los ángeles por aquella humilde desheredada de la vida.

Hay un paréntesis, donde Mariquilla la Pelusa tórnase de pronto en Mariquilla Rosa, la más alegre florera que adornó con sus gracias y con sus donaires la Plazuela del General.

Un afamado hortera se enamoró de Mariquilla Rosa con propósitos indignos; ella le plantó dos bofetones; con esta patente de honradez, los propósitos indignos del galán convirtiéronse en honrados. De aquí vino casorio; se estableció el hortera al casarse, con modestísimo pie, en el comercio de pañería, y resultó de todo esto que Mariquilla Rosa ascendió de nuevo en cate-

goría, convirtiéndose á los dos ó tres años en Mariquita la Pañera.

El comercio fué bien; el esposo de Mariquita era guardador y muy entendido. Ella, por lo demás, abundaba en iguales prendas;



empezaron á lucir; diéronse ya cierto fuste. Mariquita la Pañera se convirtió en la Sra. María... y

en esta época, un gran suceso vino á coronar la satisfacción del matrimonio, convirtiéndose ya la Sra. María, por el misterioso reconocimiento de unos muy nobles padres que le salieron al fin, en D.^a María Vergara de Sotomayor y Salvochea.

Tenía entonces treinta años; enviudó á poco, quedando con una muchacha como el mismo cielo de hermosa y con una fortuna, de parte de sus padres y de parte del marido, más hermosa aun, para los positivistas, que aquel cielo y aquella muchacha. Rosalía llamábase la hija: ya sabéis lo hermosa que era; casó muy joven; enviudó muy joven también y tuvo, como su madre, un hijo solamente, que fué Don Francisco Ponce y Vergara, y aquí encontramos ya al nieto de Mariquilla la Pelusa. Rosalía, la mamá de D. Paquito, fué una excelente y grave señora, de buen juicio, y de no escaso saber. Hubiera educado perfectamente al Sr. D. Paquito, sin las debilidades de la abuela para con el nieto; resultó así que, como Mariquilla la Pelusa, ó Mariquilla Rosa,

ó Mariquita la Pañera, ó la Sra. María, ó D.^a María Vergara de Sotomayor y Salvochea, fué siempre muy liberal, como debéis suponer, por la infancia y las mocedades que tuvo, y no muy bien educada, dicho sea con perdón á su memoria, por las circunstancias que ya expuse, formó del nieto un ídolo, y quitando á la madre sus prerrogativas hizo del muchacho un mozolejo bastante licencioso (por aquello de la liberalidad de que hablé) y no muy bien educado; esto de la mala educación no fué porque no le dieran educación precisamente, sino porque su sangre brava meridional y las caricias y los halagos de la abuelita hacíanle hostil á toda clase de enfreno. Murió la abuela al fin, quedando el nietecillo hecho un tenorio de veintidos años, arrogante, decidor, enamorado, rico y generoso, que no se cuidaba nunca del porvenir, que no entendía nada más que del presente y que sólo tenía un amor verdadero en el mundo: el amor de su madre. ¡Eso sí! ¡La amaba de verdad! En el punto y hora en que le conocéis, estaba D. Paquito en la pleni-

tud de su vida; tenía veinte y seis años. Era una tarde de Abril sonriente y pura. Hallábase con Rosalía en uno de los balcones de su pequeño palacio de la Alameda. Acababa de vestirse, y estaba dispuesto para salir. El sol íbase escondiendo por occidente: el arrecife, húmedo por el riego que acababan de hacer, despedía cálidos miasmas; la multitud iba llenando la Alameda; los niños, como angelotes bullangueros, corrían detrás de las pelotas de goma; las muchachitas, como muñecas de gozne, brillantes y encogidillas con el aderezado atavío, procuraban arrugarlo en lo posible, corriendo también detrás de la rueda con el palito, ó saltando á la comba en bullicioso gorjeo, como el de los millares de pájaros que se escondían para cantar en la frondosa arboleda. Los carruajes rodaban con lentitud; y oíase, entre el rumor delicioso de los pájaros de la arboleda y los gritos infantiles, el chocar de las anillas de los arreos, el relinchar de algún caballo, el seco crugir de fustas, los pregones del vendedor de dulces y agua, y los otros pregones de las chi-

quillas andrajosas, ofreciendo á las señoras del paseo las tempranas flores de Andalucía.

—Oye,—dijo la madre á D. Paquito,



en voz
apaci-
bleco-

moaquella tar-
de de Abril.—
¿Te vas tan
pronto? Si yo

fuera celosa, se me figuraría que no me quieres ya.

—Mamá, no seas injusta; tu hijo te amará siempre como á Dios.

—Un Dios de conveniencias,—exclamó Rosalía alegremente,—á quien se hace oración á ratos, y de quien se olvida el fiel devoto en conviniendo.

—¡Qué cosas te oigo! ¿Tú no creerás nunca, entonces, que tu cariño es el úni-

co siempre y el más grande de mi alma?

—Lo creía.

—¿Estarás acaso celosa de verdad?

—Sí.

—Pero, ¿de quién?—exclamó D. Paquito sonriendo.

—No lo sé, hijo; de nadie, de una ilusión, de un sueño, de algo que me parece que flota en derredor tuyo, envolviendo tu alma y separándola de mí, para que yo no la distinga bien.

—¿Quieres decirme, de esa manera, que hay un secreto en mi corazón que tú no conoces?

—Repito que no lo sé; yo te extraño. Tus aventuras llegaron siempre hasta mí, pero sin separarte de mi alma. ¿Habrás llegado acaso á alguna aventura que no llegó hasta mí, pero que nos pueda separar?

—No, madre, no, yo te lo juro.

—Así sea,—exclamó Rosalia, sonriendo.

D. Paquito iba á salir como ya dije, pero aquellas palabras de su madre retuviéronle inconscientemente y quedó

allí, apoyándose de brazos en el barandal. La madre miraba sin fijeza á los niños que corrían en el paseo. Pareció pensativa algunos segundos, y levantando la cabeza al fin, dijole lentamente:

—¿Por qué no te casas, Paco?

—¿Casarme, yo? contestó el mozuelo, encogiéndose de hombros, risueñamente. ¿Y con quién?

—No faltaría; ¡siempre hay flores que necesitan el rayo de sol!

—¡Pues apenas si estás galana, madre!

Rosalía se echó á reír, y prosiguió ligeramente:

—Señor hijo, á una madre no se critica de ese modo.

—Yo no te critico, mamá. Pero, ¿quieres decirme, quién es esa flor necesitada de la luz solar? porque ya sabes tú lo curioso que soy.

—Mírala, exclamó Rosalía, señalando al mismo tiempo á unas señoras que pasaban, en carruaje, por debajo del balcón. Parecían aquellas señoras madre é hija y era la última, joven, una niña casi, blanca, rubia, de ojos azules y semblante oval, hermosísimo.

—¡Ah! Pepita Lara, exclamó D. Paco, pensativamente.

—Sí, esa, contestó Rosalía.

—No puede ser, mamá; yo te digo que no puede ser.

—¡Desdichados hombres, que pasáis junto á la felicidad de largo, sin el presentimiento de que la dejáis atrás por seguir ciegos á romper vuestro corazón contra el escollo!

Así dijo Rosalía, contestando á la par con una mano al saludo amistoso que le hicieron, desde el carruaje, las dos señoras.

—Mamá, no digas eso, que me haces estremecer; no casarme yo con Pepita no quiere decir que vaya á morir en desgracia. Hay otras mujeres, y yo no amo aún. El sol,—añadió, sonriendo intencionadamente,—no ha salido todavía para algunas flores.

—Es verdad, contestó Rosalía. Miró á su hijo algunos instantes, y concluyó así con sequedad.

—Pero yo te digo, que si hay flores que necesitan el rayo de sol, vale más algunas veces que no le tengan, si en

vez del calor suave que les dé lozania se encuentran con el fuego maldito que las agoste.

Oyó aquellas palabras D. Paco, y aunque quiso disimular el efecto que le producian no lo pudo conseguir. Para ocultar su turbación se metió en la sala, pasó un rato en ella y salió después sin despedirse de su madre. Rosalía no se dió por entendida, y permaneció allí, con los pensativos ojos siguiendo á los niños que iban y venían alegremente en el arenoso y fino arrecife.





II

Era ya de noche cuando D. Paquito se encontró en la calle. Presuroso, como si se despertara en él un deseo mal dormido, avanzó sin cuidarse del paseo ni de la multitud que allí se solazaba, metiéndose por el intrincado laberinto de las callejas de Adamión. Encontróse, al fin, en una ancha plazoleta; en una de sus fachadas distinguíanse dos faroles de macilenta luz. A su claridad discutible, podriase leer trabajosamente un rótulo grabado entre los dos faroles, que decía así: «Teatro Principal.»

Entró D. Paquito en contaduría, por-

que el teatro no estaba abierto aún. Preguntó al dependiente:

—¿Trabaja esta noche la Sra. Vara?

—No sé, contestó el otro, con una sonrisilla servil. Aquí hay un prospecto. Lo cogió D. Paquito, y lo leyó con avidez.

—No, dijo, no trabaja. Se alejó sin dar las buenas noches.

Su mal humor era visible; aumentó mucho más, porque se acordaba en aquel momento de las últimas palabras que su madre le dirigió. «La verdad era que Pepita Lara se le había puesto ya en la boca del estómago.» Detúvose un momento, indeciso, como si no supiera donde dirigir su rumbo, vagó luego á la ventura por una calle y otra, paseó en la Alameda, procuró distraerse en el café, y transcurrió así parte de la noche. Su mal humor tomaba incremento poderoso.

—Vamos á «Lope de Vega,»—exclamó al fin, de pronto. Allí me distraeré de verdad, aunque paguen justos por pecadores.

Cinco minutos después, hallábase en «Lope de Vega.»

Es también un teatro de Adamión; había aquella noche baile, que tenía sus humos de aristocrático y con razones justificadas.

¿Quién no sabía en Adamión lo que eran los bailes de «Lope de Vega,» hace un año á lo sumo? Este salón es un delicioso teatrillo con su correspondiente historia, que yo no cuento, porque no es oportuno. Tiene arrendado el local, para solazarse bailando en dulce *confort*, la Sociedad *El Comercio*. Hablaré más adelante de la Sociedad, que bien lo merece; ciñome ahora á deciros que el baile estaba muy animado; serían las once de la noche; el movimiento y el barullo eran grandísimos. Se comprende. La Sociedad sólo podía divertirse hasta la media noche; nadie que no fuese socio podía dar lustre al baile con su presencia; decían los Señores socios que ellos bastaban y sobaban para el caso; y como tenían por lema un ardentísimo corazón atravesado en tijeras relucientes; y como los individuos del comercio de mi amada Adamión, sólo están libres hasta la media noche y esto porque se

les concede como favor milagroso de los cielos, ahí tenéis la causa de que reina-se en el salón un barulló que parecía imposible, al decir de cierta chica morena, llamada Lola Barrancones, á quien muy pronto conoceréis. Era que el baile tocaba á su fin.

Es el salón extenso y bastante ancho: divídese en su mitad por una serie de columnas, sostenedoras del pequeño anfiteatro; á espaldas de éste, es decir, desde las columnas á la pared del extremo inferior, hace la sala de restaurant y la otra mitad de la sala, sirve de campo á los mantenedores de Terpsícore..... Jamás se vió un tan confuso tropel de hombres y mujeres abrazados, de caras encendidas y descompuestas por la carrera, ojos chispeantes y bocas comprimidas, además del higiénico baño de sudor copioso, que los cuerpos humedecía.

La orquesta, que se formaba de seis ú ocho músicos, maestros en su arte—porque la ciudad de Adamión, se compone sólo de sabios y ricachones,—estaba en el reducido escenario, más reducido ahora, por ocuparlo en parte un gran

armatoste en forma de grada: allí, en la tal grada, se colocarían oportunamente los individuos de la Estudiantina *No-sotros*, para solazar á los bailarines antes de apagar las luces. Este solazamiento, sería con la audición de unas piecitas de escogidísimo repertorio.



Bailábase una polka, cuando D. Paquito entró en el salón: inflaban los músicos los carrillos furiosamente, saltaban los horteras sobre la alfombrilla del salón, hacían cabriolas y se daban pisotones. Es entre la clase horteril donde más desarrollada se encuentra la pasión del baile. Existen muchos que tendrán la cabeza gorda y todo, las manos llenas

de sabañones, los pies juanetudos y el andar dificultoso; pero al oír una polka, están ya girando como devanaderas sin freno; es delirio lo que tienen por el baile; su clausura de toda la semana detrás del mostrador, entumécelos hasta parecer que los vuelve de goma y les dá ansiedades y furia por botar dislocados. Se agarran á su pareja como lobo hambriento al pedazo de carne. No gozan como los demás hombres, con el dulce fluido que emana y trasmina por todo nuestro ser, de la cabeza juvenil reclinada casi sobre nuestro pecho en el acompasado giro; allí no hay fibra, no hay paladar, no hay sentimiento; ya lo he dicho; es la rabia de girar, de moverse, de hacer cabriolas, de ir y venir en carrera descompasada, de vengarse furiosamente de la semana de ineptitud forzosa á que estuvieron condenados. Yo sé de algunos, que no tienen bastante con ese desahogo terrible y cuando se retiran á descansar, no se acuestan; cogen una silla con la misma tranquilidad que si fuera la más gallarda moza, se hacen música ellos mis-

mos con endemoniado canturreo, y dan vueltas como un trompo hasta caer rendidos.

¿Pero qué sucedía al presidente de la Sociedad, pollo rubio y lánguido, de grandes manazas y ojos de carnero? Iba de acá para allá, multiplicándose, sudoroso; parábase ante una señorita, decía dos frases á tal ó cual socio que se quejaba de esta ó la otra tropelía, metíase las manos en los bolsillos, sacábalas, corría, deteníase inmediatamente, llevaba alguna vez con la cabeza el compás de la música y miraba la hora á cada segundo, en una mano el reloj y en la otra el pañuelo para hacerse aire. Lanzándose de pronto hacia el escenario, gritó á los músicos:

—¡Silencio...!

Cesaron en la tocata: algunos bailarines dieron aún varias vueltas; gastándose al fin la presión impulsadora dada anteriormente á las pantorrillas, detúvose la última pareja.

Fueron sentándose en los taburetes forrados de veludillo carmesi y puestos en fila contra las paredes de la sala; era

preciso tener resignación; aquella noche no se bailaba más; á la Estudiantina tocaba el turno de lucir sus habilidades; ofrecieron solazar á los socios con la audición de algunas piezas estudiadas últimamente y había que oírlas porque no se dijera. Colocáronse los hombres de la Estudiantina, vestidos á la *antigua española*, en el bazar preparado, aquel bazar, comprobación palpable de horteriles inclinaciones. Aparecían todos enfilados y tiesos como escuetas momias, armados de guitarras, panderos, sonajillas, flautas, bandurrias y otros cuerpos del delirio. Aquello era muy solemne; el público que llenaba la primera parte del salón comenzó á interesarse. Contemplaban el cuadro en silencio; tenían los de la Estudiantina, afeitada la cara, retorcido el bigote, una mano artísticamente puesta en la cintura y mostrando en la otra la bandurria ó el pandero; estaban seis estudiantes en la primera grada, cinco en la segunda, cuatro en la tercera, tres en la cuarta, y así sucesivamente, hasta haber uno solo en la grada última. A una seña del

presidente, sentáronse como al impulso de resorte eléctrico, todos á la vez, haciendo abrir por el pasmo, al auditorio, una boca de á cuarta. Comenzó el concierto con un prelude de guitarras y bandurrias; sentados como estaban los músicos y cruzada la pierna derecha sobre la izquierda, daba gloria ver la simetría con que el pié de la pierna montada de los de atrás, destacábase donairoso entre los concertistas delanteros. Tocarón á seguida un trocito de «Norma». Las pande-retas y las sonajas, no debían tener allí parte alguna; no quisieron quedarse atrás y metieron igualmente su cuarto á espadas; sin este contratiempo no hubiera salido mal la cosa, que eran muy aplicados los tales chicos.

Los del salón oían atentos, con beatitud casi; pero más abajo, allá, hácia las mesas del restaurant, escuchábase repique de cucharillas, arrastrar de taburetes, choque de copas, y vocear desentonado; los oyentes volvieron el rostro con disgusto, haciendo señas para imponer silencio; era lo más triste, que

el alboroto producíalo una persona no más.

El presidente se acercó á quien alborotaba, y con mucha cortesía, por dirigirse á una mujer, suplicóle compostura, por un instante. Era la morena á que aludí más arriba. Una señora como de cincuenta y cuatro años, estaba á su derecha, y á la izquierda, muy pegadito, con rostro colorado y los ojos encendidos por la manzanilla y los rozamientos con su pareja, un pollo interesante; ya dije que era morena la joven. Distinguíase desde luego por lo linda; sus facciones eran perfectas, su cuerpo gallardo, de una silueta maravillosa; su cara de un moreno claro, muy suave, pero la nota principal de la hermosura de aquella mujer que apenas tendría diez y nueve años, consistía en unos grandes ojos negros, con tremendísimas pestañas, sombreándole las megillas como las incommensurables alas de un pájaro sombrío de la noche.

—¡Vaya—contestó al presidente—parece mentira, hombre, que venga usted sólo para hacerme callar!

—¿Qué quiere usted, hija? cumplo con mi deber.

—¡Qué deber ni qué ocho cuartos!— exclamó ella, con desenvoltura—¡Pues vaya, hijo! ¿Que me calle para oír la música? ¡Si fuéramos á bailar!

—Ya bailará V. otra noche.

—¿Otra noche? Ahora es mejor.

—Pero Lolita, ¿Por qué impacientarse así?

Lola contestó al punto zumbonamente:

—Porque dando vueltas, no veré á los caballeros del escenario y del bazar. ¡Jesú! ¡Si parecen una pila de melones puestos á cala! ¡Y que risa!

—Pues no se puede bailar.

—Corriente, hijo.

Quedáronse todas mirándola; y ella entonces se irguió triunfante, se cogió del brazo de la señora que reía á carcajadas, y dijo al de los encendidos ojos:

—¡Vámonos!

Briosa, gallarda, echó á andar entre la multitud, saliendo sin mirar á nadie. Pero al dar algunos pasos, tropezó su

mirada con la de D. Paquito; su dulce color moreno, se tornó de púrpura. Quedó mirándole sin acordarse siquiera del otro á quien daba el brazo. D. Paquito sostuvo aquella mirada también hasta que salió la joven, y sonrió luego orgullosamente.





III

Estaba ya la población á oscuras; los hombres de la empresa del gas corrían presurosos, apagando luces desde la primera campanada de las doce; el Ayuntamiento no pagaba á la empresa; vengábase la empresa como podía apagando los faroles antes de tiempo, encendiéndolos después de lo convenido, y amenazando continuamente, con que no los encenderían nunca, para cortar de una vez por lo sano. No quiero añadir más sobre esto, y perdónenme lo

ya dicho; repetiré en resumen, que la población estaba ya á oscuras.

La señora no parecía preocuparse poco ni mucho de lo que el jovenzuelo de la manzanilla hablaba con la muchacha. Además de no ver ni oír, por lo oscuro, y porque hablaba muy quedo el mozo, iba preocupadísima la mamá... Sí, porque era la mamá de la niña. Recordaba la señora los pormenores del baile á que asistieron, y recordando una cosa y otra, interrumpiase á lo mejor en sus reflexiones, para interrumpir á la vez á su hija en su callado coloquio con el mancebo; contestaba la hija á su mamá de muy mal humor, para [concluir pronto; tomaba la pareja otra vez el hilo de la conversación ¡interrumpida y escuchábase solamente en la quietud y el silencio de la noche las pisadas y el taconeo de los tres.

Pasaba revista mentalmente la mamá á las personas que en *Lope de Vega* dejaron, y á los sucesos de aquella noche: «Habían llegado al baile á las ocho; antes tuvo la niña que vestirse dos ó tres veces, porque, estando ya para salir, se le

antojaba cambiar de traje, pareciéndole poco adecuado. ¡Si era más mona! Sólo que ya iba subiéndosele encima à la mamá y era preciso ir cortándole los vuelos.»

Quando llegaron al salón de *Lope de Vega*, era ya tarde y sufrió la señora Barracones el primer disgusto. ¡Cuidado con no encontrar sitio conveniente para colocarse como ella quería! «¡Jesú, qué mareo! A Lola, la sacaron à bailar muy pronto: lo que es por eso no tenían ellas cuidado; siempre estaban los hombres al rededor de Lola como abejitas en colmena...»

¡Y cómo la zumbaban à todas horas con palabras ardientes y requiebros dulces!

—Oye, Lola,—preguntó de pronto.—
¿Quién era aquel pollo que te sacó primero? ¿aquél de la cadena dorada y del clavel blanco?

—No sé el nombre, pero me dijo que iría por casa.

Tenia la señora bien latente en su corazón el recuerdo de todo; de todo se acordaba; no estuvo en el baile don Paco... —Conviene advertir que la se-

ñora no le vió.—No sabía la señora lo que el tal D. Paquito se figuraba. ¡Valiente sujeto estaba el hombre!

—Pues sabes tú, Lola, dijo otra vez alto, que no debes mirarle más.

—Pero, ¿á quién?

—Pues ¿á quién ha de ser sino á D. Paquito?—Lola no contestó y la madre siguió en sus reflexiones. «Es claro. Siempre se las echó aquel niño de hombre de moda y de que si hizo, si aconteció; por supuesto, que doña Joséfa había pasado ya de límite, que sino, ya verían como D. Paquito daba con la horma de su zapato. ¡Si estaba llena de cólera! ¡Cuidado con no presentarse D. Paquito en *Lope de Vega*! ¡Qué poca formalidad! Habiéndole dicho que lo esperábamos en casa para ir juntos, después de consentir en lo que le pedía, de bailar con él toda la noche... Y miren lo que ha hecho! A no ser por el partido que la muchacha tiene, ¡qué bochorno hubiéramos pasado, sabiéndose por todo el mundo que son novios! Fortuna que apenas llegó Lola, tenía ya la pareja como en la punta de los dedos...»

—¡Oye, Lolita! ¡Qué ojos te echaban cuando le decías aquello al Presidente! ¡Si no paro de reírme!

—¡Jesú, mamá, déjame! Qué cansada te pones.

—¡Pues no parece que te estoy matando! ¡Si no podrá una hablar ya con su hija!—Y otra vez siguió meditando la señora Barracones. «Lo que era la muchacha se iba poniendo muy resuelta; hacíase necesario sentarle bien las costuras y á lo mejor, un día, le daba un bofetón que la volvía loca: era preciso tener cuidado, porque con tanta suelta, se volvió una fierecilla... Pero ¡qué bien le sentaban aquellos malos modos con este y con aquel! Eso sí...» Pasando á otro punto. «Lo que era en la cuestión de los bailes había que estar siempre muy prevenida... ¡Ay! los hombres son así: porque les haga una el favor de aceptar un convite alguna vez, ya se creen con derecho á todo... ¿Por qué será eso? ¡Miren Vds. que es cosa mayor! Claro, y ella pobre viuda, no tenía ¡marido que la amparara. Pero siempre se lo estaba diciendo á su niña: —Lola, tén mucho

cuidado; Lola, no pegues los ojos; Lola, que vea yo que estás alerta; Lola, mira que sin saber cómo, los hombres se meten... se meten... mucho en lo que no es menester... Y ¡claro! con sus consejos, ya Lolita se las manejaba de un modo... que era un gusto...

—¡Jesú, Jesú!... lo que son las madres, ¡es una lástima! ¡Qué trabajos tenemos que pasar en el mundo para que las niñas no se nos desgracien!—Suspiró D.^a Josefa, y dijo á la niña:

—Oye, niña; si este joven no hubiera sido tan amable, ya tú ves; solas hubiéramos venido.

—He sentido la molestia...

—Por Dios, Lola, yo tengo mucho gusto...

—¡Pero qué pollo más amable! si usted no quiere molestar más, puede dejarlo: estamos ya muy cerca. ¿No es verdad, Lola?

—Firme hasta la muerte—responde el joven—he querido decir, firme hasta que lleguemos.

—¡Ay! pollo, muchas gracias. ¡Jesú! Pero ¿qué es eso? ¿Has tropezado, niña?

agárrate bien á ese señor; estarás muy cansada de tanto bailar... y luego estas calles, ¡ay! Dios, ¡qué calles!...

—No tenga V. cuidado, señora,—dice el pollo.

Volvió la señora muy placidamente á sus pensamientos, alabando en primer lugar la galantería y la amabilidad de aquel señor, cuyo nombre no conocía aún. «Aquél sí que era un buen partido para la niña, y no D. Paco, siempre fanfarrón y siempre dicharachero, echándolas de bonito, de ricachón, de Tenorio...



¡Jesú! con el hombre, y qué mala sombra... ¿Enriquitín? ¡Tan chiquitín y tan monín!... pero ¡Qué penal! ¡No tenía nada, nada... ni un céntimo!... ¿Y por qué no habrá venido Enrique á casa hoy antes de salir nosotras? Claro, no le habla la niña con tanta formalidad como á D. Paco, pero al fin, también es su novio, y Lolita no debe consentir que falte de casa un día siquiera: yo le diré á Enriquito cuántas son tres y dos... Si este pollo se declara, ¿cómo lo haremos? No, tres novios, ya no es regular. ¡Si se pudiera! Es preciso barajarlos sabiamente, hasta que alguno con proporciones se decida... y yo descanse.

Llegaron en esto á la casa, que habian ya cerrado. Lolita pegó dos ó tres alda-bazos que repercutieron como estampidos; mientras bajaban á abrir, D.^a Josefa ofrecia cortésmente la casa al pollo: éste ofreció también agradecido, corresponder á tanta bondad con una visita al domingo siguiente por la tarde. Contestaron las dos que era esperar mucho tiempo; él las dijo que no podía ser antes.

—¿Por qué? preguntaron, interesándose mucho.

—Porque soy dependiente de la casa *tal*, y sólo salgo los días de fiesta.

—¡Qué lástima!—exclamó la mamá.
—Y la niña, con mucho mimo:

—¡Qué coraje!

El dependiente de la casa *tal* lo sintió en extremo. No bajaban todavía para abrir. ¡Qué modo de impacientarse las dos señoras!... Aldabazos y más aldabazos por parte de Lolita. La mamá en tanto:

—Pero, muchas gracias, pollo, no se moleste más.

El pollo.—No, señora, esperaré que abran.

Suenan pasos en el interior, filtra la luz por las rendijas y el ojo de la cerradura; el pollo da la mano otra vez á la señora y á la señorita; suena la llave, gira la puerta...

—Muy buenas noches, que ustedes lo pasen bien.

—¡Cuidadito, pollo, que no lo olvide; el domingo. La niña picada, añade:

—Pero mamá, déjalo que venga cuando quiera.

- Yo tendré mucho gusto en venir.
—Calla, hija, ¿qué de particular tiene?...
—Adiós, Lolita.
—Adiós.
—Adiós, señora.
—Adiós, pollo; muy buenas noches.
—¡Pero qué amable!—Ea, muy buenas noches.
—Adiós, adiós, abur.





IV

Subieron niña y mamá las escaleras taconeando mucho, tosiendo y hablando alto; despidieronlas de la casa días atrás, y como pronto se mudarían, era cosa de haberlas escuchado y visto; ensuciaban el suelo, desconchaban la pared, arañando el estuco donde lo había, y haciendo el papel girones; se presentaban en tal ó cual piso cuando se les

figuraba que más molestarían y gritaban á voz en cuello en mitad de la noche.

Al entrar en el cuarto, una voz que semejaba ronquido de becerro, áspera y mal humorada, se desató en palabritas que hubieran levantado ampollas de sonrojo á las piedras de la calle; D.^a Josefa contestó en el mismo tono, quitándose á la vez la mantilla; Lola se fué al balcón para seguir la costumbre; allí se quitaba el sombrero y los guantes, puesto el abanico debajo de un brazo. Sin moverse del balcón echó las prendas sobre una butaca de la sala; el sombrero se quedó enganchado casualmente por un lazo de uno de los tiradores de la cómoda; un guante dió en el blanco, pues cayó en la butaca, otro quedó en el suelo. La mamá se deshacía mientras, poniendo todo su sentido en la filípica estruendosa que lanzaba sobre el de la ronca voz. «¿Él qué se había figurado? ¿Que estaba allí D.^a Josefa con sus manos blancas y su mantilla negra, para mantener gandules? ¡Que no lo pensara siquiera aquel señor hermano, que vivió siempre sobre el país de una

pobre y honrada madre, que tenía que quitárselo de la boca para su niña de su alma! ¡Si no quería D.^a Josefa, ni pensarlo! ¡Cuidado con el hombre de Dios! Volvía tan contenta, de distraer un rato á la pobre niñita, siempre endeblilla y malucha, y se encontraba á su señor hermano borrachito perdido. ¡Qué hermano, gran Dios, qué hermano! Fortuna que todo el mundo de aquella calle sabía que D.^a Josefa Barrancones y su niña Lola eran dos mujeres de su casa, y que ellas no podían remediar el tener á su lado un hombre que era la deshonra de la familia. Todo el mundo era testigo; sí, señor; todo el mundo.»

—Calla, escandalosa—gruñía el de la voz,—más valiera que no corretearas tanto por esas calles con la casa tan sucia como la tienes!

—Sucia, porque es la corraleta donde te revuelcas tú! ¡Si siempre estás atestadito de aguardiente hasta los pelos! Anda, charrán, que no reparas en tu sobrina á quien tienes delante, y no debe oír esas cosas... ¡Indecentón!—Y á vueltas de un nuevo desate de palabras

horrendas, —¡ Si tú siempre has sido igual, un mal hablado, que no sé por qué Dios te tiene todavía la lengua en la boca, con las cosas que dices! ¡anda, que ya tendrás el premio!

—¡Mamá!

—¿Qué quieres, hija?

—Aflójame el corsé, que me lastima mucho.

Sin dejar D.^a Josefa su justificada peroración, aproximóse á la niña; habiase desabrochado ella la chaquetilla del vestido; la mamá metió una mano mañosamente en aquellas regiones tibias y virginales. Oyéronse algunos crujidos sordos; eran los corchetes que se soltaban; con aquel ruido y el desahogo y sosiego que después entró á Lolita, pareció á la muchacha que un bicho grande crujía las mandíbulas para soltarle de una dentellada que le hizo antes presa en los pulmones; se aflojó las enaguas, y tirando luego del corsé por debajo, fué saliendo despacito hasta que logró quitarse la prenda sin tenerse que desnudar. Era una costumbre de Lolita si el corsé le lastimaba, «porque de otro modo, andar

prenda á prenda... ¡Jesú! ¡qué mareo!» Cuando ya estaba en su hogar y no pensaba salir ó no esperaba á nadie, hacíalo así; pero sino, puestecito el corsé, muy entallado; no podía suceder arriba de echar los pulmones por la boca si era que apretaban las molestias.

Tiró la niña también el corsé á la butaca, pero cayó en el suelo.

El tío de Lolita se desataba mientras, contra su señora hermana, en vocablos monstruosos, entre los cuales surgió uno que vibró como nota destemplada en el corazón de la vieja; no dice la historia qué vocablo fué, pero sí que la honrada señora no tuvo otro con que desquitarse, sino que cerró la boca, avanzó resueltamente pasando sobre el corsé y el guante, llegó al señor de Barrancones, y cogiéndole un pellizco de un brazo se lo retorció con furia. Mugió el tío, y la niña se abanicaba pacíficamente oyendo á los dos hermanos. «Aquella noche no estaba ella de humor para ninguna cosa; allá y que se hicieran pedazos ellos.» Ni se acordaba ya del pollo de la manzanilla, ni diablos que se lo llevaran. ¿Qué ha-

bía en aquel pensamiento? Si á Lola se lo hubiesen preguntado, de seguro que daría la callada por respuesta, y no por la mala intención de tenerlo oculto, sino porque jamás llegó á hacerse cargo Lolita Barrancones de lo que pensaba: refiérome yo aquí ese pensamiento ávido, que busca siempre su alimentación en las hondas causas; que se afila, que bajando al corazón, penetra sutil, y en la lucha eterna, enróscase á él y es vencedor ó sale vencido, dominando al fin ó siendo dominado, para dar ese contingente de criaturas conocidas en la forma, *todo corazón ó todo cabeza*; dábase el caso portentoso en Lolita, de que no se la encontrase cabeza ni corazón; era lo que su mamá quería que fuese, con ciertas variaciones que no gustaban á la señora, pero que entraba con ellas porque al cabo, era Lolita carne de su carne; por lo demás, la excelente señora doña Josefa estaba contentísima con su pimpollo; hay que convenir también en que doña Josefa ganaba á todas las madres habidas y por haber, no sólo en dar gusto á los ca-

prichos de su hija, sino en anticiparse y hacer que los tuviera.

—Lolita, ¿irías tú de buena gana al baile de máscaras?—Lolita, ¿te comprarías un vestido de seda como el de fulana ó mengana?—Lolita, ¿le quitarías tú el novio à tu amiga tal ó cual para ver cómo rabiaba y oír las miles de cosas que hablaría de nosotras?—Y la



niña iba al baile de máscaras si tenía deseos de ir, y si no los tenía, acariciábale la mamá los ojos con un beso,

diciéndole:—No, hija, monona, no vayas, si tú no quieres.—Y la niña iba entonces por el gusto de contrariarla. Si decía que sí, que se compraría el vestido,

—Bueno, te lo compraré.

—Anda, vamos á comprarlo.

—Pero chiquilla, esperaremos. ¿No ves tú que hasta fin de mes no hay de dónde?

—Pues no quiero esperarme, ¡ea!

—¡Niña, por Dios!

—¡Que no quiero, ya lo sabes, que no quiero!

—Pues querrás y te vendrá muy ancho. ¡No faltaba más! ¡Como que irías tú á disponer las cosas á tu gusto!

—Pues no querré, no, señora, que no querré, y tú tienes la culpa que me lo has dicho; que lo que es yo no pensaba en eso, ni á mí me hacía falta para maldita la cosa; sólo que tú no me quieres ni chispa. ¡Y ya lo creo! ¡Por el gusto de verme rabiar! ¡Si ya te conozco yo!

—¡Como chistes más, te doy un *crujio* que te pongo verde! ¿Qué se dirá de los Barrancones cuando oigan desde la calle ese jaleo?

—¡Sí, sí, porque tú eres la causa! Y lo que es decir de mí, yo no sé lo que sea que no lo hayan dicho de ti antes, ni digan ahora, porque tú me has enseñado!

—¡Así, así, grita más! ¡Anda, hija, dá el espectáculo! ¡No tienes tú la culpa, sino quien te deja pasar las cosas! Anda y alístate, que vamos por el vestido, sólo porque te calles y que no te oigan, que eres una sinvergüenza!

Y se compraba el vestido, mandando antes secretamente al Monte de Piedad algunos objetos para reunir la cantidad suficiente.

Por lo que respecta á los noviajos de Lola, había tela para cortar, si á ello me pusiese; ya dije más arriba las proposiciones que la mamá le hacía, previniendo sus caprichos, bien que algunas proposiciones parecerán al lector extrañas; la de quitar el novio á la amiga, por ejemplo; como la niña se encogiese de hombros, perfectamente; la mamá se callaba, y no insistía; pero como le diera por aceptar, poníase al punto manos á la obra; se inventaban novelas en perjui-



cio de la víctima para que llegasen á conocimiento del novio; escribíanse cartitas sin firmar contándole cosas estupendas; al mismo tiempo frecuentaba Lolita más asiduamente la casa de la que escogió para el sacrificio, á horas en que por lo general estuviese su amado; cuando se retiraban madre é hija, la muchacha contaba á la vieja detalle por detalle las cosas que hizo para captarse las simpatías del pobre mozo á quien se trataba de atraer. ¡Cómo se identificaban en sus alegrías ó en su despecho, según fuesen de satisfactorios ó no, los pasos que la niña daba en el manejo de su intriga! ¡Cómo reían desenfrenadamente ó arrugaban el entrecejo lamentándose entonces! «¡Si no hubiera sido por esto! ¡Si no hubiera sido por lo otro! Aquella señora no me dejó hablar con él; mira, tú debes hablarle de esta manera ó la de más allá...» Iban las dos juntas á casa de la pobre víctima. ¡Cuántos besos! ¡Cuánto mimo! ¡Qué halagos! ¡Y cuántas palabritas cariñosas! De no conseguir el objeto, por necesitar ayuda, no tenían inconve-

niente en llevar otra amiga del mismo jaez,—que hay muchas, aunque no lo parezca;—entre la amiga y la mamá, cogían por su cuenta á la novia y á la madre de ésta; distraíanlas y á quienes les acompañasen, y Lolita, entretanto, tenía el campo libre para paliquear con el novio á sus anchas. Como al fin no se consiguiese por este medio el objeto que se proponían, entonces era preciso de todo punto abandonar la empresa, y la mamá y la niña se ponían inaguantables, sin poderse resistir la una á la otra; pero como fuese al reverso, ¡qué gran jolgorio y estruendo de risas, la noche primera que el galán de la amiguita se presentaba en el cuarto de doña Josefa!

Después del pellizco, durmióse el señor Barrancones puesta la mano en la parte dolorida. D.^a Josefa siguió vomitando en tropel denuestos miles; se había quitado la ropa de calle y puéstose un vestidillo de mala muerte, según ella decía; nada más que mientras llegaba la hora de acostarse, porque «¡ay! ¡Jesús, niña, el vestido y qué malo está!

¡Es claro! si lo que algunos pillos gastan en aguardiente, nos lo pudiéramos echar encima, otro gallo nos cantara. —¿Oye, vendrá ese joven?

—¡Yo qué se!

—¡Mira la niña, y qué manera tiene de contestarme!

—¿Pero qué quieres tú que diga? ¡yo no sé si vendrá ó no vendrá!

—Bueno; pero lo que es á Enrique le vas á plantar en la del Rey. ¡Cuidado con no haber venido hoy!

—Estará malo—dijo la niña, abanicándose.

—Pues se manda un recadito.

—No se acordaría ó no habrá tenido gana.

—Pero oye ¡con qué calma lo tomas!

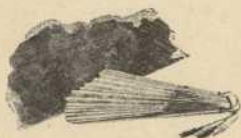
—¡Ay! Jesús, mamá, déjame ya, que me estás mareando toda la noche. ¡Cuidado con la mujer!

—¿Sabes que tú también eres muy rabicortoncilla? Te dejaré, sí, ¡no vayamos á tener otra!

—Bueno, mejor.

D.^a Josefa no replicó más; la sala quedó en silencio; la calle estaba silenciosa;

colábanse por el balcón algunas ráfagas de vientecillo sutil; se oía á veces el pito del sereno y el *rás* de los abanicos, que abrían y cerraban la mamá y la niña; en un extremo de la sala dormía el borracho; en frente del balcón estaba la cómoda; sobre la cómoda, algunos botecillos, una caja de polvos y una luz que ya tocaba á su fin; un guante en la butaca, junto á la puerta; el otro, en el suelo, y haciéndole compañía, el corsé elegantísimo; sobre uno de los dorados corchetes, destellaba la macilenta luz.





V

La historia de las infames, que no lo parecen, no arroja ningún dato sobre el nacimiento y vida de la Sra. Barrancones; á juzgar por lo que ella decía en sus esferescencias cuando amonestaba á su señor hermano, los Barrancones fueron ilustres siempre, de los pies á la cabeza y se les salía el brillo hasta por la punta de los pelos; respecto á su vida, siempre fué D.^a Josefa cabal remedo de aquellas hermosas damas, gloria y honor de sus antepasados, por sus honestos procederes y discreción suma; pero era lo que doña Josefa decía todas las mañanas á un hortera de ultramarinos, al hacer la

compra, como no hubiese para pagarle en el momento:

—Ya tú ves; ¡quién se lo había de figurar! lo que hizo aquel hombre conmigo no tiene perdón de Dios; (aludía hablando así, al padre de Lolita). ¡Un hombre que parecía tan bonachón y tan mandible! pues me dejó plantada, hijo; ¡ya ves, yo no tuve la culpa, y por quien lo sentí fué por esa niñita de Dios, tan buena como es y tan cariñosa! ¡si tú supieras; no he visto mujer igual para las cosas de su casa! ¡Y qué extremos con todito el mundo! ¡Si parece mentira! y lo que es al padre de mi Lolita, échale un galgo; por ahí anda sin acordarse de que tal hija tiene. ¡Jesú, hijo mío! ¡Qué hombres..!

—Calle usted, señora; los méritos de Lolita, la recompensarán á usted de lo que sufrió,—decía el hortera interrumpiéndola.

—Eso es lo que yo digo, que la muchacha se lo merece todo; porque... ¡Ay! ¡Si tú no sabes!.. con decirte: el otro día, le digo: —Lolita, te voy á comprar una manteleta de esas que se estilan ahora;

pero de las caras, hija, de las caras; y ella dice:—Bueno.—Pues verás; fuimos á la tienda, y para que tú veas lo que son las cosas; se compró la manteleta, hijo, y no ha permitido ponérsela un solo día; siempre dice, muy cariñosa:—No, mamá, ¡si yo la quería para tí, para tí!— Y que quiera una que no, tiene que ponerse la dichosa manteleta.

De estos rasgos heroicos de la muchacha Barrancones, tenía el hortera aquél un millar de millares guardados en el meollo á fuerza de oírseles repetir una vez y otra á la señora esclarecida. Con el respeto que se debe á D.^a Josefa y á su ilustre prosapia, he de decir una cosa: á ser verdad lo que se murmuraba en el vecindario, D.^a Josefa desmentía á sus ascendientes, en lo de no mentir nunca por lo menos; que en lo del recato, ya tuvo ella que confesar siquier fuese arrimando el ascua á su sardina, que su opinión de doncella la había destruido un mal hombre, sin querérsela reponer con digno ayuntamiento de iglesia, ya que el casorio es lo único bueno para lavar ciertas suciedades. Decíase, pues,

—y yo ruego muy humilde que esto no lo columbre la señora Barrancones, porque nos habria de costar á todos serios disgustos—decíase, pués, que la ilustre señora siempre había sido una gran picara; que había dado escándalos mayúsculos; que pasó la juventud desordenadamente; que crió á Lolita como Dios sabe; que achacó desde el principio la procedencia de su niña á un señor misterioso, cuyo nombre no puedo deciros, y que el hombre misterioso zapateábase muy bien, no entrando jamás en el asunto que querían que entrase; se afirmaba asimismo, que el hombre misterioso, era ricacho de los de verdad; que por eso, mandaba de tarde en tarde á los Barrancones algunos billetes de á mil, con los cuales salían del paso por unas semanas, desempeñándolo todo y pagando á todo el mundo, para seguir luego con las mismas; y que no pudiendo ya la ilustre señora doña Josefa Barrancones seguir haciendo de las suyas, estaba educando en la carrera á Lolita, que no era más que un pedazo de carne...

Pero por Dios vuelvo á pedir, que nada de esto se crea; ya sabéis lo que son chismes de vecindad, y fuera para mí un remordimiento constante haber dado lugar con mis insinuaciones inocentísimas de narrador que se contenta con decir lo que le dicen, sin quitar ni poner, á que padezca la reputación de una muchacha virtuosa y de una madre dignísima; yo ofrezco por mi parte no hacerme eco otra vez de ciertas habladurías y atenerme sólo á presentar á las señoras tal como sean sin ayuda de vecino.

No solía acostarse D.^a Josefa con las gallinas, pero se levantaba muy temprano; recogíase el pelo, fuerte y gris, de cualquier manera y echábase á la calle, dando por el mercado la vueltecita de costumbre. La mañana á que me refiero hizo lo de siempre; salió muy temprano, fué á la compra y á repetir al hortera de ultramarinos, por centésima vez, la algarabía de la manteleta y del papá desnaturalizado y sin apego á su niña; ¡una niña tan mandible como era y tan mujer de su casa! La señora estu-

vo esta vez con el dependiente locuaz y comunicativa como nunca, á causa de los acontecimientos de la noche anterior. «Su niña... ¡qué buena sombra había tenido su niña y qué plante dió allí á todos!»

—Pero dime tú, oye, ¿por qué habrá sido eso de no haber ido D. Paco?

—¡Cómo, D.^a Josefa! ¿Pero no sabe usted que anoche estuvo en «Lope de Vega» D. Paquito?

—¿Qué estás diciendo?—preguntó la Sra. Barrancones en el colmo del estupor.—¡Si yo no le ví!

—¡Pues estuvo!

—¡Y no nos habló ni nos dijo nada! ¡Por supuesto! yo me figuro ya lo que eso es.

—¿Sí?

—Ya lo creo que sí; anda por esos mundos una comiquilla... pero en fin, no quiero hablar ahora; yo no sé qué habrá pensado D. Paquito; si pensó burlarse de mi niña, se lleva chasco; no vaya á creer ese tonto, porque tiene mucho de aquí... que todo el monte es orégano; no, hijo, te juro que de mí no se burla nadie.

—Pero señora. ¿cómo van á intentarlo? ¿Y el respeto que usted merece á todo el mundo? ¡no faltaba otra cosa!—Y el infame hortera, liaba, sin reírse, una ración de garbanzos secos, en un papel de estraza.

—¡Ya ves! pero yo te digo que se aclarará la cosa... ¡vaya si se aclarará! ¡Como que va á quedar el apellido de los Barrancones por el suelo de esa manera! No, hijito, que yo tengo muy buenas aldabas y sé agarrarme á ellas cuando es preciso; ¡tú no sabes todavía el respeto de nuestro nombre, y la consideración que se le debe! No hay quien nos gané á ilustres, ni á distinguidos; ¡vaya!.. seis de bacalao y tres de garbanzos, nueve... porque ya dió prueba toda mi familia, desde el primero hasta el último, de lo que yo digo; añade este azafrán y estas morcillas. ¿Y nuestra dignidad? ¡Buenos somos nosotros cuando nos proponemos una cosa! ¡Y lo que es de cumplidos y decentes, ya tú sabes! ¿Cuánto? tres reales y medio. ¡Caramba con D. Paquito! Mañana te pagaré.

Se despidió D.^a Josefa con mucha majestad; ya se marchaba, cuando el *ultramartino* saltó diestramente por encima del mostrador y cogiéndola de un brazo la habló algunas palabras al oído; sonreía al mismo tiempo, y torcía la cara en mueca de súplica.

—Bueno, hombre — contestó ella en tonillo protector—yo arreglaré eso; pero no pienses; costará mucho trabajo, porque es imposible que te figures los compromisos que le salen para bailar; ¡ea! adiós; y descuida tú, que yo lo arreglaré y bailará contigo en la primera ocasión.—Y salió majestuosa y ufana.





VI

D. Paquito conoció á las Barrancones en un baile de «Lope de Vega». La relación de las argucias de que se valió el famoso D. Paco, para entrar la primera noche en el baile, no son de este sitio; para ellas solas haría falta un volúmen que no me encuentro yo capaz de escribir.

Ya sabéis que la Sociedad *El Comercio*, no permitía en su sagrado recinto,

á ninguna persona que vistiese por los pies, como no ejerciera la misma profesión; como no estuviese bañado en las dulces oleadas de dicha que se experimentan constantemente detrás del mostrador, cortando cintas, midiendo sedas ó cañamazos, liando arroz ó destrozando fieramente con ciclópea cuchilla rico jamón de Escocia. De ahí, que surgiesen tan serios obstáculos para permitir la entrada á D. Paquito en «Lope de Vega», por no pertenecer á la Sociedad del *Comercio*. Lo cierto es, en resumen, que don Paquito fué el único en conseguir el privilegio de meterse en «Lope de Vega», sin pertenecer al número de sus honorables socios.

Quedóse más que satisfecho su deseo la noche primera que pisó el recinto encantado, pero quiso la suerte buena ó mala—que eso allá lo veréis—de doña Josefa Barrancones, y de todos los personajes que han aparecido y aparecerán en este libro, que se topase D. Paco con Lolita, á quien jamás vió hasta entonces; le agradó su físico y no le parecieron mal tampoco sus modales des-

embarazados, su risa alocada y su conjunto señorial, que eso lo tenía, mal que pese á quien afirme lo contrario. Ganábase las simpatías de los hombres, sólo con su presencia; tratándola, no obstante, resultaba distinto; carecía de gracejo y no abundaba en frases ingeniosas, de esas que se estilan más que sean copia de aquí ó allí, para el uso particular de jóvenes casaderas; el donairoso cuerpo y belleza regular, corregida y aumentada por arte mágico, iban recogiendo siempre simpatías; pero si con ella se entraba en conversación, caíanse por tierra los atractivos, ganando por un concepto lo que perdía por otro, y sucedíale así, lo de la caja sin fondo del diablo; siempre echándole oro y sin rebosar nunca. En la Sociedad, era muy distinto; allí tenía la Barrancones grandísima importancia; se la daban los pies; puede decirse que era adoración lo que por Lola sentían; bailaba divinamente, según afirmación de los danzarines—aquellos simpáticos chicos de ojos chispeantes, boca contraída y grandes, ardientes, y colora-

das orejas—cuando Lola, tranquila y desdeñosa, deslizábase ante ellos en vals vertiginoso.

Requebró D. Paco á la niña, y la Sociedad entera bramó iracunda contra aquel intruso; si la Barrancones se *echaba* novio, ya no sería el caballo de batalla de los honradísimos dependientes de comercio.

Llegó á columbrar D. Paquito escozores tales, y por el gusto de hacerles rabiar, siguió galanteando á la niña; se llenó de satisfacción D.^a Josefa; Lola también estaba orgullosa, y los socios de *El Comercio* echaron los bofes. ¡María Santísima! ¡Qué inquietudes las de doña Josefa mientras llegó el domingo siguiente á aquel en que D. Paco empezó á galantear á la niña! Eran las dos de la tarde y estaba ya nerviosa; no podía contenerse.

—¡Jesú, Lola, muévete un poco, mujer, y no seas chocante; anda, que no has salido á mi! ¡Si me hubieras conocido á tu edad, te quedabas bicea!

—Encogiase Lola de hombros, sin

dársele un comino de lo que su mamá dijese, ó disimulándolo por lo menos. Enfurecíase la mamá, de su parsimonia, y milagro fué que no se libró una batalla antes de salir; llegó por fin la hora; salieron; encamináronse hacia la Alameda y después al Muelle; la niña delante, la mamá siguiéndola; estaba en el Muelle todo el personal del comercio de Adamión; sí, todo el comercio, chico y grande; desde el Banquero ventrudo, hasta el modestísimo dependiente de mano gorda y colorada, cabeza enorme, bronco pelo y ojos espantados, prueba evidentísima la última, de que el futuro marqués, propietario y ricachón, tenía aún pegada á los carvejones la arcilla del terruño asturiano ó gallego.

Se quitaban el sombrero cortésmente para saludar á Lolita y á su mamá; la niña, apenas si miraba á ninguno, pasando desdeñosa y altiva como reina ante su corté de esclavos; la mamá la seguía, haciendo inclinaciones pronunciadísimas de cabeza y mostrando cierta sonrisita protectora, á unos y á otros,

como á palaciegos y aspirantes, ministros canallas que venden destinos.

Quedábanse los mozuelos, orondos, inflados de orgullo, al pensar en los progresos que hacían sus importantes relaciones con tal ó cual persona de viso. *¡Si lo superaran allá!* Y se pavoneaban, de pensar que la madre de Lolita les había saludado atentamente.



Después del paseo, llegaron al fin, á «Lope de Vega.» Se habían cumplido las aspiraciones de la mamá; ya estaban en el teatro; ya veía la Sra. Barrancones un poco más próxima la realización de sus dulces delirios, forjados durante la semana entera, en callado coloquio consigo misma; aquellos agradables y hermosos extravíos de su numen, en los que admiraba como visiones celes-

tes, que bajaron de las alturas, imaginarias y poéticas raciones de jamón, limpias servilletas, enormes aceitunas sevillanas, deleitando su corazón, á la vez, timbrantes sonidos de cucharillas relucientes y tenedores, que producían sonidos al chocar, como sonagillitas, con que la gula se festeja... Y entre el incienso perfumado de la manzanilla, contemplaba en fin como á Dios en su trono de nubes, la figura agradable y simpática de D. Paquito, echándose mano al portamonedas para pagar la cuenta al camarero. Coronábase aquel cuadro sublime, con las miradas furtivas, y las murmuraciones y los cuchicheos de los horteras, despechados y envidiosos. ¡Ay, Señor Diós bendito! ¡qué gusto le entraba á la excelente señora Barrancones!

El domingo á que me estoy refiriendo, firme D. Paco en su decisión de divertirse á costa de los horteras y bailarinas, requirió de amores á la muchacha; ella se hizo la melindrosa, pero con alguna cortedad; no podía explicarse el motivo; sentíase con cierta inquietud en

presencia de D. Paco; á la declaración de éste, expuso que le contestaría cuando lo pensase, y que para ello, se tomaba una semana. Quedó pues, en dar la respuesta en la noche del domingo siguiente.

Acabó así la cosa, originándose durante la semana gravísimas conferencias entre la mamá y la niña; decidióse al fin, lo que las dos tenían pensado, esto es, admitir como novio á D. Paquito... no despidiendo de ninguna manera á Enrique, muchacho que de veras la amaba y con quien *podría casarse* á última hora.

Cuando volvieron á verse Lolita y don Paco, no se acordaba el mozo de que tal declaración hizo. ¿Sabéis por qué? Porque algunas noches antes, tuvo un tropiezo que le había de dar, á no dudarlo, grandísimos disgustos. Los tropiezos de D. Paquito, eran mujeres; llamábase ésta Anita Vara, y era tiple de una compañía de zarzuela que debutó en el teatro Principal. «¡Dios poderoso, qué tiple más mala!» Decíalo así cierto crítico muy renombrado, añadiendo que el público era

un tonto porque la aplaudía... ¡Buena pretensión fué la del crítico! ¡Que silbasen á la Vara, tan guapota, redondita y bien hecha! Ahora sabréis algo de la Vara.

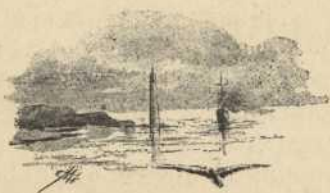
Nació en Cádiz y tenía veinte y tres años; así como en las tablas era una sosa, de voz endeble, sin expresión y de poco gusto, en el trato particular resultaba chispeante, viva, de gran intuición, y como saturada toda ella de la mirra olorosa de albahaca y claveles; era oportuna y tenía la ventaja de no ser orgullosa; comprendiendo su escaso valer dentro del arte, se captaba las simpatías sutilmente, fuera del teatro, para que se detuvieran en la censura, ya que no anduviesen pródigos en la alabanza. Naturalmente, como no podía conquistar á todo el público en esta forma discreta, hacía lo posible para trabar relaciones amigables con tal ó cual sugeto, que ella comprendiese podía influir en perjuicio ó en favor suyo; enterábase con reserva por medio de los mismos empleados del guardarropía, ó acomodadores; fué D. Paco de los

comprendidos entre los mortales á quien Anita, inocentemente, se propuso conquistar, trabajando porque se lo presentaran, sin que resultase como un deseo de ella.

D. Paquito quedó prendado de Anita, mucho más que lo estaba de Lola; esto sucedía en la misma noche de haberla visto por primera vez; y después de la presentación, tuvo la prevenida gaditana en D. Paco, el más *rendido* de sus admiradores.

Era correntona la tiple, á más de quererlo como parecía el natural suyo, porque así lo necesitaba, dado el sistema de atracción que en todas las poblaciones seguía; no obstante, su satisfacción eterna, su risa francota, y sus ojos, que siempre parecían estar acariciando, no logró nunca nadie ver á la tiple muy predispuesta á *entrar con todas*, como suele decirse; yo no afirmo por esto, que la Vara fuera dechado de virtudes, que ya la experiencia me enseñó á no poner las manos en el fuego por persona viviente; pero sí es lo cierto, y está comprobado, que la tal gaditana tenía

ya repartidos muchos bofetones en este mundo, por la maldita suerte de *parecer lo que no era*; palabras con que la tiple misma lamentábase alguna vez, al quedar sola, después de haber metido la respiración para adentro á algún importuno.





VII

Bien pronto halló D. Paco, que la tiple no era tan superficial como al principio le pareció. Bien pronto hizole la señora Vara reflexionar mucho más de lo que él hubiera querido. Iba al teatro con frecuencia, pero no siempre tenía ocasión de hablarla. A Anita agradábale mucho también el trato de D. Paquito; conociase esto á la legua, sin necesidad de grandes observaciones. D. Paco no

desperdiciaba nunca la ocasión de encontrarse con ella á solas; pero nunca pudo permitirse una libertad, porque había algo en los acariciadores ojos de esta mujer, en su boca risueña y en su rostro bello, siempre amoldado á la risa de aquella boca, que infundía á D. Paco cierta timidez, aunque fuese esto en contraposición de lo que se podía esperar de la tiple.

Era que D. Paco, no obstante su ligereza aparente, su alocado pensar y sus aventuras fáciles, de que fué siempre tan amigo, tenía corazón y tenía sentimientos; si no se equivocaba, había encontrado también, bajo el exterior frívolo de la tiple de zarzuela, un corazón hermoso y un espíritu superior que sabía imponerse con la sencillez de que su misma superioridad la rodeaba. ¿Era esto así, ó había don Paquito idealizado á la tiple en su pensamiento, ganoso de fantasear, como buen andaluz, y de rodearse de imágenes extrañas y poéticas, surgidas al acaso en su camino, y de donde menos se podía esperar?

Yo nada puedo contestaros; D. Paqui-

to no era tonto; al revés, pasábase de listo algunas veces; tenía otra condición además; no obstante su posición halagüeña, sus dotes físicas y su fortuna con las mujeres, no era fatuo; no podía así presumirse tampoco cosa alguna fuera de juicio. ¿Por qué había entonces de equivocarse en sus apreciaciones? Esto mismo pensaba él, queriendo desprenderse de la influencia con que Anita Vara le iba rodeando, intencionalmente ó con sencillez verdadera. Alguna noche, para concluir de pronto con las inquietudes que iban ya oprimiéndole, aunque no las definiese, intentó no parecer por el teatro. Intento inútil.

Vagaba por las estrechas calles de Adamión y concluía por entrar en el *Viejo Coliseo* más temprano que de costumbre. No logró nunca, durante aquella primera etapa de sus relaciones con la tiple, hacerse una idea formal de los sentimientos que á ella le impulsaban. No estando juntos, poníase sério y meditaba con atención en aquella criatura hermosísima, en la plenitud de la

existencia, gallarda, elegante, atractiva por todos conceptos. Quería él apagar entonces en su imaginación aquella risa de la Vara, aquel lenguaje ligero, burlón, dejando casi entrever escasas creencias; pensaba D. Paquito que en aquel rostro hubiera encuadrado mucho mejor una seriedad sin jactancia, y un marco ciertamente que no se pareciera en nada á aquel de los bastidores, para lucir su hermosura; aquella hermosura donde creía ver D. Paquito, más inocencias que burlas; donde creía ver don Paquito más virginidades y rigorismos que frivolidad liviana.

Formábase así el señorito andaluz la imagen de Anita á su verdadero antojo. De la tiple de zarzuela, hacía su cerebro imaginario, una noble mujer, amante del hogar y de la familia, horrorizada siempre de la vida de aventuras; pero luego, cuando acababa de soñar grandes ratos á solas, enamorándose de aquel ídolo que iba formando lentamente; cuando se dirigía á ver á la tiple, seguro de encontrar en ella la imagen que en el altar de su corazón

iba levantando, encontrábase de pronto con su carcajada explosiva, con su frasear ligero que creía D. Paquito intencionado, y con su desenvoltura de siempre.

Con estas ideas, inútil me parece decir que D. Paco no tenía lugar en su cerebro para dar cabida á otras; supondréis así, lo lejos que estarían de él las otras imágenes de Lolita y D.^a Josefa Barrancones; pero, como hay lugar de hablar de aquéllas, precisa ahora, como más urgente, continuar el estudio del corazón del nieto de Mariquilla la Pelusa y de los sentimientos que en este corazón había para la dichosa tiple de zarzuela que tantas veces le hizo ir y venir y tanta congoja llegó á producirle.

¿Era ficticio todo aquel exterior de frivolidades, de Anita Vara? ¿Era un perapeto, por el contrario, con que se cubría para defenderse de algún enemigo temible? Hé ahí la gran lucha que se había entablado en el cerebro ardiente y fantaseador del insigne mozuelo.

Cuando después de ver en su imagi-

nación á la Vara como él quería, hacía-le una visita en su cuarto ó hablaba con ella entre bastidores, sentía muy penosa impresión; su ligereza, su ademán voluble, su risa, su insustancial y graciosa palabra, comenzaron á molestarle. Era tan distinto aquello de lo que él esperaba siempre, que cualquiera diría que D. Paco se formalizó en la creencia de que una vez ú otra arrojaría la tiple su graciosa máscara, siendo para él y para todo el mundo, la mujer seria y dulce que con unas transparentes alas de oro y armiño volaba con él desde hacía poco tiempo en las regiones inconmensurables é infinitas de aquellos mundos extraordinarios que iban abriéndose en su alma.

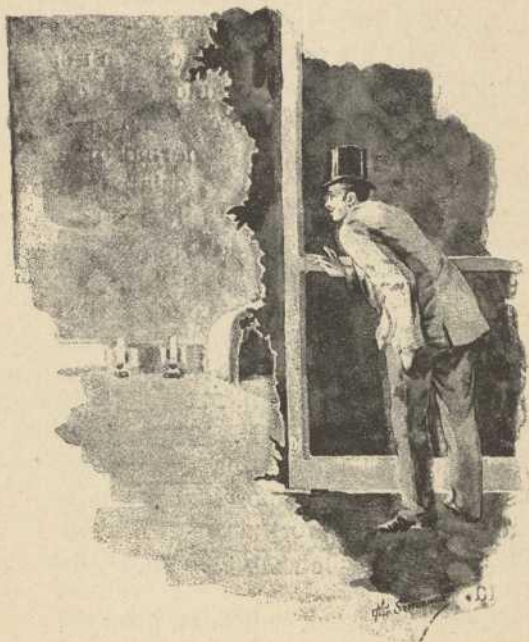
No creáis, por esto, que D. Paco se mostró nunca con cara de afligido; no creáis por esto que D. Paco dejó entrever la más leve contrariedad; comprendía que hubiera sido ridículo; siendo así, además, hubiera probado su idiotez; no, D. Paquito no era idiota. Casi llegó á convencerse de que, lo que esperaba, llegaría en algún tiem-

po; se convenció casi, porque puso en práctica una idea para estudiar á la tiple mejor; esta idea se le ocurrió por lo que voy á contar.

Lo mismo alternaba D. Paco con una mujer de rango elevadísimo, que con una muchachilla callejera, como fuese hermosa. Con respecto á hermosuras, las hay bien diferentes; lo estaba probando una doncella que Anita Vara tenía; era rubia, modestilla y juguetona, con gran atractivo, vivaz, á pesar de su pobreza; era mucho su gracejo y revelaba buen corazón. Iba algunas veces con la tiple y entreteníase un poco hablando con la gente de los telares y demás tropa menuda. D. Paquito le salió al encuentro en alguna ocasión, en las tardes de ensayo, porque le gustaba la chiquilla, primero, y después por enterarse de algunas circunstancias de Anita.

En cierta ocasión, hallóla en unos corredorcillos muy oscuros; comunicaban estos corredorcillos, con la galería del público y con el escenario. D. Paquito entraba de la calle y no veía bien por esta

causa; sintió un pisar muy menudo, y detúvose para no tropezar con la per-



sona que se iba acercando; creyó por un momento que fuese la tiple; podría haber concluido el ensayo antes de cos-

tumbre, y salir inmediatamente. Para cerciorarse habló en voz alta: contestáronle al momento:

—¡Calle! si es D. Paquito.

En aquella exclamación, comprendió D. Paco que era la doncella de Ana.

—¡Hola! exclamó alegremente—gracias á Dios que te pillé una vez como yo quería.

—¡Ay! Dios mío y ¿cómo quería usted pillarme, D. Paquito?

—A oscuras y á solas.

—¡Ay Jesús! qué miedo,—contestó la niña en són de burla, ¿qué va á ser de mí?

—Pues, nada; porque yo soy un buen muchacho. Vas á encontrarte sencillamente con una monedita de oro, si me contestas á una pregunta.

—¡Y aunque sean veinte, Dios bendito! ¡luego dicen que si cae una en la tentación!

—Quiero que me digas una cosa, Inesilla: una cosa que hace mucho tiempo que yo te quería preguntar.

—¡Pues haberlo preguntado antes, hijo mío!

—¿Ha tenido novio tu ama alguna vez?

—Desde que yo la conozco, no; es decir, el que tuvo para casarse, solamente.

—¿Ha tenido alguna otra clase de relaciones?... ya tú me entenderás.

—¡Ay, Dios mío! si se enterara mi señorita de lo que usted me está preguntando... y de que yo le oigo...

—¿Qué pasaba?

—¡Qué sé yo! no me atrevo a pensarlo siquiera.

—¿Te reñiría?

—Y más también, D. Paquito; lloraría mucho, y eso fuera más dolor para mí, que si me riñese.

—¿Tu ama llorar, Inesilla? ¡Si vive más alegre que unas castañuelas!

—¡Ya, ya! ¡Dios del cielo!

D. Paquito intentó seguir preguntando, pero no pudo; se le amargó la boca, sin saber por qué, al oír tales palabras, aunque nada, en resumen, podía deducir de ellas.

Dió á Inesilla unas monedas, y volvió á la calle sin entrar en el escenario; al día

siguiente se presentó á la tiple, decidor, charlatán, gracioso como nunca. Anita se quedó mirándole con extrañeza, pero rió alegremente con él, y punto concluido. ¿Por qué había de extrañarse de la alegría, de la locuacidad, y del gracejo de D. Paco? ¿No le conoció así por ventura? ¿Qué razón había entonces para que fuese de otro modo? don Paco procuró hablarla menos; prefería que hablase ella con los demás y oírla; esperaba observarla mejor. Sacó en consecuencia, que Anita no era, hablando con los demás, tan voluble, tan ligera, ni tan frívola, como cuando hablaba con él; esto le hirió al principio, pero le halagó luego; no me preguntéis por qué causa sentíase halagado, que yo no lo sabría explicar. ¡Misterios del corazón, que el corazón solo define en sus fibras recónditas, sin que la palabra sea suficiente para traducirlos! El corazón es así.

Quiso D. Paquito hacer más aun, y procuró entonces verla y escucharla, cuando Anita no supiese que estaba allí: deslizábase en silencio por el oscuro co-

redorcillo; penetraba en la sombra como un ladrón y se detenía lo más cerca posible de la Vara, permaneciendo tras un trasto ó un telón, larguísimas horas: ¿Dónde estaban entonces aquellos alocaamientos y aquellas risas de la Vara? ¿Dónde aquel frasear picaresco? ¿Dónde aquella desenvoltura exageradísima algunas veces? Nada de aquello veía don Paquito. Observó que hablaba entonces, lo menos posible; hacía lo con mesura, y reía también, en ofreciéndose; pero creyó el mozo, que hasta reía de otra manera. Quedábase mirando con profundo recogimiento aquel rostro pálido, suave, de facciones menudas y correctas; aquellos ojos negros, de sin igual dulzura; los cabellos negrísimos también que se recogía caprichosamente, en sencillo peinado, y su boca sobre todo, aquella boca risueña para él, aquella boca de donde esperaba siempre D. Paco el ¡ay! de dolor contrario completamente á su burlona carcajada, y su herética sonrisa; aquella boca dispuesta constantemente á la mordacidad y á la sátira que punza y envenena,

y que parecía á D. Paco formada expresamente para modular las verdaderas oraciones, las plegarias benditas, los únicos rezos que pueden llegar á Dios!





VIII

Mientras Lolita pensaba la contestación que daría á D. Paco, ó, explicándolo mejor, mientras esperaba impaciente la hora de dar el *sí*, deshacíase el mal caballero en protestas de simpatía á la Sra. Vara; no se acordó D. Paco de Lolita ni de su mamá, ni del santo del nombre de ninguna, y estaba dispuesto á dejar tranquilos á los que no se metían con él, no presentándose en los salones de «Lope de Vega» en lo que le restara de vida.

Pero cátrate que llega el domingo y se anuncia al público de Adamión, en un cartel de letras muy grandes, que

se suspendían las representaciones del «Teatro Principal»—del decano de nuestros teatros—como decían aquellos artífices de la gacetilla en sus periódicos sin suscriptores—por la desgraciada indisposición de la distinguida tiple señora Vara; indisposiciones que son muy frecuentes en las compañías de tres al cuarto, con perdón sea dicho y sin ofender á nadie.

Se desesperó D. Paco; la señora tiple no había tenido á bien ofrecerle su casa las pocas ocasiones en que la pudo visitar en su cuarto del *viejo coliseo*; de modo que, aquella noche, tuvo que ir á «Lope de Vega» dado á los mismísimos demonios, con intención de desechar las malas ideas que por la imaginación se le sucedían, y disponiéndose á *chocar* con el primer individuo del *Comercio* que le dijera «buenos ojos tienes.»

Se verá con lo que dije anteriormente, la impresionabilidad de D. Paquito; esto tiene su explicación; no encontró nunca en su niñez ni en su juventud, quien pusiese cortapisas á sus travesuras, ni á sus calaveradas y eso fué

motivo más tarde, para que un incidente cualquiera le montara en cólera, haciéndole cometer una barbaridad.

Quien primero le echó la vista encima, cuando llegó al teatro, fué la señora Barrancones; y tocando en la espalda á la niña con el abanico:

—Mira, Lola, ahí está, ya le tienes ahí; cuidadito, hija, como si no le vieras, ¿sabes?

La niña pareció no hacerla caso, pero un ligero tinte rojo se le extendió por las mejillas aterciopeladas.

La mamá le tocó otra vez con el abanico.

—Mira, hija, que te acuerdes de todo lo que te encargué; que no le mires mucho.

—Bueno, mamá, déjame, que te pones muy machacona.

Quedó la mamá tranquila; buscó en su repertorio el gesto que le parecía más aseñorado, y dijo sonriendo bonachonamente:

—Buenas noches, Sr. D. Paquito.

—Muy buenas noches, señora; ¿y usted Lolita, cómo está?

—Bien, gracias.

—Digo, D. Paquito: ¡tantos días sin vernos! Jesús, tenía ya unas ganas de que fuera domingo... ¡usted no sabe!.. porque lo que es á mí, me pasa eso, no crea usted... en cuanto trato un poquillo así nada más que sea—y señaló con la uña una pulgada en el abanico—á una persona, aquí me tiene usted, que le tomo un afecto que no lo puedo remediar.

—Usted me trata con mucha consideración, D.^a Josefa.

—No diga usted eso, que yo no soy adúladora; ¡no faltaba más! digo... pero hija, que parece que te han dado cañazo, mujer, tan callada como te quedas, habla algo; mira que este señor va á creer que eres una tonta, y se disgustará contigo.

—No, señora, yo no me disgusto, ni es tonta ella.

—Usted no sabe, D. Paco: esta mañana estuvo maluquilla; lo que es algunas veces, me da unos sustos... ¡ay, Jesús! esta niña, vamos, yo no sé, yo no sé lo que le pasa

Mientras habló así D.^a Josefa, no dejó de dar con el abanico en las rodillas y en los hombros á D. Paco; aprovechó de pronto la Sra. Barrancones una coyuntura que se presentó, y lió la hebra con otra mamá próxima, dejando en libertad á los futuros novios. D. Paco habló distraído al principio, y Lolita con cierta animación extraña; aquella noche, por uno de esos casos incomprensibles, hijos sólo del temperamento misterioso del animal que piensa, estuvo agradable, oportuna y hasta graciosa en ocasiones; fuese apercibiendo D. Paquito, se animó algo también con aquellas risas y aquellos modales sueltos, sin ser escandalosos, y la maliciosa palabrería que ensartaba con volubilidad sorprendente. Recordó D. Paco con este motivo á la Sra. Vara y se alegró de haberse acordado igualmente de «Lope de Vega»... ¡Ay! Lolita Barrancones hacía esfuerzos sublimes por agradar; era la primera vez que los hacía, sí, porque por vez primera le agradó un hombre. En una palabra, Lolita amaba á D. Paco sin ella saberlo.

Conforme con su natural alocado é impresionable, insistió el mozo en su demanda del domingo anterior; la niña no se hizo de rogar y dió el sí. «Sí, sería novia suya».

Mirábalos la mamá furtivamente, y observándolos tan animados, sonreía satisfecha.

—¿Pero ha visto usted?—decía á la señora que tenía á su lado—¡Qué fortuna tiene mi hija! Digo; la proporción que le sale... y para que usted vea: esta muchacha, yo no sé en lo que está pensando. ¡Ay, qué niña, Jesús, ay, qué niña! de seguro que no querrá casarse con él; ¡claro, como que le salen tantos compromisos!... ¿Querrá usted creer, señora? Usted verá: el otro día recibió una carta, en la que un caballero muy rico le ofreció casarse con ella en el momento que la muy locona quisiese. Ya ve usted, si sería rico, que le mandó dentro de la carta un billete de cuatro mil reales; ella refunfuñó que no tenía ganas de casamiento y le dió el abenate de devolver el billete al mismo tiempo de enviar las calapazas... ¡Mire usted qué locura! Figú-

rese lo que hubiera dicho el caballero; porque es lo que yo le dije á Lola—Ven acá, hija de Dios, sin experiencia; después que cometes un desaire con ese caballero, diciéndole que no te casas con él, ¿vas á cometer otro más grande todavía devolviéndole el dinero?—Tuve que guardarlo debajo de siete llaves; porque no se puede usted figurar, señora, cómo se puso; se emperró y se emperró y tuve que ponerme muy seria para impedir que hiciese una barbaridad.

Dábale la razón la otra señora con movimientos afirmativos de cabeza, y don Paco á la vez llenaba la mente de Lolita de lindos cuentos.

Al salir de «Lope de Vega» estaba ya concertado todo; hubo la correspondiente cenita en celebración, y doña Josefa Barrancones estuvo á punto de desmayarse de gozo; las acompañó hasta su casa y se despidió hasta el día siguiente; abrigaban las dos señoras la convicción profundísima de que D. Paquito no se casaría, pero no se comunicaron sobre tal idea; era preferible dar largas al tiempo; en último caso,

sería un orgullo para las dos que se supiese por ahí que D. Paquito iba como novio á casa de Lola Barrancones.

De seguro habréis ya comparado á don Paquito con el mismísimo demonio, según las cualidades que va dejando ver; lejos de irse, á la otra noche, como novio decente, al lado de la dueña de sus pensamientos, se metió en el Principal; no pudiendo dominarse, entró en el escenario inmediatamente, después en el cuartito de la tiple; estaba encantadora aquella noche; rebosábale la satisfacción por los ojos, en chispas candentes que parecían envolver al enamorado en auréola tremenda de fuego, y por la boca, en palabras que eran para oídas sólo por lo graciosísimas é intencionadas; hablaron mucho y salió el hombre enamorado más aun que antes; al otro día y el miércoles, ocurrió lo propio; esperaba ansioso la hora de ver á la tiple, sin acordarse de Lolita Barrancones. La señora Vara, siempre alegre, viva, mordaz; sentía él mareos y desesperaciones; su carácter indómito se revelaba... ¿Contra quién? él mismo no

lo sabía; junto á la tiple, sentíase preso de honda sensación; no parecía comprender Anita nada de esto, y siguió mareándole con su amable gracia y su satisfacción de siempre.

Las dos Barrancones estaban en tanto de un humor de los demonios; era por la misma causa, pero no se lo decían, como si una y otra quisieran hacerse la ilusión de que ella no más sabía el motivo de la inquietud de ambas; es decir, de la infidelidad de D. Paquito.

Cuando el novio Enrique iba, por la mañana siempre, pues así lo dispuso D.^a Josefa, tardaba Lola en salir, por estarse arreglando; la mamá y Enriquito *echaban*, mientras, un rato de plática de mucho sabor. Debo advertir que la mamá ahorraba la parte que al joven en la conversación le correspondiese, porque no le permitía la señora tomar la palabra siquiera.

¡Entonces sí que D.^a Josefa aprovechábase de la ocasión, para abrir su pecho á Enriquito!

—Sí, Enrique, porque tú eres la per-

sona en quien yo tengo más confianza, entre tantísimas como conozco; porque sí; porque tu carácter es mandible como el mío... ¿Vés tú esa que está ahí dentro? Pues no se parece á mí en nada; tiene el genio un poquito fuerte... y lo que es yo... yo, hijo, soy una malva; tú no sabes; á ella la quiero mucho y todo, figúrate, ¡como que es mi hija! pero no me ciega la pasión; al pan, pan, y al vino, vino; su genio es así, al pronto, pero después, un ángel. Si la vieras tú algunas veces, ¡pobrecilla! se me saltan las lágrimas, no lo puedo remediar. ¡Qué sofocación, hijo! qué sofocación, qué angustia, qué pena porque tú no vienes, ó cuando tardas un poco.

—¡Ay mamá, por aquí! ¡ay mamá, por allí!— te digo que me dá fatiga y tengo que echarme un vestido, así, de cualquier manera, y sacarla un rato á paseo, á ver si se distrae..... Y es la verdad; como la pobre no tiene ningún pensamiento, como no sea el tuyo, siempre está diciendo:— ¡Cuando yo salga sola con Enriquito, qué gusto!— ¡Cuando Enriquito venga, qué alegría más gran-

del—¡Cuando yo cuente á Enriquito esto y lo otro, qué placer, ay!— ¡Cuando mi Enriquito me compre tal ó cual cosa, ay!..... y en fin, que tú no sabes, siempre está con Enriquito á pleito. Yo no me figuraba nunca que la pobrecilla llegase á quererte tanto; ya la tienes ahí (entraba Lola) mira qué desmejorada y qué fea. ¡Ay, hija! ¿Pero qué tienes? Mírate al espejo, estás como si salieras del purgatorio. ¡Qué amarilla!

Sentábase Lola al lado de Enriquito; la mamá en frente, zurciendo medias y otros guiñapos, con unas enormes gafas sobre la nariz. Dedicábase desde aquel punto la señora á la guardia de los pudores de la niña, entreteniéndose de camino con la costura; nadie interrumpía la plática de los novios; solamente escuchábase alguna vez, la voz cascada de D.^a Josefa diciendo:—Niña, ensártamela—y ponía en sus manos la aguja y el hilo; ¡pobre D.^a Josefa, qué poco veía ya!

Escuchábase á menudo la voz de Lolita, destemplada y terrible; de cualquier cosa, por sencilla que fuese, hacía



motivo de controversia y ocasionaba un disgusto; contemplábala Enrique lleno de pavor, esperando que se calmase,



porque la quería mucho; si por un caso rarísimo se encontraba Enrique de mal temple y replicaba una frase siquiera, cuando á la niña revolviásele la bilis, seguía ella entonces hablando más alto y perorando con más fuerza; callábase Enriquito inmediatamente, por lo general, y si no callaba, era Lola la que de pronto enmudecía; daba tres ó cuatro *jipios*, rompiendo por último en llanto desgarrador. Corría la madre á la

hija, que se hallaba próxima al desmayo, desmayándose al fin, y recibíala sobre su corazón amantísimo. Era entonces D.^a Josefa la que se incomodaba de verdad, confundiendo al novio con sus reprensiones, mucho más terribles, cuanto más dulces y melancólicas:— ¡Pero niño, por Dios, no hagas eso! ¡No te dá lástima, hombre, tan delicadita como está! Todos son ustedes lo mismo, créelo; cuando véis que una mujer os quiere de veras, apretáis la clavija sin temor de que se haga pedazos y os gusta mortificarla..... ¡Anda, hombre, si te debía dar pena de un angelito como ella es!

Poníase Enrique pálido como la muerte, y esperaba ansioso á que el ángel de Dios volviese al conocimiento; ella volvía en sí y le miraba con languidez de la gloria, lanzando á lo mejor un suspiro que llenaba de ternura el corazón de Enrique; sentíase éste conmovido hasta la médula de los huesos, mirándola á la par con ternura; quejábase ella de este y de aquel sitio; á cada palabrita de amor, de-

jaba caer los brazos, doblaba la cabeza y contraía la boca con expresión dolorida; y él:

—¿Quieres acostarte, vidita?—Y ella:

—No, no quiero que te vayas, porque te irás si me acuesto.—Y él:

—Anda, ya vendré mañana tempranito; acostada estarás mejor.—Y ella:

—¡Sí, no tengas cuidado, tú no me quieres!

—¡Si por esa causa misma te digo que te acuestes; por lo mucho que te quiero!

—Bien, me acostaré.

—Anda, sí, vidita; mañana estarás mejor.

—Bueno, pero que vengas tempranito, ¿sí?

—Sí; no tengas cuidado.

—¡Ay! que me duele, ¡ay! ¡ay!

—¿Dónde, hija, dónde? ¡no me asustes!

—Aquí, aquí, delante y detrás..... y en el lado.

—¡Vaya por Dios, hija! ¡vaya por Dios!

—Tú no sabes... ¡ay! ¡ay!

—¡Anda, acuéstate!

—Bueno, pero que vengas, ¿sí?

—Sí que vendré, ea, adiós.

—Adiós...

Y á los pocos instantes de haber Enriquito vuelto la espalda, escuchábase la voz de Lolita Barrancones, fresca, sonora, rompiendo abiertamente, y arrancándose con mucho estilo y mucha sandunga, por *soledá* ó petenera.





IX

Duraba poco aquel jaleo de coplas; eran interrumpidas por la mamá con amonestaciones agrias; la niña entonces decía que para eso mismo le daba Dios la boca, para cantar ó hacer lo que le diera gana; metíanse con este motivo en gran disputa, propia de

hija mal educada y madre sin decoro; ya no había tapujo, ya todo era viril, franco y abierto; sólo que en aquella disputa, en la que no estaba Enriquito, pasaba la niña sin desmayo y sin melosa palabrería de dulces reconvenciones hipócritas.

Deseando siempre la madre un pretexto para callar, porque no podía con el gallo de su ángel de Dios, abríasele el cielo de gusto, si por acaso entraba el otro; el otro era el tío de Lola; ya sabían las dos antes de verle que el tío estaba borracho; la pegaba entonces doña Josefa con él, desquitándose hasta la hartura; callaba la niña permaneciendo ya indiferente «Allá y que los dos se hicieran pedazos.» Dejábales con sus discursos, y bajando á las habitaciones de los otros vecinos, pasaba las horas, hablando de este novio, de aquel capitán que la pretendía, de un marqués que quiso casarse con ella; de que Enriquito era un tonto y D. Paco un tramoyón embusterísimo, á quien había dado calabazas. «El hombre de Dios no hacía caso... ¡Qué manera de insistir y qué pesado se ponía!»

D. Paquito, entretanto, seguía desesperado con su tiple, no acordándose para nada de Lola; aquella mujer le traía de acá para allá como un topo; se le coló en el pecho de golpe la más ardiente pasión que hizo latir en la vida corazones de caballeros inflamables; pasó la semana de este modo, y D. Paco no fué al baile; Lola, que al decir de sus amigos era una lagarta de siete suelas, como si adivinase que D. Paquito no iría, se puso mala de pronto el domingo por la noche, dándose el caso rarísimo de que faltase una vez á «Lope de Vega»

A la semana siguiente, una noche que la Sra. Vara hacía *El Sargento Federico*, llegó D. Paco al cuarto de la tiple; le recibió ésta perfectamente; la mujer nunca odia al hombre de quien es amada, aunque á su pasión no pueda ó no quiera corresponder; ya sabéis, además, que era el señorito muy simpático, y que su genio francote y agradable se ajustaba á las mil maravillas con el de la cómica, por lo cual intimaron, lo que es justo entre una actriz de buena con-

ducta y un joven de no mala posición y de muy buen porte.

Recibióle Anita, como siempre, con su mirada picaresca y su risilla provocadora; nada le dijo D. Paco aun de las locuras que por ella sentía; pero ella no necesitaba que le regalasen el oído para saber lo reciamente que era amada por el caballero y pensó más de una vez, con este motivo, en la lástima de tener que negarse á sus solicitudes; dábase á pensar así, porque sabía que más tarde ó más temprano, se descolgaría á lo mejor D. Paquito con aquello, y yo suplico á quien no sepa lo que aquello significa, que continúe en su adorable ignorancia, sea mujer ú hombre, que en ambos casos vivirá tranquilo.

Había poco público en el teatro; era una noche quebrada y el empresario estaba hecho un energúmeno; los cómicos tenían ciertos escozores, por los amagos de próxima ruina; si al empresario le daba la gana de decir nones, se quedarían los infelices sin el pan nuestro, pero sin el verdadero pan; no el pan que se reza, sino el pan que se come.

¡Ay! sin embargo de que era Anita adorada por todo un señor D. Paco, hallábase también incluida en nómina, y de la nómina vivía; razón era más que suficiente para que la encontrase su adorador en la misma aptitud en que dije que estaba el empresario; pero se notaba á la legua, que no carecía la tiple de ciertos principios; le recibió con la amabilidad acostumbrada. Era la primera noche que la tiple salía á la escena en traje masculino y la primera por lo tanto que tuvo ocasión D. Paquito de ver hasta dónde eran de mórbidas y bien conformadas las piernas de su adorado tormento; sintióse mal la tiple bajo la mirada de ansiedad furiosa que le lanzó D. Paco; quería ella disimular en lo posible un cierto pavor inexplicable de que se vió acometida sin saber cómo; quería asimismo, no demostrar su disgusto por las cuestiones de empresa y nómina, y yendo de mal en peor, no habló ya á D. Paco con la soltura y gracia de costumbre, sino que avanzó más, sin ella comprenderlo, mostrándose con una alegría febril y desenvuelta, con un

aturdimiento loco, que volvió el juicio decididamente al infeliz D. Paco.

—Buenas noches, camarada, á la orden—dijo Anita, saludando militarmente y cuadrándose como un lindísimo soldado amante de la disciplina; el hombre se la hubiera comido á besos; sintió así, como principio de locura; le pareció que se movía; estaba guapa la tiple; la mano blanca y carnosa, escondíase casi entre los encajes de la bocamanga, la fina gola hacía blanquear su cuello blanquísimo y carnoso, como las manos; era el casaquín de buen corte y lo llevaba con donaire; tenía botas altas de piel de búfalo, colán blanco ajustadísimo al muslo vigoroso y valiente, el lindo tricornio bajo un brazo, y puesta la mano del otro junto la sién, como para saludar militarmente.

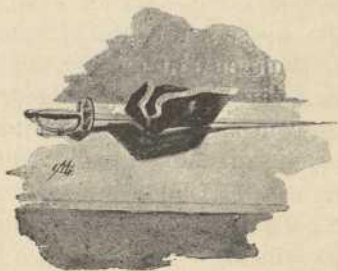
Ya he dicho antes la impresión que á D. Paquito causó esta noche la señora Vara; se repuso un poco de aquel vértigo que pareció acometerle y la miró con fijeza; después de la novedad que le causaba el traje, creía ver algo de misterioso en la tiple; algo que le era im-

posible descifrar; resultábale como una mezcla de dulzura y amargor que le hacía daño, causándole placer al mismo tiempo; creyó ver en el rostro de Anita así, como una gasa movible, poética é impregnada de luz; quedó mirándola fijamente aun, sin contestar al saludo, y buscando la solución de aquel dulce misterio que notó en su cara; impresionábase tristemente sin hallar explicación á estas impresiones; creyó que aquel nuevo encanto estaba en sus ojos; y no se equivocó; tenía los ojos de haber llorado; se sintió tímido entonces; hubiera dado en aquella hora su alma, su vida, á cambio de tener algún derecho para consolarla y protegerla; hubiera sido su hermano ó su padre; ¡hubiera sido su esposo! Quedó mudo, inmóvil, pero su corazón le dijo en aquel instante apagadamente:

—Esa, esa es la mujer que tú habías soñado.

¿Qué pasaba á la tiple? No tuvo Don Paco valor suficiente para interrogarla; viéndola, que parecía esforzarse por seguir en su alegre volubilidad de cos-

tumbre, se despidió de ella y no la molestó más durante la noche. Tenía presentimientos extraños; quería burlarse de su amor á Anita y se le presentaba entonces en su imaginación, llorosa y doliente, en una auréola fúlgida de luz como las de los mártires y los santos.





X

Nunca se impresionó así D. Paquito, y extrañábase mucho de sus sentimientos; probó á resistir heroicamente, cesando de una vez en sus visitas á la tiple. Con una constancia digna de admiración—porque nunca D. Paco llegó á verse en el apuradísimo trance de hacer nada en contra de su voluntad—se mantuvo sin verla los días restantes de la semana; marchó para esto á una de sus posesiones de los afueras, y estaba ya arrepentido á las veinticuatro horas

de haber tomado aquella determinación; el domingo, pues, hallábase de nuevo en la ciudad; inútil me parece advertir, que ni siquiera pensó en Lolita. La primer noticia que tuvo del Teatro fué bien triste: la Empresa tronó al fin y todo se lo llevó el demonio; quedáronse los actores alicaídos, dispersos; marchó cada uno hacia donde le dió la idea, y esperaban los otros marchar próximamente. Inquirió más el joven, y gozó mucho al saber que Anita no había marchado aún; fué á su casa al punto; era al oscurecer y aun no habían encendido las luces en el cuarto de la tiple; se hizo anunciar el joven, y la doncella de Anita le llevó hasta su ama, saliendo después á preparar una luz; hallábase la habitación casi en tinieblas; el señorito avanzó algunos pasos y distinguió confusamente la figura de la tiple; llegó hasta ella, tendiéndole una mano; le latía el corazón fuertemente; quiso pronunciar algunas palabras de las usuales entre amigos que no se ven en algunos días, pero no pudo; amable, juguetona y cortés al

mismo tiempo, jamás cometió Anita, sin embargo, desde que le conocía, acción alguna, ni pronunció palabra por donde pudiera vislumbrar D. Paco la idea de que pensase ceder á su empeño; cuando lo notó, especialmente, fué cuando se despedía de la tiple; apenas si se dejaba coger Ana la mano, pequeña y pulida; sentíase lleno de amarga cólera por la imperturbable tranquilidad del cuerpo que revelaba aquel contacto, indiferente y frío; el hombre de mi historia, como la generalidad de los hombres, han de figurarse desdichadamente, que la hembra goza y se estremece y sueña con nosotros, como á nosotros soñando con ellas nos ocurre. La mujer piensa rara vez en el hombre si él no la incita.

La noche á que me refiero, sintióse D. Paquito impresionado de veras. ¿Qué sucedía? Al estrechar la mano de Ana, en vez de la extremidad de aquellos dedos, que hubiera él mordido dulcemente á costa de su vida, se encontró con una mano suave, fina y calenturienta á la vez: no fué la punta de los dedos, no,

fué la mano entera la que le entregaban.

Estrechó Anita fuertemente la de D. Paco y hasta la retuvo un momento; la retuvo de tal forma, que cuando entraba con la luz la doncella, aun no la había soltado; vivísima ansiedad se apoderó del señorito, de ver la cara de la tiple de zarzuela; luego que pudo hacerlo, fijóse en Ana con avidez y se le oprimió el corazón; ella le contemplaba con sonrisa dulce, revelando á la par hondísima tristeza; tenía el rostro encendido, y los ojos, como de haber llorado mucho.

—Pero, ¿qué ocurre? preguntó él con impaciencia mal reprimida.

Ella se echó á llorar por toda contestación; se aproximó D. Paco más, le cogió las manos otra vez y las estrechó entre las suyas; estaba conmovido; era valiente y le hacían daño por eso las lágrimas de una mujer. Anita por su parte, no retiró las manos tampoco; parecía sentir dulce alivio y noble alegría de verse así tratada: habló al fin, y fueron las modulaciones de su voz, puñales agudos que se iban clavando

en el corazón del hombre. ¡Qué cosas dijo, gran Dios! «No era casada; lo había hecho creer así, para que la mirasen con algo más de respeto y atención y con idea de poder caminar sola y con menos estorbos; no tenía vocación ninguna por el teatro, y sabía que cantaba muy poco, lo suficiente para ser una aficionada de mediano criterio; pero tenía madre y era su única familia; una madre bondadosa, viejecita, muy enferma; una madre á quien idolatraba; vivía allá, en un pueblo de Cádiz; era viuda de un maestro de escuela; carecía de recursos Ana, y salió al teatro por su pobrecita madre y no más que por ella, puesto que no sabía cosa alguna ni servía para nada de provecho, por haberla educado su padre en otra escala de la que á su pobreza convenía.»

Sollozaba al hablar así, con tanto desconsuelo, que arrancó también lágrimas al corazón noble del mozo.

«Cuando la vió D. Paco la última noche en el Principal, tuvo noticias la triple de que se hallaba muy enferma su

madre, siendo este el motivo de que la encontrase llorosa; el mismo día también, supo que murió, llamándola y bendiciéndola; quebró el empresario de la compañía; el sueldo de la tiple era



muy poco, y quedaron además, sin abonarle la última quincena; los modestísimos ahorros eran para su madre: estaba sola, sin contrata, su equipaje empeñado y con la honda pena de no haber podido salir inmediatamente de

Adami6n, cuando supo que su madre moria.»

Estremeci6se D. Paco de aquel dolor inmenso y vulgar6simo, por lo frecuente, oculto en la sombra y desconocido por todos, sin embargo.

¡Ah! ¿Qu6 hijo no ama 6 sus padres, Virgen Santa? ¡Qu6 hijo no se desespera de no poder abrazar al padre que agoniza lejos y sucumbe, llam6ndole y bendici6ndole! Revel6ndose aquella vez como en todas las ocasiones, su natural desprendimiento.

—No, exclam6—usted ir6 6 C6diz inmediatamente, y tendr6 su desgracia el remedio posible

—¡Ay! exclam6 Ana, para pedir dinero, no hubiera hablado tanto. Era mi alma... —Y se ech6 6 llorar otra vez.

Qued6 confuso D. Paquito, aterrado de su ofrecimiento, que le pareci6 entonces una groseria; no pens6 6l nunca que Anita hubiese hablado todo lo que habl6, para concluir pidiendo una limosna, y se aterraba de pensar que ella le creyese tan ego6sta y prevenido; intent6 decir algo para excusarse y pronun-

ció algunas palabras vacías y sin concierto; se llenó de vergüenza al pensar en el papel ridículo que hacía, y temió por un instante que la Sra. Vara, aquella burlona y terrible señora Vara, dejase de dolerse de pronto para estallar en risa tremenda; pasaron así unos instantes; la miró D. Paquito otra vez, y todas sus impresiones últimas huyeron ante el llanto desgarrador, sin diques, de la pobre mujer; ante aquella explosión natural y grandiosa de la naturaleza que se rendía. La vió allí, vuelta hacia el respaldo del sillón, queriendo ocultar en una mano el rostro, dejando caer la otra en la falda, esbelta en su misma postura, que hacía señalar violentamente el arco de su cuerpo, aquel cuerpo suave y firme á la vez, de armoniosas curvas y graciosos donaires; vestía una falda clara contrastando con la opaca luz, y resaltando por su blancura en aquella indecisa obscuridad, como nube de armiño que apunta en un cielo tormentoso.

Se acercó á ella entonces con timidez, cogió sus manos, las estrechó

afectuosamente, y en voz baja, en voz baja y dolorida, como si todas las agonías del corazón de la mujer estuviesen palpitando y revolviéndose en el suyo; como si el dolor grande de ella hubiese pasado á su corazón, triplicándose y aumentando con gigante empuje, pidió allí perdón y demandó piedad al ídolo.





XI

No insistió más en su oferta, antes al contrario, arrepintióse de haberla hecho, como lo visteis, cuando vió el dolor de Anita; pero nadie pudo evitar que partiese á Cádiz aquella misma noche, ha-

ciendo las cosas de un modo que la tiple, que era modelo de buenas muchachas—aunque parezca mentira—y amaba á su madre con frenesí, quedase con un bendito sentimiento de gratitud en su alma; experimentó ella desazón grandísima, cuando tuvo conocimiento de la acción de D. Paco, pareciéndole que no había generosidad en aquello, sino el egoísmo pecaminoso de hacer méritos para que le amasen; pero hizo aquél las cosas de tal manera, como ya dije, que hubo de convencerse de lo hermoso de su alma.

Pensó D. Paco, al volver de Cádiz, que Anita podría creer lo que efectivamente creyó en un principio; y entrando en confusiones por esto, decidió no ir á verla; cumplió la resolución, extrañándolo él mismo, por la firmeza de que se revestía conforme aumentaba su dolor por la separación voluntaria que se impuso. Devanábase los sesos pensando en lo que de él diría la tiple, y confundíase ante la idea de que Anita le hubiese creído capaz de valerse de medios extraños para captarse su cariño; pasaba las noches en continuado insomnio, habiendo perdido aquel buen humor suyo habitual que le hacía tan agradable. Atrevíase alguna vez á pasar por delante de la casa de Anita, pero apretaba el paso al llegar á su puerta, fingiéndose distraído, por si la tiple le veía desde el balcón; había también en esto un tanto de amor propio; sentíase herido porque tan poco valor hubiese dado Anita á su acción loable, que ni siquiera le puso dos renglones para decirle que le quedaba muy reconocida; era aquello demasiado; por-

que después de todo, y pensándolo convenientemente, no pasaba de ser su heroína una desventurada tiple de zarzuela.

Avergonzábase luego de pensar así; se arrepentía de sus ideas anteriores. ¿Acaso no lo merecía todo aquella mujer, por lo mismo que era buena y se veía abandonada y sola? Si era fingida aquella honestidad de que hacía alarde en medio de sus risueñas expansiones, que recordaba D. Paquito con exaltación voluptuosa, ¿qué le importaba á él? Portárase como caballero, que lo demás le debía suponer muy poco; pero no, no; ya estaba él muy seguro de que Anita era buena, ¡ya lo creo que lo estaba! ¡Lo sabía, seguramente! Tenía pruebas; reflexionaba luego sobre la situación en que quedaría la pobre mujer, careciendo de todo; ella era joven, ella era hermosa; la indigencia en mujeres así dura poco, y menos cuando no hay razones para creer que la virtud se haya acrisolado en ellas. ¡Una cómica! Y al llegar á estos pensamientos, entraban á D. Paco ganas de abofetearse,

por indigno; pero no lo podía remediar; era Anita una cómica; si nada le sucedió hasta entonces, le podría suceder en lo sucesivo. No, decíase: y otra vez entraban á D. Paco ganas de abofetearse y hasta de morderse; huyendo de ofender á la tiple, le infería nueva ofensa; pero cuando así pensaba, nube obscurísima parecía cegarle; la idea de que fuese aquella mujer de otro poniale convulso y malo; sentíase preso de hondas inquietudes; rechazaba el pensamiento de ir á verla y con más ímpetu aun rechazaba la idea de ofrecerla dinero; inquirió con facilidad, y supo que Anita empeñó hasta su último vestido.

Tuvo entonces D. Paco una idea que creyó luminosa: fué á su madre, á la noble Rosalía; le pintó con negros colores la historia de Anita y consiguió que la visitase y auxiliase en tan honda aflicción, sin que se diese á conocer como madre de aquel D. Paco amigo suyo.

Aprestóse gustosa á ello la madre y así lo hizo; volvió profundamente afec-

tada; afirmó que era Anita una virtuosa joven que nada desmerecía; se alegró



D. Paco de que su madre fuese de aquella opinión; con lágrimas ardientes de gratitud, aceptó la pobre muchacha la oferta de la distinguida señora, ju-

rándola reconocimiento para siempre. Toda esta relación, la hizo Rosalía, observando á su hijo con disimulo, y como si procurase inquirir el efecto que en él hacía, terminó así:

—Contratarse de nuevo pretende, aunque dice, y es la verdad, que para nada necesita ella del teatro. Estando hoy sola en el mundo y sin la carga penosa, aunque divina, de mantener á su madre, se contentaría con muy poco; con que la diesen de comer solamente, pagando ella con los modestos servicios que á su alcance esté proporcionar á alguna señora que en su seno la cobije.

—Ya ves, Paco, cuando yo la oía, tuve tentación de brindar á la pobre con nuestra casa; como lo pensé lo hubiera hecho, á no haber tenido una idea repentinamente, que me indujo á lo contrario, deteniendo mis palabras, cuando ya estuve á punto de decirlas; abrigo la creencia de que me darás la razón; pensé que no estaría bien visto eso de que venga á nuestro hogar siendo joven y guapa, y tú soltero y enamorado.

Turbábase D. Paquito notablemente, conforme su madre iba hablando; no sabía qué decir, y dábase el triste manejo—tan probado como tuvo siempre su valor en estos lances—de inclinar la vista y ponerse muy colorado.

La madre era una señora de gran experiencia y de mucho alcance de las cosas de la vida y del corazón, por lo tanto. Sin esfuerzo ninguno comprendió lo que por el pensamiento y el alma de su hijo pasaba en aquel instante; quedó muy sorprendida, no sabiendo ya cómo salir de aquel paso que se le figuraba bien difícil; conociendo á su hijo como le conocía, no dejaba de reflexionar la amable mujer, que con sus frases acabó de abrir nuevos horizontes al corazón enamorado del fogoso.

No se hicieron esperar las resultas que temía, se repuso un tanto D. Paquito, y luego preguntó clara y terminantemente:

—¿Y qué es preciso, pues, para que esa joven venga á vivir contigo y seas tú su amparo y su apoyo hasta que se encuentre en otras condiciones de vida?

—¿Qué es preciso? Que yo permita que tú te alejes de mi lado; ¡que yo deje de amarte!

D. Paco se conmovió mucho al oír el tono en que su madre pronunció estas palabras; la abrazó tiernamente sin responder y quedó muy reflexivo.

—Madre, dijo al fin con entereza, lo que te voy á decir, no te sorprenderá, puesto que me conoces mucho; sabes cuales son mis defectos y no desconoces esta ó aquella cualidad mía, si alguna tengo que pueda merecer la aprobación de las gentes honradas.

—¡Oh! sí...

—Espera, espera,—la interrumpió don Paco sonriendo;—tú eres mi madre; la madre indulgente y cariñosa dispuesta á los sacrificios, á los sufrimientos, por el hijo de su corazón; no protestes, no me interrumpas—y D. Paquito ponía, diciendo así, una mano en la boca de su madre.—Pues bien; yo tengo esa felicidad; la de tener una madre así; tú gozas el bien igualmente de tener un hijo que tanto te adora; esa joven no tiene á nadie que la considere y que la estime;

supuesto que nuestra separación se hace necesaria... ¿Qué importa eso? ¿Qué nos importa un mes, ó seis ó un año, á nosotros que toda la vida hemos pasado juntos? el sacrificio de nuestra separación, será más que recompensado con la alegría de haber hecho una obra generosa. Ya sabes tú, por otra parte, el deseo en que yo estaba de viajar un poco; no me fuí por esos mundos durante algunos meses, por no separarme de ti; aprovecho la ocasión ahora ¿sabes? Mañana irás á ver á esa joven; la hablarás y no entrarás sin ella bajo nuestro techo. Una cosa te pido; que no sepa nunca que tú eres mi madre, ni que este paso lo das á instancia mía; tengo mis razones para ello y tú no habrás dejado de comprenderlas; es consideración á mí mismo; me dolería grandemente que ella sospechase de mi acción creyéndola interesada; puede pensar que obro así con ella para ganarme su gratitud, y de ahí, lo restante que puede ocurrirsele, y eso estaría mal; no, madre, no, ¿me oyes? ¿Es verdad que tú quieres hacer todo lo que te he dicho?

La madre quiso hablar, pero D. Paco selló su boca con multitud de besos, entre cada uno de los cuales preguntaba ardientemente:

—¿No es cierto? ¿No es cierto?

—Lo que tú quieras, hijo, contestó la pobre mujer, echándose á llorar.



XII

Pasaron dos días, y llegó la hora de partir; estuvo á despedirse de Ana, indiferente, frío al parecer; ella quedó sorprendida;

le preguntó, interesándose mucho, y contestó él con vaguedades; mantúvose Anita reservada ya, temiendo ser indiscreta; no tuvo frases tampoco para expresar su gratitud al hombre, y le dejó ir tranquilamente, lo mismo que él se iba; pero, con el alma llena de cóngoja y bien agena por cierto de que aquel D. Paco era hijo de la señora que estuvo dos días antes á visitarla, ofreciéndole generosa protección y asegurándole un porvenir honrado.

¡Iba á partir! ya no había razón ninguna que lo impidiera; ya no tenía pre-



~~~~~

texto lógico y honrado para quedar en Adamión un solo instante. Caminaba lentamente, metido hasta lo hondo en la negra cima; ¡sí! hasta lo más sombrío y lo más triste; sin el reflejo vago siquiera de una luz bienhechora que le pudiese guiar; tenía el corazón oprimido como por peso enorme... ¿Qué hubiesen dicho en aquel instante de D. Paco, del libertino sin freno, del calavera famoso, decidor y extravagante, que siempre se burló de ternuras que le parecían extemporáneas; de luchas del cerebro; de tristezas y asolaciones?.. ¿Qué hubieran dicho de aquel D. Paco... de aquel célebre señorito andaluz, si lo hubieran visto llorar!

Era una noche de Diciembre, era una noche hermosa y fría como esas hermosuras del Norte; una noche como esas mujeres que hielan el corazón con una mirada, como si dentro de ellas latiese algo que está por encima del mismo sér, algo más grande que la propia vida, porque la deja atrás; algo que sólo podría compararse con la misma muerte; caminaba D. Paquito con lentitud, como

antes dije; caminaba con lentitud en su deseo de separarse entonces de todo lo que le rodeara y que pudiera formar contraste con las inquietudes y tristezas hondas de su corazón; y no obstante su aislamiento voluntario, desesperábase contra sí mismo porque buscaba la soledad.—No, no quiero aislarme, no quiero aumentar mi desesperación y mis angustias; quiero la vida, quiero la animación y el bullicio. ¿Adónde ir? ¿Qué hacer?—Decíase esto, y en vez de dirigirse á las calles más animadas del centro de la población, donde encontraría de seguro amigos y camaradas que le distrajesen, desviábase por callejones oscuros y solitarios como un fantasma; iba como si huyese de sí mismo, metiéndose más y más en aquel dédalo de calles, como se metía en el abismo sin fondo de sus ideas.

No supo hacerse cargo de cómo fué, pero se encontró de pronto en la misma Calzada de la Trinidad; las luces de los reverberos iluminaban débilmente aquel lugar espacioso y accidentado: hallábase cerca de la misma fuente es-



trellada, allí, junto al atrio del convento; no había en la fuente nadie, y el agua caía de los caños en grandes chorros que al dar en la pila arrancaban miles de estrellas, levantando á la vez un fino encaje de espuma; siguiendo un poco más, estaba la puerta del cuartel; inspiraban ideas extrañas y de gran contraste, aquellos dos portales sombríos y como hundiéndose en el misterio atrayente de las penumbras; los dos portales inmensos, los dos juntos, los dos solitarios, y no obstante su igualdad monótona, conduciendo el uno hasta el lugar mismo donde la santa reclusa, sierva del Señor, se entrega á las dulces y angélicas pragmáticas; y el otro, hasta los hombres aguerridos que vierten la sangre á torrentes y destruyen y ponen á su paso alfombras de luto por los senderos que atraviesan. ¡Un cuartel y un convento!

Hallábase todo triste, sombrío; allá, en el fondo de la cuesta, perdiáse á un lado, el callejón de Soler, y al otro la calleja que dá al Campillo. En el silencio de la noche, como notas lán-



guidas para acusar la vida solamente, oíanse, haciendo duo con el agua, el quejumbroso y prolongado alerta del centinela del cuartel, y el clamoreo del esquiloncillo, en la torre de la iglesia.

Allí, en aquel lugar que tenía algo de cementerio, en aquellos sitios misteriosos y tristes que predisponían á la muerte, por ley de los contrastes volvió D. Paquito á la vida; allí se hizo cargo de su situación verdadera; allí se entregó por completo á su destino; se acusó de ligero después, de poco firme; encontró ridículo dejarse llevar de sus impresiones; se odió y se despreció y se dió vergüenza á sí propio. Pensó en su madre, en Anita... ¡Afuera todos aquellos pensamientos imposibles! Ya no tenía madre tampoco; su madre, sería madre ahora del otro sér á quien D. Paco amaba... Luz, libertad, bullicio, agitación, vida, y, al término,... lo que le estuviese reservado.

Bajó por la Calzada, y conforme sus ideas empezaban á revivir, iba encontrando él la vida en las calles y plazas que atravesó; de tarde en tarde, el pen-

samiento, como enemigo no domado aun, aferrábase otra vez, saliendo y rebotando como para presentar batalla; pero la voluntad, entonces indomable, de don Paco venció esta vez, dejándole cohibido, inmóvil y como aplastado entre cadenas. Vino en ayuda de su voluntad un encuentro que tuvo. Bajando por la calle de la Trinidad, habíase metido en la de San Pablo y dió en la Plaza; allí se detuvo viendo á la luz de la luna, como fantástica visión, la torre gótica, esbelta y atrevida del templo reedificado; de aquel templo cuyas obras se deben á la constancia de un hombre que consagró su juventud y su vida á pedir limosnas para reedificarle. ¡Aquel noble cura de parroquia no tendrá nunca recompensa!

Había allí más animación que en la Calzada; iban los chiquillos de un lado para otro, pegándose, saltando, corriendo; jugaban á la *lleva* y al *escondé el bicho*; en otro lugar, oíanse las voces de las muchachas cantando en rueda aquello del *Rey moro con tres hijas* y lo que sigue, de llamarse Delgadina la

más chiquita de todas, y de que el padre la requebraba, con los demás alicientes que recordará el lector, de seguro, de cuando era chiquillo.

Se abrió un portón de pronto, el de aquella misma puerta á cuyo lado está la tabernita donde se reunían los compadres celebérrimos, hace algunos años, para empezar la camorra; salieron tres mujeres y un hombre, éste iba delante, haciendo de caballero á una de las mujeres, las otras dos detrás, cuchicheando; las vió D. Paquito; sí, las vió; las dos mujeres rezagadas, eran la señora Barrancones y su hija.

Se alegró D. Paquito, por hallar ocasión de disipar un rato sus ideas tristes. ¡Pobre Lolita! la designó el destino para distraer á D. Paco; para distraerle en sus terribles horas de mal humor y de desgracia.

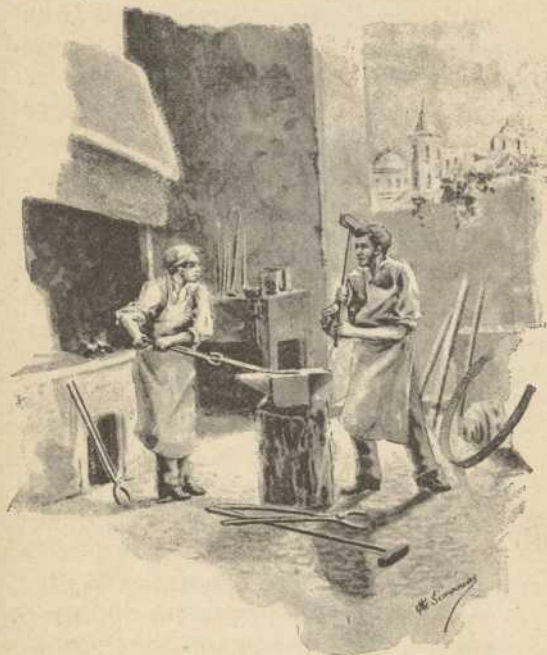
Con aquel descaro que le era peculiar, y sin acordarse de las barrabasadas que tenía hechas á las dos señoras, detúvose el muy loco, y sombrero en mano—eso sí, era muy fino, amable y zalamero cuando le convenía—se apro-

ximó al grupo que avanzaba ya calle arriba.

La sorpresa de la señora Barrancones no tuvo límites, ni el placer de Lolita tampoco; empezó el truhán de D. Paco con las excusas y el *teje maneje* que él sólo sabía armar, tratándose de D.<sup>a</sup> Josefa, á quien lograba hacer feliz con muy poco esfuerzo. ¡A qué negarlo! A Lola le parecieron muy naturales y muy dulces sobre todo, las excusas de D. Paquito; la mamá le pellizcaba el codo para que no le mirase y no se diera importancia el demonio del hombre, pero ¿quién lo intentó? No hacía Lola caso de su madre ni de todo lo del mundo, y echaba unos ojazos á D. Paquito como si se lo quisiera tragar. En otras ocasiones, cuando D. Paquito no estuviese delante, podía D.<sup>a</sup> Josefa aconsejar y hasta exigir á su hija lo que le entrase en antojo, pero ya no; en mirándola D. Paco, ya estaba Lola como una cabrilla suelta y rebelde, caminando sola sin miedo de rodar por el aprisco, y hasta con unas ansiedades inmensas de ir al fondo para cerciorarse de una vez de lo que había



allá adentro..... Pero D. Paquito, D. Paquito solo; á los demás hombres los tenía ya Lola en la coronilla.



Salieron por la calle de la Jara; dejáronla atrás, desembocaron en la del Tiro, y se detuvo la procesión un poco,



mientras mamá Barrancones encargaba *unos objetos* en la tienda de comestibles de la difunta Anica Papo. ¡Oh calle del Tiro famosa! Bien querría yo entonar aquí, en tu loor, todas las endechas y los himnos que puedan salir de mi numen, pero no tengo tiempo; para enumerar tus glorias necesitaré mucho espacio y mucha sabiduría. ¡Oh calle celeberrima del Tiro! allí vivió el zapatero Triana con sus hijos los nacionales; allí vivieron las Tapaeras, el barbero franchute y el sin igual Matamoros; allí se oyó de día y de noche el repiquetear de machos y martillos en la vigornia de la fragua del Rayo, aquel pariente famosísimo de los Bolos de la calle de la Almona; allí vivieron y murieron, en fin, muchas celebridades malagueñas..... y allí vivían actualmente Lolita Barrancones y su mamá.

Hizo D.<sup>a</sup> Josefa sus encargos, cuchicheó, mientras, la pareja que acompañaba á la mamá y á la niña, y D. Paco aprovechó la conyuntura para dirigir en voz muy baja estas frases á Lolita Barrancones:

—Estoy desesperadísimo; ¡no puedo vivir así!

Había algo de burlón, de terrible, de mordaz en las palabras de Paquito; palabras que no llegaron á herir á la pobre Lola; no llegaron á herirla por su ignorancia de todo y su desconocimiento de mundo en medio de aquella terrible atmósfera de vicio en que se veía ahogada.

Pareció no oír Lolita, asombrándose y estremeciéndose de placer de aquellas frases que repitió el mancebo calurosamente. «¡Que estaba desesperado y no podía vivir así!»

Repitió también las palabras Lolita, y preguntó luego, mirándole con ansiedad que no disimuló, porque no pudo y porque no quiso y porque no sabía:

—¿Pues qué le pasa á usted, criatura?

—Que no consigo hablarla un rato á solas; que es imposible continuar así.

Lolita sintió que le arrancaban algo del pecho. ¡Miserable de ella! ¿Qué iban á continuar? ¿Empezó algo por ventura entre D. Paquito y ella, para que

así pidiese el hombre la continuación? ¡Ojalá, y mil veces ojalá, resultara lo que resultase!... que ya tenía deseos hondísimos de hablar una vez siquiera con D. Paco, y decirle de una vez todo lo que se había propuesto decir calladito y sin apuntador—que eso parecía su madre: un apuntador borracho.

Así pensó Lola, y quedó callada al principio; no duró mucho el silencio; ¿qué había de durar, si la que allí tenía vehementísimos deseos de hablar era ella?

—¿Y qué tendría usted que decirme si hablásemos á solas?

Oyó D. Paquito aquella pregunta, y el acento extraño en que fué pronunciada le hizo fijarse en Lola; iluminábase de perfil la cabeza de Lolita con la luz de un reverbero próximo; la halló D. Paco pálida, bella; los grandes y hermosísimos ojos negros parecían chispear de fiebre; se fijó más, y creyó á Lola muy conmovida; pensando que sería por la emoción del encuentro, se sintió halagado, y esta idea le hizo entrar más decidido en sus explicaciones, siguien-

---

do con interés lo que principió maquinalmente; además, la figura de Anita no se apartaba de él ni un momento; estaba irritado; no la podía desechar, y hasta parece que quiso irritarla también y ofenderla para que se apartase así de su corazón.

—¿Qué tengo yo que decir á usted? —repitió ardientemente:—que la quiero más que á mi vida; que me desespera pensar que siempre tendré á D.<sup>a</sup> Josefa mirándonos; yo no quiero que nadie me vigile; yo no quiero que nadie imponga los sentimientos y las palabras á la mujer á quien yo elija.

—¡Ah!—pensó Lola,—así, así es como quiero yo también.—Se acordó de Enrique, de los demás pollos, de los horteras que la cortejaban, y sintió asco.

—Bueno,—añadió D. Paquito, decididamente:—¿usted quiere que hablemos como yo le pido?

—Sí, también quiero,—contestó Lola sin titubear.

Don Paco sintió, así, como si una hoguera le quemara los ojos; fué la mirada que sorprendió en Lola cuando



dijo que también quería hablar de aquel modo con él.

—¿Y cómo?—preguntó rápidamente,  
—¿cuándo?

—Esta noche, ahora...

Se sorprendió D. Paco, miró á Lola, y ella pareció vacilar en lo que iba á decir.

—¿Qué? diga usted pronto, dígalo usted, que ya viene...

Se decidió ella, agachó los ojos con timidez que á D. Paco pareció fingida, y no lo era, y pronunció muy bajo esta frase, concentrado y terrible poema de la educación recibida:

—Convídela usted á cenar cuando esos se vayan.







### XIII

Comprendió D. Paco perfectamente lo que Lolita quiso decir; lo comprendió, porque conocía á fondo á la esclarecida y nunca bien ponderada señora doña Josefa Barrancones; siguieron por la calle del Tiro abajo hasta dar en la calle de Almona, metiéronse por el mis-

mo callejón, y la pareja que iba con ellos—un matrimonio impertinente que no había salido aun de la luna de miel—no hacía más que decirles que se detuvieran, que no les acompañasen más, que estaban muy agradecidos; D.<sup>a</sup> Josefa erre que erre, que los tenía que acompañar hasta Puerta-Nueva lo menos. Se conformaron los otros, y al fin, saliéndose ya del callejón de la Aurora, se encontraron en Guadalmedina; el agua que iba por el río, era poca, como siempre; á un lado y á otro del cauce, estaban los choaajos de los baratillos, Rastro en Madrid, Palacio de los encantos en Cádiz, los Encantos en Barcelona, y en todas partes el sitio de todo lo inservible, todo lo mohoso, todo lo viejo y todo lo rico en fin, porque toma valor en fuerza de años. Para pasar la tabla, hubo grandes inconvenientes. ¿Vosotros no sabéis lo que significa pasar la tabla? Yo que lo sé de memoria, porque la pasé en muchas ocasiones, voy á explicarlo; hay tres puentes en Guadalmedina, un número bien modesto, ya os podéis figurar que Ada-

mión no es Paris, ni Guadalmedina el Sena; pues bien, entre las cosas horrendas que pasan en Adamión, era una, entonces, que estaban los tres puentes descompuestos, el de Tetuán, el de Santo Domingo y el de la Sangre; el nombre del último puente, es una historia brevísima: que estaba recién construido en las hecatombes de Enero; aquel Enero famoso, en que la mala sangre de Rodas hizo verter tanta sangre de pobres diablos. Allí, en el puente, hubo muchas barbaridades ese día, y le bautizaron por eso con tal nombre.

Bien; iba á contar lo del paso de la tabla; es una tabla tendida constantemente á lo ancho de las dos orillas, para que puedan pasar los transeuntes; los jóvenes tienen costumbre de pasarla, pero los viejos prueban, y reprueban, y lanzan gritos y hacen arrumacos. D.<sup>a</sup> Josefa, mareábase con mucha facilidad, é hizo sufrir aquella noche á todos. En uno de aquellos arranques de D. Paco, que tan funestos podían serle en asuntos serios y que tanto hacían reír en casos fútiles como aquel, cogió á D.<sup>a</sup> Jose-



fa en brazos y la pasó en un segundo. Pasó la pareja detrás, sosteniéndose el uno al otro con un desmadejamiento y una tontería que daba coraje; pasó por último Lola, gallardísima, valiente, cimbrando sobre las aguas su cintura gentil, y cogiéndose el vestido para que no le estorbase al andar.

D. Paco vió su silueta á la luz de la luna, cuando atravesaba por el estrecho tablón, y le pareció un instante fantasma aéreo lleno de luz y de poesía; se le aproximó Lola cuando pasó y la vió don Paquito muy cerca otra vez, resplandeciente y hermosa, con aquellos tremendísimos ojos llenos de pasión y como irradiando en luces divinas. Sintióse don Paquito estremecer, y no pudo explicarse cómo no había visto con anterioridad la hermosura y la pasión que inspiraban aquellos ojos. ¡Oh! era que Lola estaba alegre, que Lola era feliz, porque don Paco iba con ella; porque había visto en D. Paco una ráfaga, una sola ráfaga de aquel cariño y de aquella ansiedad que la mujer sentía; en aquel punto pudo verse la transformación de la hija de



---

D.<sup>a</sup> Josefa; fué siempre un maniquí, una masa sin fibras, amoldándose en el asunto de los hombres á todo cuanto la madre le exigió, no por temor á la madre, sino porque le importaba igual una cosa que otra; aquella pobre muchacha que no sabía pensar, que no sabía sentir, que halló siempre á los hombres el encanto ó la antipatía que D.<sup>a</sup> Josefa quiso que les hallase, dió al fin con D. Pacuito para alegría y felicidad suya, seguramente; para que empezase á sentir y á pensar y para que odiase brava y sombría, todo recuerdo de hombre que no fuera su D. Paco de su alma.

Para cortar terreno, dejaron á la derecha la escalerilla, metiéndose por el postigo de Arance. La Sra. Barrancones estaba contenta; se lo conocían todos, hasta aquellos dos enamorados, que solo veían el mundo por un prisma; sin embargo del placer de la Sra. Barrancones, hay que decirlo sin ambages, no era rico metal todo lo que relucía. ¡Ah! no estaba tan contenta como supusieron los acompañantes, porque... veréis: en medio de sus esperanzas de



atraerse otra vez á D. Paco; en medio de aquellas esperanzas locas, que hacían latir su corazón como el de muchacha tímida y virgen que oye por vez primera el himno de amor y siente por vez primera sobre sí el rayo apasionado y calcinante de los ojos del hombre; en medio de aquella sensación alegre, acometíala inquietud terrible. ¡Gran Dios! «¡Si D. Paco haría otra de las suyas volviendo las espaldas, y si te ví no me acuerdol!» Pensó con este motivo dar unas cuantas lecciones á Lola. «Ya vería, ya vería ella lo que era bueno.»

Y en llegando á este punto de su soliloquio, se mostró locuaz, alegre, vivaracha, como una chiquilla, dando así á entender á D. Paco, de camino, lo grande de su generosidad, y lo pronto que solía olvidar las culpas ajenas.

En estas cosas sintióse acometida de un miedo estrepitoso, cerval, grandísimo, pensando que al retirarse los otros, pudiese tener ocasión ó pretexto don Paquito para despedirse también. Era lo que la imponderable señora no podía permitir. No, D. Paco tenía que entrar

---

en su casa aquella noche; en la casa misma de D.<sup>a</sup> Josefa... porque sí... porque ella se lo propuso y ella se preció de tener siempre muy aguda imaginación para ciertos lances.

Al salir á Carretería, no hubo más remedio que despedirse del matrimonio, que estaba deseando caminar sin que ningún humano le siguiese ni le acompañase, por ese egoísmo estúpido que nos entra con el amor figurándonos que todo cuanto nos circuye es un enemigo para obstáculo de nuestra felicidad.

Allá traspuso el matrimonio, y D. Paquito se alegró mucho; sentíase con unas impacencias febriles de no sabía qué cosas grandes. Por lo que á D.<sup>a</sup> Josefa corresponde, se despedía de la pareja, mirando á la par á D. Paco con un ojo y á la pareja con otro; tenía el alma en un hilo; llena de angustias, al pensar que D. Paco también se despidiese. Lola permanecía en silencio, como si nada viera, como si nada la rodease, oprimida sin saber por qué ni por quién, fatigosa, como agobiada por un terrible

peso que no tenía fuerzas para rechazar y que la iba aplastando, hasta sacarle



del corazón la última gota de sangre y confundirse con su último latido.

Alejáronse los otros, y hubo allí, en la esquina precisamente de la aceitería de Subiri, un instante solemne en el corazón de aquellas tres personas; los tres suspiraron por un mismo objeto, sin que supiera ninguno la causa del suspiro del otro; en las pupilas de los tres brilló un deseo mismo, fué un solemne segundo psicológico que debe apuntarse como sobrenatural, porque decidió el destino de todos los personajes que conocéis en esta grande historia del corazón de dos mujeres.

Quedaron allí los tres, detenidos en la esquina; la Sra. Barrancones oyó toser á D. Paquito y no pudo contar las palpitaciones de su corazón mientras acabó de toser; sucedíala aquello, á la idea sola de que en acabando la tos iba á decidirse todo. Lolita permaneció en aquel mutismo y en aquella quietud, y no obstante, sentíase con impacencias terribles como D. Paco y la mamá. Habló D. Paquito al fin, y D.<sup>a</sup> Josefa aguzó el oído y el ingenio preparándose á la lucha.



—¡Vaya! ¡Qué feliz encuentro! ¿y dónde se camina ahora?

—Pues á la casa,—contestó la Barrancones, en tonillo serio. Lolita no desplegó los labios.

—La verdad, señora, yo las acompañaría con mucha gusto...

—«¡Que nos acompañaría!—pensó doña Josefa aterrada,— luego, no nos acompañará»... —Pero aquello lo pensó D.<sup>a</sup> Josefa tan rápidamente, que no dió lugar al «pero»... de D. Paco; de D. Paco, que siguió así:—... pero, si ustedes no se molestasen, entraríamos á tomar alguna cosita, ahí cerca, un ratito no más; y quiere decir que después las acompañaré yo, para pasar la tabla.

¿Por qué no abrazó D.<sup>a</sup> Josefa á don Paco en aquel instante? Misterio incomprendible que ningún humano logró definir. ¿Quién la contuvo? ¿Cómo la pudieron contener? ¿Cómo consiguió sujetar con diques de acero en los mismos labios la explosión grandiosa de placer que ya salía? Continúa el misterio.

—¡Ay! D. Paco,—contestó con mucha suavidad,—ya le dije yo á esta, que es



usted un cabecita loca; ella no lo quiso creer nunca, pero ahí está que lo puede decir. Siempre anduve yo con lo mismo:—Pero hija, no te afanes más; no suspires, no te pongas mala. ¿Tú no comprendes que D. Paco es de esta manera? ¿un cabecita loca y nada más? vamos, niña, ámate; niña, salgamos un poco; niña, ¿quiéres que vayamos á tal ó cual parte? nada, ¡hijo! sin conseguir nada, por más que le dijese yo:—¡Si él volverá, mujer, si él volverá! Tú no conoces á D. Paco todavía; tú no puedes figurarte lo bueno que es, y lo generoso, y lo cumplido, un cabecita loca; pero eso sí, á corazón no le gana nadie; ahí está ella, ahí está ella que lo lo dirá. Y en efecto, Lolita decíase en su interior:

—¡Cuidado que es embustera!

Sí, D.<sup>a</sup> Josefa mentía; Lola amaba á D. Paco; creció su amor cuanto menos muestras dió el hombre de corresponderlo; amaba á D. Paco hasta el sacrificio, hasta la esclavitud; pero nunca se le ocurrió aislarse, dejando sus paliques con este, ni sus carantoñas con aquel.

La terrible educación que la madre le había dado, echó tan hondas raíces en ella, que constituía ya como otra parte de su propio sér; las salidas, el baile, el charloteo, el coquetear, el reír como una loca; todo esto lo hizo ella siempre como si se lavara, como si comiera, como si leyese un libro; no discernía la distancia que pudiese mediar de una cosa á otra. ¡Oh! entonces, cuando su madre dijo todo aquello; entonces empezó á comprender que no debía hacerlo, y allí en la misma esquina de la tienda de aceites, juró no hacerlo más. ¿Por qué comprendió que amando como amaba, debía consagrarse entera al hombre de su amor? Porque se hizo el análisis siguiente:—Si mi madre dice tales cosas, engañando á D. Paco porque así le prueba que yo le quiero, yo he de hacerlas en adelante de verdad, porque de verdad le quiero, engañando á mi madre.

Pensó Lola todo aquello en un segundo, y sintió, con rabia, no haber hecho positivamente lo que su madre decía que hizo, engañando al hombre. Podréis

~~~~~

comprender, por este detalle sólo, si Lola pensaba y sentía ya. Si lo comprendéis, como me figuro, la imagen de Lola os parecerá desde este punto, muy distinta de como cuando la conocistéis.





XIV

Nunca se han ajustado paces de un modo tan sencillo ni de tan buena fé como las que fueron ajustadas aquella noche entre el señorito andaluz y la hidalga señora; fué una causa más para

que don Paco insistiese en su oferta del obsequio y una de la multitud de causas que tuvo la Barrancones para aceptar. Doña Josefa habría aceptado de todos modos.

Alejáronse pues, muy amigos y muy alegres; habló aquí de D.^a Josefa y D. Paco; Lola no tenía pensamiento para nada que no fuese ir forjándose ya las ilusiones que D. Paquito confirmaría en la primera ocasión. Pidieron un cuarto en cierto restaurant, próximo á la plaza; á D.^a Josefa, latiale el corazón más que á su hija aun. D.^a Josefa había realizado ya su sueño; el de hacer las paces con D. Paco; é iba á realizar otro, el de una amigable cena. ¡Dios mío, qué modo de padecer! ¡Luego dicen que la satisfacción no mata! No podéis figuraros hoy, no se figurarán nunca lo que padeció la señora, para no demostrar su alegría en un diluvio de palabras que diesen natural desahogo á su corazón agobiado. ¡Qué martirios! ¡Cómo se le iba la lengua de un sitio para otro, allí, en la misma boca cerradita, como si ya D.^a Josefa se relamiese en secreto.

No había estado nunca la Sra. Barrancones en aquel restaurant... y eso que conocía al dedillo todos los lugares de Málaga donde se diese de comer y beber del modo que fuera. Tenía la habitación muy buen aspecto; daba paso aquella habitación á otra más pequeña, muy arreglada también, con mesita redonda, mantel fino, y vajilla muy limpia; había en las paredes vistosos cuadros que á la Barrancones parecieron bellísimos, y junto á un testero, medio perdido en la penumbra, un ancho y cómodo sofá...

Como era tan curiosa, preguntó á D. Paquito la razón de que aquel cuarto no tuviese más entrada ni salida que el anterior. D. Paquito se asomó también á la habitación y se encogió de hombros cuando la hubo visto. «Él qué sabía.» Sentáronse los tres junto á la mesa de la sala anterior; los dos novios —porque ya eran novios otra vez según D.^a Josefa—cayeron muy juntitos. ¡Es claro! se lo encargó la mamá á Lola á un descuido del joven—Mira, niña, á ver lo que haces y no me des un mal ra-

to—Y luego otra vez:—Mira, niña, juntitos, muy juntitos y trátale bien que no se disguste el pobre.—¡Qué contenta quedó la señora! ¡Cómo la obedeció la niña! Llamó D. Paco al mozo con un par de palmadas que parecieron á la mamá dos hogueras que la carbonizaron mientras el mozo no llegó. Y después, cuando estuvo allí, ¡cómo se dió importancia D.^a Josefa delante de él! Tuteó á D. Paco; llamábale hijo mío; lo mimó, con los ojos y con la palabra, y cuando el camarero le dijo que pidiese lo que quisiera, exclamó la señora:—No sé, hijo, no sé; ¡tengo una cosa esta noche en el estómago! ¡Estoy que no pruebo la comida! Crea usted que no como. ¿Qué tomaría yo?... mire usted... traiga...; ¡pero cómo estoy! ¡Ay, Jesús, que poca gana! Bueno, mire usted, tráigase un bistequito, con unas aceitunitas de esas grandes; si le parece á usted, traiga también unos riñoncitos y una poquita de agua; allá veremos... ¿Qué quieres tú, niña? Y tú, hijo, ¿qué quieres?—Ninguno la oyó; D.^a Josefa se echó á reír bondadosamente, y miró al

camarero con sencillez afable.—¡Ay! qué muchachos,—dijo; ¿usted los ve? Pues siempre están así. Traiga usted para ellos lo que quiera.

Se alejó el mozo, y la Sra. Barrancones quedó hablando de él; resultó que lo conocía, y á toda su parentela; porque no quitaba la hidalguía de la señora, ni la de todos sus antepasados, para que fuese muy amiga de saber lo que debiera interesarle menos; como la historia del mozo y la de la familia nada tiene que ver con la que yo estoy contando, voy al asunto, y afirmo bajo palabra de hombre leal, que doña Josefa cenó aquella noche opíparamente. Estoy seguro de que me hubierais creído también aunque no lo asegurase; comió perfectamente, pero «con cierto desgano; porque siempre fué sobria; comió chuletas, bisteck y los riñones, con el aditamento asegurada, de una ración de jamón, otra de pescado, unos manojitos de boquerones, un par de docenas de aceitunas riquísimas, grandes y de un color amarillento, y una rosca de Alhaurinejo, que le supo á gloria; de


~~~~~

beber, no digo nada, porque no lo pudo probar en su vida; porque D. Paco no lo tomase á desprecio, bebió... nada. ¡Qué había de beber! ¡Si estaba ella de un modo! Se bebió una botella y dos deditos no más, de amontillado seco, superior, porque la Sra. Barrancones, decia:—Ya que bebo poquito que no sea malo, porque ¡ay Jesús! no sabe usted lo que me pasa á mí, en cuanto bebo un poco. ¡Válgame Dios! ¡qué fatiga!»

Vió la señora delante de sus pupilas los resplandecientes platos que lanzaban un tufillo delicioso para su nariz pecadora, acostumbrada á la innoble cocina casera; turbóse manifiestamente y entró muy pronto en aquellos éxtasis divinos de que ya haréis memoria; no se acordaba ya de Lolita, ni de D. Paco; tampoco le era preciso, porque ya Lola sabía mucho; como encontrase ocasión ella, no la dejaría ir. Por otra parte, según la señora tuvo á bien determinar, su ocasión no había llegado. No tenía pues, que pensar en nada; no tenía que distraerse de sus místicos embelesos culinarios, viendo en los pu-



ros goces de su fantasía, ángeles y serafines, con auréolas de aceitunas, y aspirando con unción los sacratísimos perfumes de la humeante vianda. Hablaron al principio D. Paco y Lolita algunas tonterías, aunque no puedo decir yo cuándo hablan de cosas serias dos personas que se quieren... No lo dudéis; quería á Lola con frenesí en aquel instante. Iban hablando, hablando, y pasaba el tiempo sin que lo advirtiera ninguno de los tres; los mozos en sus estremecedoras y vibrantes elucubraciones, y la digna mamá, en sus eternos monólogos, sostenidos ahora muy á menudo con la dulce mirada fija en la copa. Deslizábanse por su imaginación en mágico tropel unas bellísimas escenas que ocurrirían en el porvenir; latíale el corazón saturado de goces que empezó á disfrutar como veréis, por su grato optimismo, antes aun de que se realizaran. Primero pasó Enrique, el pobre Enrique, compugida la faz, suplicante, lacrimoso; y allá fué á perderse, suspirando de amor. ¡Quién sabe adónde iría, ni qué le importaba

á D.<sup>a</sup> Josefa tampoco! ¡Valiente simplin era el tal Enriquito! Desvaneciéndose la sombra de Enrique como un mal espectro, se vió la Sra. Barrancones en «Lope de Vega» con su niña, rodeada de todo aquel enjambre de pollos; sonrió desdeñosamente; llenó una copa, bebiéndosela de un trago con la canción preliminar de que la bebía porque D. Paco no dijera; soltó la copa sobre el mantel, y dos ó tres veces fué á sugetarla creyendo que se tambaleaba; tuvo que convenverse de que la copa no se movía, y avergonzándose de su engaño, miró furtivamente á los otros, para observar si la sorprendieron al quererla levantar; se encontró con las pupilas de ambos jóvenes, inquietas, asustadas, como si ellos á la par hubiesen temido ser observados. Nada sorprendió D.<sup>a</sup> Josefa, pero ellos sí adivinaron que muy pronto no estaría ella para observar nada; esto lo advirtió D. Paco á Lolita con un disimulado golpecito en el codo que la hizo el efecto de una inconmensurable llamarada que pasó súbitamente rozando con su retina; latió en ella la sangre

á golpes ajigantados y sin concierto, y creyó por un segundo que bailaban, no ya la copa, como había creído D.<sup>a</sup> Jose-



fa, sino las botellas, los cuadros y la sala en fin, y su madre y D. Paquito; bailaba todo entre unas grandes lenguas de

fuego que le corroían el corazón, martirizándola y haciéndola desfallecer. A aquella Lola, que no sentía ni pensaba, ocurrió todo esto, por un golpecito en el codo. A saber el diablo tales cosas—que sí las sabría—debió preguntar en aquel punto á la Barrancones, acariciándola con íntimo y suave tirón de orejas:—¿Qué tal, mi dulce amiga y señora?

Pero hubiera quedado el demonio mal, sin duda, porque D.<sup>a</sup> Josefa, como dije antes, se había empeñado en que la copa bailaba; aquelló del baile se le pasó, pero quedó interesadísima ahora la honrada hembra, contemplando en aquel conjunto de cristal las numerosas docenas de novios que [Lola había tenido; todos estaban allí, dentro de la copa, y todos pedían piedad á la Barrancones; la sonrisa de la déspota se hizo más cruel; y como si quisiera darse á sí misma una prueba de su poderío sobre el tropel confuso de figurillas que allí danzaban, cogió la botella majestuosamente y las inundó, primero, ahogándolas después; se nubló en este



---

punto el rostro de la tirana, presentándose lleno de digna majestad y orgullo; miró el vino de la copa, y en aquel mar desbordado veía dar tumbos á la caterva de novios que intentaban inútilmente ganar la orilla; señaló entonces la copa con un dedo rígido y exclamó misteriosamente, dirigiéndose á la cuchara que se había puesto de pié:—Para que veas, para que veas lo que yo puedo.— La cuchara se tendió sin hablar, pero lanzó al tenderse una risilla de intencionada duda, que D.<sup>a</sup> Josefa no pudo resistir; arrogante, enérgica, desdeñoso el gesto, altiva la mirada, irguiéndose en són de desafío para que la cuchara no dudase, cogió la copa y se la bebió de un trago; la risita de duda de la cuchara, concluyó inmediatamente ¡ya estaría la cuchara convencida de que D.<sup>a</sup> Josefa era un sér enérgico, que ahogó á los novios en el mar encrespado, y se los tragó después revueltos con el mar, en nuevo caldi-sopa originalísimo! Efectivamente, la cuchara dejó de reir; quedó muy seria la Sra. Barrancones, sonrió plácidamente luego, y repi-



tió en voz muy alta:—Para que tú veas lo que yo valgo.—Se echó á reír ahora con fuerza, poniéndose á la par un dedo en la boca, indicando á la cuchara que callase; le puso luego la mano encima.—Pero estate quieta... ¡chist! no vale moverse... ni hablar...—Rió con más fuerza entonces, notando que la cuchara no se movía, y tuvo ocasión con esto de entusiasmarse nuevamente con su poder; alzó la cuchara de pronto y vió un cuadro que había en el tabique de enfrente; componiase de dos figuras la estampa, una mujer y un hombre; se desprendió del cuadro la mujer, viniéndose hacia ella; la risa de la Sra. Barrancones no se calmó, pero fué ya una risa despreciativa, de ver acercarse á la figura.—No te quiero aquí—exclamó la señora bruscamente; la figura avanzaba sonriendo:—Que no, que no te quiero.—Miró la cuchara y la cuchara se reía otra vez; para colmo de desdichas, el tropel de novios ahogados anteriormente por el mar y tragados por ella, surgió de nuevo, no supo de dónde, muy chiquitines y muy bonitos; subiéronse al

filo de la copa vacía, dándose las manos y saludándose con gran finura; se reían la cuchara, la mujer del cuadro, los novios ya vivos; reíase allí todo el mundo, burlándose de su poder, y D.<sup>a</sup> Josefa entonces soltó el trapo desahaciéndose en tiernas lágrimas; para colmo de pesadumbre, Enriquito, del tamaño de una uña, se presentó repentinamente, bailando un minué sobre el tapón de la botella y haciéndole musarañas con los dedos. Empezó á tranquilizarse súbitamente porque aquel Enriquito burlón y chiquitín y la mujer y la cuchara y la copa con los novios, fueron alejando en tropel y con grandes risas, se metieron en la otra habitación; Enriquito quedó detrás con la mujer que se salió del cuadro.....

—¡Digo! ¡digo! ¿Pero qué era aquello? La figura de Enriquito iba pareciéndose á don Paco, y la de su compañera á Lola. ¡Era gracioso! ¡Era gracioso! Se echó á reír otra vez al contemplar aquel lindo cambio; la copa, la cuchara y los novios,—aquellos novios ahogados, tragados y resucitados, que iban también

hacia la otra habitación,—gritaban ahora con enormes zumbidos; ¿por qué se detenían? el Enrique con cara de D. Paco y la mujer del cuadro con cara de Lola, tiraron de ellos y entráronse al fin todos con gran balumba de tira y afloja, y risotadas y jaleo estruendoso; miró D.<sup>a</sup> Josefa á todos lados, tomándose de risa nuevamente; se contuvo en medio de la carcajada, porque empezó á girar la habitación; volcósele á un lado el cuerpo y cerró los ojos; los abrió después, irguiendo á la par la cabeza y se contrajo su boca en inefable sonrisa; se pasó las manos por la cara; cayéronle por la frente los enmarañados pelos, y con entrecortada y borrosa voz exclamó muy bajito:—Niños..... me pare..... me pa..... me parece... que.. que... yo no sé lo que tengo:—Sonrió y miró con estupidez... esperando que hablasen los sillones *vacíos* de D. Paco y Lola. Inclino la cabeza sobre el pecho, sin que se borrara de sus labios sucios la imbecil sonrisa, y quedó así, quieta. Oíase en la calle rumor de pisadas de algún transeunte; allá á lo

lejos, la voz cascadilla de una ciega pregonando *El Imparcial*; en la habitación, interrumpiase el silencio por otro rumor, vago, dulce, muy dulce; algo así como el hálito de unos engendros invisibles del amor, que parecieron llenar la atmósfera; hay quien afirma que producía aquel rumor el chorro de vino de la copa volcada, cayendo sobre la falda lustrosa de la ilustre doña Josefa Barrancones; hay quien afirma que aquel deleitable rumor era de besos.









XV

Estuve muchos días sin escribirte, mi querido Paco, no sabiendo, á la verdad, cómo salir del apuro en que estoy; yo quisiera decir muchas cosas y encuentro para decirlas grandes escollos.

porque no tengo costumbre de escribir, primeramente y porque no hubiera querido hablarte de un asunto sobre el que tú guardaste tanta reserva desde el principio.

Pero hay que obrar á veces de distinto modo de como una desea, y especialmente cuando se trata de una mujer, y cuando se trata de una madre; quiero hablar un poco de tu *protegida*; subrayo la palabra, por razones que no te explico, pero que tú las comprenderás como si te las explicase. Ana está bien, hermosa, alegre, pero una alegría sin alarde y sin ruidosas manifestaciones; una alegría que en nada se parece á la que tú demuestras cuando estás contento por cualquier cosa; preciso es comprender que Anita no se parece á ti en nada, la vida que hace es bien sencilla, y empiezo por decirte que no se separa un punto de mi lado. Se levanta al amanecer... Oye, cuando supe esto me alegré mucho, porque acusa buenas costumbres; como yo la traje conmigo porque se ganase un jornal, pues de otra manera no lo hubiese logrado, desde el momento en

que se levanta, comienza sus ocupaciones, disponiendo los asuntos de la casa á cuyo frente está; aquí acaba todo; la pobre Anita quisiera ganar su sueldo de otro modo más digno, según ella, es decir, trabajando más; yo tengo que animarla y consolarla, lamentándome con ella de no poderla ocupar en otras cosas; salimos á misa frecuentemente, y algunas tardes á paseo; como no tenía más cariño que el de su madre, ni otras relaciones íntimas fuera de Málaga, no sostiene correspondencia de ningún género, y esto me agrada mucho también; ya sabes tú mi vida, en fin; pues á mi vida se amoldó hasta en el último detalle, y se amoldó á ella, sin disgustos y sin contrariedad; yo lo comprendo; ya debes tú saber que las mujeres no se engañan las unas á las otras; nos sería imposible. Yo sí que la estoy engañando á ella, aunque en distinto género y sin hacerla mal; de esa manera y todo, he de manifestarte que no me hallo con deseos de seguir engañándola; no es propio el papel que estoy haciendo, ni de mi edad, ni de mi carácter, pero lo

hice porque me encontré á mí misma una excusa; la excusa de ser madre y de que esto lo hacía por tí. Nada me has dicho, Paco, pero yo lo comprendí todo desde que te oí hablar de Anita. ¿Crees tú que de otra manera me hubiese amoldado á tu locura, de ir á casa de Anita sin conocerla? No; tú la amabas, yo lo ví y me aterré; tú la amabas, y yo quise ver quién era la mujer que había conseguido conmoverte de aquel modo; la mujer que había logrado fijar tu corazón; la ví, y quedé prendada de ella; la recogí en mi casa porque comprendí que era digna; teniéndola conmigo, podría convencerme de ello, guardándola de acechanzas, á que podría quedar expuesta, guardándola para tí á la vez y evitándome dos remordimientos; la humanidad no es perfecta, hijo mío. Triste es confesarlo, pero todo tiene su fin, todo sucumbé, todo muere; no hay resignación que no se doble, no hay virtud que no se quiebre, cuando el hambre y el frío amenazan de firme; no permita Dios nunca que esto sea afirmación en mí,



---

de que la fé no lo vence todo; no, hay virtudes que se sostienen, hay resignaciones heróicas; pero yo soy partidaria de un sabio principio: de evitar siempre las duras y grandes pruebas en que se puede sucumbir. Anita pudo ser muy honrada; lo fué y lo es todo cuanto puede exigirse; hubiera resistido, sin duda, el hambre, el frío, los dolores más hondos, la miseria más grande; yo la hubiera dejado caminar en la firme convicción de que no hubiera caído. ¿Pero y si cae? ¿Quién hubiera sido más culpable? ¿Ella, ó yo que la dejé caminar, siéndome tan fácil ampararla y sostenerla? Ya sabes, pues, uno de los remordimientos que me he evitado. ¿Y el otro? Tú eres mi hijo y mi único amor; tú podías amar verdaderamente á esta mujer; yo te la pude conservar digna, velando por ella, y cobijándola en mi seno. ¿No hubiera sido para mí una gran desdicha la desdicha tuya, de no poder dignamente unirme á ella por su indignidad, que yo podí evitarle? Pues bien, ese es el segundo remordimiento de que me libro. Hasta aquí, fué Anita



pura y buena, no la manchó su vida accidentada y aventurera del teatro; puedo contentarme; ¿á qué era preciso probarla más? No: basta de pruebas. Anita salió bien hasta hoy y eso es su-



ficiente; si se guardó antes viéndose acometida sin cesar, ¿cómo no se guardará hoy que á nadie ve y con nadie habla? Si hiciese responsable á Anita de lo que hubiera llegado á ser, continuando

---

en su tarea difícil de divertir al público, no tendría yo perdón.

Como te interesarán vivamente estos detalles, te diré algunas cosas que tú ya te habrás figurado; la impresión que produjo en los que conocían á la pobre Ana, de verla y oírla cantar en el teatro, cuando supieron que abandonó la escena para quedarse conmigo, fué grande; algunos tuvieron ocasión para morder de lo lindo á costa mía, y los más á costa de Ana; yo creo que no ha llegado la cosa á más, porque tú no estás aquí. Actualmente, estoy segura de que Anita no sabe el lazo que á mí te une; yo te juro tranquilamente, que no lo sabe y me dolería mucho que lo supiera por otra persona que no fuera yo; yo que la engañé, quiero ser asimismo la que el engaño descubra, pidiéndole á la par que me perdone; hace pocos días estuve á punto de romper con todo y decirla de una vez lo que pasa, pero he querido tener antes la seguridad de que no partía de ligero, avisándote con anticipación y hasta consultándote sobre el particular. Me obligó también á guar-

dar silencio todavía, un incidente que me conmovió mucho.

Voy á contarte lo que pasó:

Te dije que Ana está contenta, y yo me felicito de ello. ¿A qué negártelo? la tomé muy pronto gran cariño; esa alegría suya no se demuestra con grandes expansiones, porque tiene carácter reconcentrado. Hijo, la Ana compañera y amiga mía, no es aquella tiple del teatro Principal; lo mismo que engañó á todo el mundo, diciendo que era casada, para guardarse así mejor, pudo engañarle en su manera de ser, apareciendo con aquel carácter juguetón, voluble y chancero; no, Anita se ha mostrado á tí tal como ella es verdaderamente, una vez sola. ¿Sabes cuándo? La tarde misma que supo la muerte de su madre; aquella tarde que estrechó tu mano, y la retuvo afectuosamente como su único consuelo. ¿Te acuerdas? Era de noche casi; no se distinguían ustedes bien; tú estabas confuso, de pie ante ella; ella te contó en un arranque espontáneo de su espíritu entristecido, la tristeza de su historia termi-

---

nada con la muerte de su madre, y no olvida jamás tu acción noble.

Es afable Anita en su trato, y el que no se parezca en nada á la tiple del Principal, no significa que sea un espectro de cara lúgubre y semblante adusto y sombrío; no, Anita es jovial; hay en su palabra y en sus ojos una serena placidez que seduce y cautiva; no es afectada, no conserva odioso recuerdo del teatro, aunque no le tenía afición ninguna, porque dice que el teatro la dió para mantener á su madre. Jurando que jamás pondrá en adelante los pies en la escena, conserva sin embargo á su época de actriz, un recuerdo de gratitud; se ha confiado á mí en muchas ocasiones, contándome escenas que horripilan, escenas relacionadas con el teatro y con los actores, escenas de telón adentro, que se deben llamar. Algunas veces, no habla del teatro sin que titubee un poco y se ponga encendida; he observado que esto le ocurre cuando se refiere á sus últimos tiempos de actriz; tuvo mucha reserva en este punto conmigo, pero al comprender mis dul-



ces extremos hacia ella, me hizo ya sus confidencias; ¡pobre Anita! un día me habló de tí y sus ojos se llenaron de lágrimas, me habló de tí y supe entonces la escena que te he referido, de aquella tarde que tu debes recordar; hé ahí el incidente que me hizo guardar silencio y no revelarle que tú eres mi hijo; fué el egoísmo de madre y ella me lo perdonará; quise en aquel punto, entrar hasta lo último en el pensamiento, en el alma y en el corazón de la pobre Anita, para comprender qué podías tú esperar de ella, y lo que podría esperarse de vosotros dos. Fué una ma la acción la que cometí, y aunque me la perdone, no me la perdonaré yo nunca; habíase entregado á mí sin defensa ninguna; me hablaba de mi hijo creyendo hablar con una amiga noble, que no sabe de tí una palabra, ni te vió nunca; hablaba con la madre del hombre á quien quiere, sin saber que era su madre, sin saber que se ponía así, sin defensa, con la valentía de la ignorancia, en los dientes de la fiera que la podía destrozar; sí, hijo, de la fiera, para



que veas tú que yo también sé usar de los símiles cuando es preciso; la fiera es aquí, como habrás comprendido, la parcialidad con que tenía yo que juzgarla, el encono, las escrupulosidades, siendo yo tu madre, tratándose de tí, y siendo ella, después de todo, una desconocida; la misma sencillez con que hablaba me inspiró compasión y respeto, me dió pena, sí, y bien sabe Dios los esfuerzos que hice para no gritar, abrazándola: — ¡Calle usted, que habla de mi hijo! ¡que yo soy su madre! — Te lo confieso, tenía un horror de muerte á la idea de que pronunciase cualquier palabra que pudiera impresionarme mal, perdiendo en mi corazón las simpatías que ganó con sus bondades, con su afable solícitud y con su jovial y dulce trato.

Hijo, el amor que te tengo venció en mí; mantúveme callada, y dejé que se entregase, te lo digo con remordimiento; pero es preciso, para que sepas á lo que atenerte y concluya una situación tan difícil; terminó, en fin, diciéndome que era muy desgraciada; me oprimió el corazón y lloré con ella cuando se arrojó

en mis brazos, diciéndome que no vivía sin tí, y pidiéndome por Dios que no me ofendiera.

—¿Y por qué he de ofenderme?—pregunté alarmada, creyendo que me conocía como tu madre.

—Sí,—dijo entonces, mirándome con dolor y cariño,—sí, debe ofenderla mi egoísmo; no soy feliz á pesar de todas las atenciones, comodidades y hasta respetos de que usted me rodea; no soy dichosa y me atrevo á decirlo á quien menos lo debía decir.—Quería contener en vano sus lágrimas, y para concluir: hubo un instante en que me consideré satisfecha y hasta enorgullecida de que un día la llames tu mujer.

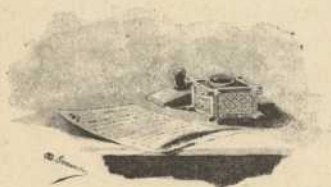
Adios, Paco, hijo mío; considera mis seguridades sobre este punto al hablar así; considera que yo lo consideré ya todo á mi vez y que nunca podría ir de ligero tratándose de tu felicidad, de la que soy yo aquí responsable; todo lo medí y lo pensé; todo lo he recapacitado; todo lo escudriñé, no como analista, sino como madre, que es mucho peor; el punto obscuro que hay es

---

que te casarás con una mujer del teatro.  
¡Pobres mujeres y pobre sociedad la  
nuestra!

Anita Vara, no tiene otro defecto para unirse contigo, que el de haber trabajado para alimentar á su madre, que moría en la miseria. A los ojos de las personas sensatas y de corazón, ese defecto será la más santa riqueza que al matrimonio te aporte; así lo piensa tu madre. Medita sobre todo lo que te dije, sin exaltaciones ni arrebatos que te podrían perjudicar á la larga; juzga tu corazón como hombre y como caballero, analízalo con firmeza, y escíbeme. Tu madre que te adora

ROSALÍA.







## XVI

Tú no puedes figurarte las irritaciones que me están dando por tu causa; yo hago como que no oigo, porque me conviene; todo el que me hable mal de tí, eso irá ganando; que yo no lo escuche. Otra mujer te pondría una carta con más quejas que un gitano preso. ¿A qué sirve desconsolarse demasiado pronto? una cosa te digo: aunque esté toda la vida ejercitándome, no podré nunca echar un embuste sin ponerme colorada; si cuando eché algún embuste,



no se me desmintió, es porque todavía hay personas con su poquito de miramiento, como dice mi mamá algunas veces. ¡A buena parte he ido á parar! está contigo que se tira de los pelos; yo, tú lo sabes, no tengo motivo ninguno de risa, pero me río por dentro como una loca, la mayor parte de las veces, de oír lo que dice: todavía se cree la muy tontaina que estamos como antes y que yo soy aquella, y que los demás son lo mismo; los viejos están chapados á la antigua; y ella, como ya vá por el otro lado, quiere las cosas á la antigua también; de lo que menos te pone es de indecente; mira, Paco, perdóname que te hable así; es que yo quiero contártelo todo, lo mismo que ella lo dice, para que te hagas cargo: además, figúrate con la frescura que yo te lo cuento; eso debe bastarte para seguir leyendo tranquilo. Si con su señor don Paco está de esta manera, ya ves cómo estará con su señora hija; dice que yo seré su perdición y su ruina, ¡claro! ¡Como que yo soy su único *tesoro* y ve que su tesoro no tiene más Dios ni más

---

santa María, que tú; cuando se pone muy lastimosa, porque yo no quiero hablar con este ni con aquel, me contento con callarme; pero si empieza á regañar, le pego cuatro gritos y se aguanta y la toma con su hermano..! con mi tío... ¿Tú no le conoces? No quieras conocerlo tampoco, porque es una mala persona; se juntan un par, que dá miedo de pensarlo. Yo haría lo que ella hace, decir que es muy buena y que nos llevamos muy bien y de que nunca se oye una voz más alta que otra en nuestra habitación; pero ya te lo afirmé; de mí que no espere eso; á todas partes iré yo contigo á parar menos al embuste. Además, Paco, que no sé cómo decírtelo; con rodeos no sé hablar, y si hablé con rodeos alguna vez con todo el mundo, contigo no puedo acostumbrarme, ni me acostumbraré nunca; en fin, yo no la quiero; esto será muy malo porque es mi madre, y sin embargo, te lo digo otra vez, no la quiero; yo soy un pedazo de carne con ojos, como ella dice, que ni siento, ni consiento; me hace daño oír la hablar

así porque me figuro que no se equivoca; mientras yo no te quise, me acostumbré á su modo de ser, á sus pensamientos; no tuve idea de nada digno, de nada honrado, porque no tuve ocasión de poderlo apreciar hasta hoy; en mí encontrarás siempre resabios de la educación que me dieron, pero nunca lo que mi madre ha pretendido que sea, y para lo cual empleó toda su vida y sus cuidados: una mujer que se vende, á más ó menos precio y con más ó menos forma. Pero lo malo es que no salió todo lo que ella quiso; no, Paco, todo pudo ser menos lo que mi señora mamá desea, y eso te lo debo á tí; te quise, y queriéndote comprendí muchas cosas de que no tenía noción siquiera; hablaba con los hombres y no me explico cómo hubo ninguno que me mirase ó me hablara sin aburrirse; ¿sabes porqué? Porque todo lo que yo hablé con unos y con otros, fueron lecciones aprendidas con mucho trabajo; ¿cómo era posible agradar de este modo á nadie? Te conocí, te quise, y con la terrible franqueza (yo lo sé hoy) con la

---

terrible franqueza de mí misma ignorancia, me entregué á ti: todo en mí fué espontáneo, ardiente y noble. ¡Ah! nada de lo que yo te dije aquella noche, de recuerdo divino, nada de lo que hablara ó dijera fué aprendido; estaba todo dentro de mí, viviendo y martirizándome sin yo saberlo y brotó de repente, como el agua espumosa de un dique roto. Me entregué á ti contenta, dichosa. Yo había de ser para el que dicra más; nunca lo oí, nunca se me dijo, pero yo lo adiviné siempre en todo lo que me rodeó: había nacido para el mercado; tú eres noble y te hervirá la sangre en el corazón leyendo esto. Me entregué á tí, digo, como jamás pudiera hacerlo ninguna mujer, no dichosa ya, sino doblemente dichosa; me entregué á tí por necesidad, por gratitud y por venganza; necesidad de ser feliz porque tú lo fueses un momento siquiera; gratitud por haberme hecho comprender con el cariño que en mí despertaste, la distancia que media de lo bueno á lo malo; y venganza, contra la persona que me crió en la ignorancia ciega de todo, para te-



nerme dócil y que no comprendiera lo grande del sacrificio, cuando llegara la ocasión; entregándome á tí, robaba al ladrón usurero, el primer filón riquísimo de la mina que pensaba explotar. Tengo que acordarme en este punto de toda la tenebrosa y sutil maquinación que conmigo se ha tramado sin yo pensar en ello, para llevarme al punto á que había de llegar irremisiblemente; si yo supiera llorar, lágrimas de sangre haríame verter la rabia conforme voy recordándolo todo. Ya lo sé, ya lo he comprendido; cuidando mucho de la virginidad de mi cuerpo, quitarme con sumo cuidado y gran cautela la del alma hasta donde se me podía quitar, metiéndome lentamente el virus. ¡Virus! esa palabra la leí no sé dónde y me suena muy bien cuando hablo de mí. Para que tú veas qué rareza.

¿Iba diciéndote lo del virus? Eso es: siempre que se pronunció delante de mí una frase indecorosa, que yo no comprendía, procuró alarmarse y hacer aspavientos, explicándola á la vez mañosamente, para que yo midiera todo su alcance; y



de tal manera lo hacía todo; me procuró amistades que me diesen escuela, me llenó toda de un mal olor propenso de náusea, me envolvió en esa nube y quiso ahogarme con ella. El fin era santo; que mi oído se acostumbrase, que mi alma no sintiese noción ninguna de pureza; no teniendo el alma pura, no hay puro nada; no sabiendo yo lo que es el espíritu, había de estar dócil cuando se necesitara de mí para quitarme mi único mérito; la pureza de la carne. ¡Oh, Paco! lo repito, cuando yo te quise, comprendí todo eso; lo que en mí había era el tesoro de mi madre; se lo robé á ella para tí, lo hice con orgullo porque te sacrificué todo lo que tenía. Yo la conozco mucho; todavía no disfruta mi venganza del todo, queda lo principal; queda el momento en que yo la vea quitarse la máscara hipócrita y revolverse como una furia, cuando quiera echar mano á su tesoro y no lo encuentre; cuando yo le diga entonces todo lo que tengo guardado en mi alma, en esa alma que ella prostituyó; cuando yo me entone para decirle todo eso, y haga

uso del lenguaje que ella me tiene enseñado. Casi estoy por creer que me alegro de todo lo que hizo de mí, por lo que voy á disfrutar cuando ese instante llegue, con todo lo que le diga. ¿Qué dirá ella? ¿qué hará entonces? Me lo figuro; pasado el primer furor, todavía querrá explotarme como pueda y á rostro destapado ya, sin farsa ni hipocresías, hablando de ello tal como es y mirándome al hablar sin que agache la vista... Pero no, es mi venganza, es mi venganza. Yo le diré á voces, como ella sabe que yo lo sé decir; como ella sola lo sabe; y sin embargo, se hará cruces cuando me oiga, cuando le jure que no y no y retenó. ¿Qué jurar? ¿Qué necesidad hay de esas cosas? Mas que jurarlo cumplirlo y sostenerlo, no por tí, sino por mí misma. Este cuerpecito mío no será para nadie porque ya está sellado con la gracia de mi Dios; algunas personas que leyesen esto, se reirian; habría también, seguramente, quien alza se el grito declamando contra mi desenvoltura, ¡quién sabe si no habría también quien se echase á llorar, no por lo que

yo soy, sino de lástima por lo que de mí han hecho! Yo no sé lo que tú harás; puedes echarte á reir, encojerte de hombros ó llorar; puedes hacer lo que tú quieras, pero sin olvidarte nunca de un modo ó de otro, de que Lola, la sin par Lola Barrancones, hija de su madre, solamente será tuya.

Hasta allí pudo llegar D. Paquito en aquella segunda carta; allí llegó y de allí no pasó, como Cristo en sus caídas, sin tomar antes alivio y fuerza en un segundo de descanso; quedó inmóvil, lívido, estenuado, como si acabase de librar tremebundo y cruel encuentro con un enemigo que le retaba aún, predestinándole en terrible grito, que había de ser destronado; sí, allí estaba la carta aun, como amenazándole y zahiriéndole; allí estaba la carta aun, cuya lectura no terminó; tuvo que pedir tregua al enemigo. ¿Cómo había de sospechar Lola que aquella carta suya, escrita sin violencia, sin rencor, sin llanto, sin reproches, en estilo llano é incorrecto, con una fraseología vulgar, casi siempre, iba á influir de aquel modo en el cora-



zón de su amante de una noche? «¿Y qué quedaba? ¿qué quedaba aún?»

Sudoroso, estremeciéndose, fijó la vista de nuevo en el papel, y siguió leyendo:

«No vayas á pensar ahora, Paco, que yo quiero que me agradezcas lo que hice, entregándome á tí; no, yo no quiero tu gratitud por eso, porque nada tiene de particular el haberme entregado; yo lo sé y te lo digo sin avergonzarme; si tú no, hubiera sido otro, ¡ya ves que descaro, para decírtelo! pero te lo diré y te lo repetiré siempre que se ofrezca. ¿Sabes tú cuál será mi mérito á tus ojos? El haber sido tuya, no; el no ser ahora de nadie; esa será mi virtud, porque creo habértelo dicho; yo he necesitado hundirme hasta el cuello para ser honrada; te lo juro así, aunque por la contradicción, te figures que me he vuelto loca.

»¡Ah! Dios mío, ¡si yo supiera decirte lo que me arde en el cerebro! Si yo pudiera exponer en palabras, todo lo que en mi cabeza bulle, ¡qué bien te explicaría lo que me sucede! pero como no



puedo, no he de repetir las cosas y darles vueltas, para no decir nada á lo último; torno, pues, á lo mismo de antes: habiendo sido de otro, que no fueses tú, hubiera sido de todo el mundo. ¿Sabes por qué? Porque el indiferentismo y el desconocimiento de todo á la par, me hubiera hecho caer, sin apercibirme de ello siquiera, con la insinuación no más de quien me preparó convenientemente para lo mismo, durante toda mi vida; detrás de aquél hubiera venido otro, y después otros, porque yo creo que la Sra. Barrancones apuntó un hombre en cada una de las cuentas de su rosario, para que fuese cada uno el primero en mancillar á la pobre Lola. ¿Comprendes tú eso? Yo no sé explicártelo. Yo sólo sé decirte que me acuerdo de aquel instante, y creo morir de felicidad; que no te recrimino, que no te censuro, al contrario, que te viviré agradecida siempre en el fondo de mi alma y estaré bendiciéndote toda mi vida.

»Adiós, Paco; perdóname si te escribí; supe donde estabas, por habérselo oído



---

decir á mi madre, que no deja tu nombre á sol ni á sombra, y que se valió de tretas para saber dónde te habías metido; yo te escribí á tuntún, sin saber si la carta llegaría á tus manos; tenía grandes deseos de decirte muchísimas cosas, pero me parece que me lo dejo todo sin poner; estoy ya cansada de tanto dále que le dás á la pluma, y voy á dejarla; pero óyeme lo último, lo último nada más. Paco, te pido por tu madre, que creas lo que te voy á decir: estoy loca de alegría por mi deshonra, porque mi deshonra, me hizo honrada. ¡Ay! yo sé que no puedo aspirar á tenerte por marido; pobre y todo como soy, hubiera sido tu mujer, porque las miserias de posición y de fortuna están lejos de tí, como los demonios de los angelitos; no es por eso, no es porque tú me hayas perdido, ¡no, tampoco!... es porque soy una perdida desde antes de tú conocerme. ¡Dios mío! ¡qué tarde me lo conozco yo! No puedo, Paco, no puedo aspirar á nada; sé tú feliz, ama á las mujeres, porque ellas te amarán todas; cástate cuando quieras; tú nunca

me verás; yo te bendeciré desde lejos;  
pero por Dios, te pido que lo creas; yo  
seré honrada, ahora que tengo ojos para  
ver donde está el camino del vicio y  
donde el de la virtud; ahora que ya  
sé darme cuenta de mis actos. Adiós, Pa-  
co, no me compa-



dezcas. ¿Sabes? en medio de esta noche de mi alma, hay una estrellita que es mi consuelo. Con mi estrellita seré yo más dichosa que tú.

LOLA.»

Quedó otra vez D. Paco sombrío, inquieto, temeroso. Pensaba en todo aquello, estremeciéndose de pena por Lola, de compasión por Ana, de cólera por sí mismo.

Allí tenía la consecuencia lógica y funestísima de su ligero proceder y alocado desmán; allí tenía los resultados naturales de sus exaltaciones sin tiempo y su desbordada sangre. ¡Oh, triste hora aquella! ¡Oh, instante maldito! ¡Oh, felicidad odiada de un minuto! ¡Cuántas lágrimas del corazón le costarían y que inacabable sufrir! Mesábase los cabellos desesperadamente, y pasó por su cerebro febril la idea espantosa del suicidio; no sabía tomar la existencia con la filosofía necesaria; le cegaba la sangre, latiéndole con las terribles ondulaciones de una inconmensurable serpiente de fuego. ¡Yo no sé! otro hombre cualquiera no hubiese mante-

nido aquella lucha; otro hombre cualquiera, se encojería de hombros, no creyéndose culpable de nada. Quiso defenderse á sí mismo y atacaba á Lola en su pensamiento; pero encontrándose en Lola, con un enemigo que no se defendía, lloró de despecho y desesperación. Si hubiese Lola buscado sabia é intencionadamente el modo de que D. Paco se le mantuviera leal, no encontraría un bebedizo mejor que aquella carta de tan aterradora sencillez. Lola no pedía nada; Lola no lloró, ni dirigió reproches, después que se hubo entregado. Lola se confesó, hasta orgullosa, de aquel instante, y se confesaba también indigna de pertenecer á D. Paquito de una manera legal. ¡Ay! en el fondo de todo aquello, en cada renglón, en cada párrafo, en cada uno de los mil detalles de aquella carta, en la esencia toda que de allí se desprendía, veía D. Paco, por desdicha, un amor grande, inmenso, una pasión gigantesca, leal, preparándose á todos los dolores, preparándose á todas las amarguras, á todos los sacrificios. ¡Oh! D. Paco lo comprendía ver-



daderamente; bajo aquel escrito bur-lón, escéptico, que helaba el alma; bajo todo aquello, sintió el rugido de un co-razón que tuvo que perder su pureza para saber lo que la pureza valía; vió un alma grande y soñadora, revoloteando ciegamente en un limbo, donde no halló nada bueno ni malo en que alimentarse, y no pudo experimentar sensaciones ningunas; cayó al fango, arrastró allí sus alas, y así que las vió negras, pudo comprender las transparentes diafanidades de su blancura anterior. Desde lo alto, no vió el abismo; tuvo que comprender su altura, mirándola desde el fondo. ¡La infamia de una madre, fué el engañoso filtro derramado sobre aquel espíritu ciego y puro!

Temblaba D. Paco de horror, pensando así, y presentábasele la señora Barrancones tal como era. Una impresión profunda de odio, poníale amargor en la boca; se le atragantaba la saliva y clamó desesperado contra Dios que tal madre hubo de permitir. La frase terrible la pronunció D. Paco inconscien-



temente, sin querer, sin prevenirse contra ella, sin presentirla; fué un grito espontáneo de su alma; la confesión leal del verdadero hombre.— ¡No, Dios mío! ¡no, Lola es buena!— Esa fué la frase que brotó de su corazón á su cerebro, y del cerebro á la boca, como un bofetón que se daba á sí mismo, cuando quiso encojerse de hombros, al pensar en Lola. ¡Oh! D. Paco era bueno también, sólo que tenía dos enemigos terribles, su sangre y su edad. Cuando vió á Lola caída, la encontró condiciones que no tuvo para él cuando era honrada. Esto lo pensó D. Paco, para combatirse de sus grandes y súbitos miramientos por Lola, y todavía, con aquella lógica del claro instinto que en este gran debate era su único guía, pensó igualmente que Lola había necesitado caer, para mostrarse como se mostró. Sin caer, no hubiera podido ser grande. Por eso Lola, quizás, dijo en su carta con la sencillez del que no medita, porque siente mucho:— ¡Oh, Paco! no encuentres mérito en lo que hice, porque no lo tiene. Yo he sido al revés

de todas las demás; yo he debido rodar mucho antes; no rodé por milagro. ¡Ojalá hubiera sido antes, porque antes hubiera sido honrada! El mérito mío no fué sostenerme hasta que caí; el mérito mío, será no caer más. Antes no sabía lo que era eso. ¡Bendito seas tú que me has hecho pura...!—Pensó D. Paco, ahora, en aquella noche. La escena fué terrible, completamente inmoral, sombría; de una enseñanza aterradora; fué uno de esos instantes, cuyo recuerdo hace al hombre que se desprecie á sí mismo, no más que de haberlo recordado. Él buscaba aquella noche el olvido para su corazón lleno de angustia. Encontró en su camino á Lola. No la amaba, no, pero quería curarse; ya que no curarse, lograr el alivio un momento siquiera. No se apartaba nunca de su imaginación aquel minuto. «Volvió al comedor cogido de la mano á Lola y detúvose indeciso; temió por un instante haberse equivocado; temió por un instante que la señora Barrancones fuese digna y honrada. Creyó oír su inmenso grito de protesta y dolor por el ultraje. Detú-

vose, y vió entonces en Lola una sonrisa de amargura, de escepticismo... hasta de odio, para la mujer á quien D. Paco creyó digna por un momento. ¡Ah! Lola había comprendido á D. Paco.



Habiéndole comprendido, se adelantó á él, para que no temiese; se adelantó confiada, y llegó á la mesa junto la cual estaba la ilustre señora. ¡Qué silencio! ¡Qué pavura! Permanecía allí la mamá, con la cabeza volcada sobre un hombro, contraída la boca, encarnadas las mejillas, lacio y medio caído el cabello gris, el manto descompuesto y echado atrás.

~~~~~

Todavía destilaba el vino de la copa, que cayó sobre la falda. Todavía, en los labios de la sin par señora Barrancones, veíase una sonrisa de superioridad desdeñosa, como de burla é indiferentismo.

Sentóse Lola, y él quedó de pie. Lola, anhelante, sumergíase aún en los grandes éxtasis de aquel amor que ya no moriría. ¡Pero él ya no pensaba en Lola! Pensaba en aquel silencio del comedor; en aquel silencio de tumba, que le llenaba de extraños terrores. Creyó encontrarse súbitamente en un cementerio. Todo le pareció frío, aterrador, repugnante. ¡Los espectros estaban allí, en aquella anciana beoda y en aquella niña, loca de pasión, pura y envilecida! El grande y supremo abrazo que recibió de Lola segundos antes, sentíalo ahora en el cuello, como terrible suncho de llamas, ahogándole, y en aquel doloroso desaliento de su espíritu, se alzó entonces, grande é imperecedera, como nunca, la figura de Ana, como si le demandase cuenta, con lágrimas de amor, de la acción cometida.

Salió de allí D. Paco, y Lola le vió


~~~~~

alejarse. Se fué sin despedirse ¡sin un gesto! ¡sin una mirada! Cuando ella le perdió de vista, apoyó los codos en el tablero de la mesa y las mejillas en las manos, y clavó en su madre aquellos grandes ojos negros, hermosísimos, que relampagueaban de cólera.

Desesperado y loco salió D. Paquito. No fué á su casa, y vagó á la ventura, como antes. Sobre todo su amor á Anita, que se levantaba más impetuoso y más intransigente, hallábase ahora la vergüenza que caía sobre su corazón, como sambenito de oprobio.

De madrugada ya, llegó á la estación. No quiso ver á su madre; enrojecíale la vergüenza y el dolor, al pensamiento de que su madre le mirara frente á frente. Consumíale la calentura, y, enfermo, llegó á Madrid. Pidió desde allí su equipaje, y algo restablecido ya, viajó de un lado para otro, sin plan ni concierto alguno, á la manera que en su cerebro daban tumbos las imágenes tristes que allí surgían. En algunas semanas, no quiso escribir á nadie, ni quiso saber de nadie. Pasó más tiempo, y fuéronse cal-



mandó aquellas grandes agitaciones de su espíritu: sin embargo, no se podía tranquilizar. Un día, tembloroso, lleno de emoción, escribió á su madre. D.<sup>a</sup> Rosalía le contestó, loca de placer, diciéndole que la tiple quedó con ella; que era un ángel, que era una santa. Leyendo estas cosas, pensó D. Paco, sin poderlo evitar, en la noche de la cena con las Barrancones. Aunque parecía más tranquilo, torturábale esa idea constantemente.

Doña Rosalía, escribió después muy poco, y vaguedades no más. Fué que D.<sup>a</sup> Rosalía temió haberse ido de ligero en los elogios que de Ana hizo, y guardó desde entonces una mesurada reserva. Este silencio, excitó á D. Paquito, le exasperó; no sabía á qué achacarlo, y no quería tampoco preguntar. Así transcurrieron seis meses; la madre se convenció á lo último, con harto placer de su corazón, de lo que Ana era, y decidiéndose un día, escribió á D. Paco la carta que leisteis. Pero ¿cuándo se la escribió? ¿Para que veáis! Se la escribió cuando Lola escribía la suya! ¡Oh coin-

cidencial ¡Recibió D. Paco las cartas en un mismo día!

Ya sabéis el efecto que la lectura de esas cartas produjo en D. Paco. Vió, de una parte, cumplidos los sueños de su corazón, y se levantó á la par en su alma la imagen de Lola, como un muro inmenso, que se interponía entre Ana y él. Pensó en todo lo feliz que hubiera sido ahora, sin sus cobardes indecisiones, y con otro comportamiento más firme y más leal, ateniéndose sólo á su amor á Ana, sin otros escauceos ni distracciones. Rugió y lloró, y se impuso á sí mismo la gran tortura de no contestar á su madre; de aparecer indiferente. Mantúvose pues en silencio. Lolita no escribió más, y D.<sup>a</sup> Rosalía no dejaba el ir por el venir. Llegaron las cartas, unas tras otras. Fué un verdadero diluvio. D. Paco recibía cada escrito de aquellos, estremeciéndose de placer; los besaba, poníaselos sobre su pecho, y estenuado ya, rendido, con palidez de cadáver y dolor profundo de corazón, decidíase á escribir una carta, por cada diez de aquellas; pero una

carta estudiadísima, reservada, sin explicaciones terminantes, que era lo que D.<sup>a</sup> Rosalía siempre anheló.

—Pero gran Dios, ¡qué hombres! ¡Así son todos!—decíase la buena señora.— ¡Gran Dios! ¡Qué hijo! ¿Y qué hago yo con todo esto?

Doliase de Ana, y guardó gran reserva sobre el secreto de que aquel famoso D. Paco era hijo suyo, no fuera que echase, sin querer, á rodar las cosas.





## XVII

Todavía pasó más tiempo, y continuaron las cosas en relación natural del tiempo que pasaba. D. Paco, lejos de Adamión, en sus martirios y en sus flagelaciones y sus grandes inquietudes; juntas siempre, Anita Vara y doña Rosalía; comprendiendo la señora y admirando las virtudes de la joven, y amable y triste la Vara, pero llena de gratitud hacia la noble y desinteresada mujer que así la protegió y



consoló. Fuéronse calmando en el corazón de Anita las grandes angustias que experimentó por la muerte de su madre y fueron quedando en su corazón esas vagas melancolías que nos deleitan cuando pasa la tenebrosa crisis del dolor por la pérdida de seres muy queridos; ese melancólico bienestar que nos hace creer, en algún momento, que se debe al espíritu invisible que vaga sobre nuestras cabezas, tocándonos con sus puras alas protectoras. Así ya su pensamiento vagó en más anchos horizontes, y la figura de D. Paco íbasele presentando con todos sus atractivos. Comprendió entonces que le amaba, aterrándose de aquel amor que consideró imposible desde el principio. No estaba ella segura de que el amor de D. Paco fuese leal y grande como el suyo; no creía ella que D. Paco fuese capaz de tomarla por esposa; no tenía completo dominio de sí misma y de su firmeza contra su corazón y sus vehemencias y todas las acechanzas de un cariño que no fuese puro y leal, y se resignó anticipadamente á morir para todo, siendo



verdugo de sí misma y matando su amor dentro de su alma, con el santo misterio de los grandes sacrificios. ¿Tendría sin embargo fuerzas físicas para ello? ¡No, lo comprendía! ¡Morir! ¿Y qué? Ella no buscaba la muerte. Si la muerte iba á buscarla... ¡Oh, qué grande y purificador consuelo! El continuo fingir de su vida de teatro, hasta la envejeció; sufría mucho, pero lo hizo por su madre; murió la madre, sufrió su muerte, vino el consuelo, y á la par del consuelo, el otro fantasma de su dolor, el fantasma de D. Paco, de aquel brillante D. Paco, decididor, alegre, noble, leal, hermoso, caballero, entusiasta y rico. ¡Rico! ¡esa fué la nota amarga! ¿Por qué, ¡Señor poderoso! no fué un miserable y desconocido traspunte? No, ella no podría resistir aquello; quedó tranquila, ya lo dije, se resignó, trazándose desde entonces un plan para lo venidero: acompañar á su generosa y anciana amiga hasta morir ella ó hasta que la anciana muriese; si moría antes ella, ¡gloria y paz, Dios bendito! Si moría la señora antes, un hábito, un hospital,

un asilo, algo grande y estremecedor que la rodease y la absorbiese, defendiéndola de sus terribles y secretas luchas.

Otro pesar la hirió, que doña Rosalía la creyese ingrata, viéndola triste, silenciosa; viendo su gravedad y su reserva. ¡Tenía que fingir también! No pudo más un día, y porque la anciana la perdonase, se justificó, contándoselo



todo; no se arrepintió de sus expansiones, tranquilizándose así con referencia á doña Rosalía; encontró luego grande alivio y dulce quietud; hablando alguna vez con ella de D. Paco, de su hidalguía y su caballerosidad, recordaba

aquellas conversaciones con él y los rasgos de su carácter ardiente y lleno de pasión; reíase alguna vez al recuerdo de sus agudezas, alababa su gracejo, y concluía al fin por suspirar, y una lágrima de amor y gratitud velaba sus pupilas... ¡aquellas grandes pupilas de sus ojos que parecían relampaguear á veces con calenturas de leona! Sí, ¡una lágrima de amor y gratitud! Acordábase Anita de lo que D. Paco hizo por su madre.

Otras veces, latíale el corazón de entusiasmo, y con orgullo decía á doña Rosalía:

—Me amará, seguramente que me amará, como yo le amo; después de lo que hizo por mi madre; después de aquello, que yo le debería agradecer eternamente, no me habló una palabra más de cariño... ¿Qué otra prueba quiero yo? ¿Qué otra prueba? El no pedir mi mano, no es porque me despreció, no, de seguro; será porque halló algún obstáculo en su familia.

Una de estas veces, estuvo la madre para gritar:—¡No, Ana, que yo no se lo impido!

Mantúvose en silencio, pero declamó interiormente contra aquel muchacho, que teniendo alas y conociendo la gloria, no volaba á ella.

Estremeciase por otra parte doña Rosalía, pensando que Ana llegase á saber que D. Paco era su hijo, que hubiera sido muy fácil. Se habría muerto la pobre Ana de dolor y de vergüenza. Estaba en ascuas, como quien dice, la buena señora y no sabía ya en qué tono ó en qué estilo escribir á su endiablado mozo, para que cesase de una vez aquella situación difícil.

. . . . .  
De la otra mujer de mi historia, no quisiera hablar, porque hablando de Lolita Barrancones, tendré que hacerlo, imprescindiblemente, de su madre y de su tío—de aquel par—como Lola decía á D. Paco en la carta que tanto hizo á éste padecer.

Desde que doña Josefa se convenció de que D. Paco huyó de sus garras por tercera y última vez, seguramente—porque á la tercera va la vencida—desde que doña Josefa se convenció de la



desgracia, ya no hubo una hora tranquila en el antes feliz hogar.

Doña Josefa, sin embargo, no pudo medir aún, enteramente, el rigor de su desdicha; no, doña Josefa no sabía todo lo que le estaba deparado; ella no sabía más que una cosa; que desde la noche en que cenaron con D. Paquito, aquella noche nefanda de aterrador recuerdo, habíase vuelto Lolita completamente otra; empezó á notarlo la siguiente noche, cuando se convenció de que don Paco ya no iría, por lo tarde que se hizo.

Con su más dulce voz, dijo á Lola cariñosamente, ocultando la cólera y el bochorno que la estaban corroyendo:

—Daremos una vueltecita si quieres; no te vendrá mal, porque tienes esta noche una cara... ¡ay, hija! vamos, anda y así te distraerás un ratito.

—Yo no salgo, contestó Lola brevemente.

—¿Que no sales?

—No, repitió con sequedad.

—¿Y por qué, hija?

—Porque no.

—Tú no lo mandas á decir con nadie.

—Para eso está mi boca, para decir lo que se me ocurra.

Volvió la espalda, sin añadir más y se metió en su cuarto; no salió hasta el otro día; no supo nadie, que permaneció allí llorando toda la noche.



Amaneció y se levantó; estaba muy pálida; los grandes ojos negros parecían llamarle. ¡Oh, creyérase que hacía arder una misma fiebre los ojos de Anita

Vara y de Lola Barrancones! La vió doña Josefa, y devoró en silencio la ardiente cólera que la estuvo ahogando desde que se acostó su hija.

No quiso romper el fuego instantáneamente, por la cuenta que le tuvo; comprendió que Lola estaba enferma de verdad. La muerte de su hija, hubiera sido su muerte también. ¿Había egoísmo en el miedo de la señora Barrancones, de que Lola pudiese morir, ó había amor? Me niego á decirlo, porque es terrible para una madre. Ya os lo figuraréis, sin que yo lo diga, recordando la carta de Lola.

No pudiendo así desahogarse con ella, entró en griterío horrendo con su señor hermano; aquel día no estaba el hermano de *buen ver* como otras veces, y á los gritos de doña Josefa contestó con otros. Trabáronse de disputa, y hubo cosas increíbles; el combate fué sostenido, grandioso, desesperado, sin cuartel; el hermano, el cerdo, el *bocamás*, el vago, el ladrón, como la ilustre é hidalga señora le decía, salió para no oírla, á seguir embruteciéndose en la taberna. Es

histórico que volvió, á las tres horas, con un pie descalzo, con una parte fuera, del vuelo de su camisa, con los calzones rotos, medio caídos y un tirante colgando, al que intentaba cogerse para no caer; es histórico también, que la borrachera á que me refiero le duró veintitres horas.

Lolita no desplegó los labios durante el discurso que la mamá pronunció con motivo de la vuelta del tío.

—¡Borracho, indecente, borracho!— gritaba D.<sup>a</sup> Josefa á voz en cuello.... y Lola sonreía con amargura, recordando la noche de la cena. ¡Cómo quedaba la reputación de la honorable señora Barrancones, con aquella sonrisa de Lola!

Pasó tiempo en tanto, sin parecer un día ni otro D. Paquito. Mamá Barrancones, estremeciase de cólera, de impotencia, de despecho. Era la locura, el frenesí, lo que de ella se iba apoderando; un frenesí... una locura pavorosa, de odio contra D. Paquito.

No sé cómo no le buscó, y en la calle, en el paseo, en el teatro, en la casa, solo, acompañándose, del modo que



fuera y dónde fuera, no sé, repito, cómo ella misma no le buscó y le acuchilló, una vez y otra, destrozándole el cuerpo á puñaladas; no sé cómo no hizo esto y cómo no mordió después con sus dientes amarillos, los bordes de las heridas y como no enfangó sus labios al arrancar allí, con sus tenebrosos dientes, recia túrdiga de aquella aborrecida carne de hombre.

Un día entró D.<sup>a</sup> Josefa diciendo:

—¡Ah, se marchó el pillo, está fuera!  
—Y repetía á menudo, en tono incomprensible:

—¡Se marchó! ¡Está fuera!

Lola pudo respirar entonces con desahogo; sin atreverse á confesárselo á sí misma siquiera, había temblado por D. Paquito.

Pareció que la ausencia de D. Paco, dió á Lola animación, lejos de quitar-sela; lo que pasó aquella misma tarde, fué inmenso; hubo dos incidentes seguidos, á cual más grave, para mamá Barrancones, que la orientaron de una vez con respecto á su hija.

El pollo lánguido, de la manzanilla—

~~~~~

aquel pollo que las acompañó una noche á la salida del baile—las siguió visitando alguna vez, los domingos, porque ya recordaréis que estaba encerrado durante la semana. El día del lance á que me estoy refiriendo, era domingo también y las visitó el pollo. Tiraron del cordón de la campanilla del piso, y en una rápida transición, que comprobaba las poderosas facultades de mamá Barrancones para la escena, de su hirviente cólera y su vocerío desenfrenado y de su rostro descompuesto, pasó á una bondadosa sonrisa, un rostro afable, de dulce conformación, y unas melosas palabras que dirigió al pollo. Pero entrar el pollo y meterse Lolita en su habitación, empujando tras sí la puerta, violentamente, fué todo uno.

El joven de la manzanilla quedó como quien ve visiones, y miró á un lado y á otro, despavorido. D.^a Josefa estaba que ardía y con los ojos hubiera querido desencajar la puerta y sacar por allí arrastrando á la que se rebelaba. No obstante, dijo con mucha afabilidad:

—¡Vaya, joven, cuánto lo siento! la

niña está un poquito echada á perder. ¡Tengo un susto con esa muchacha!... ¡ay! Jesús, que usted no sabe qué susto tengo. ¡Ni come ni sosiega! Yo no sé lo que será, pero yo me digo algunas veces: ¿Qué ha de ser? ¡Cosas de muchacha! La edad, hijo, la edad; y pensando eso, me tranquilizo un poco.

—Lolita, gritó entonces, llamándola: ¿vas á salir? Mira que está aquí el Sr. Gutiérrez.

No contestó nadie, y la Barrancones siguió con su dulzura felina:

—¡Ay! ¿pero no ve usted? Yo no sé qué pensar. Esto que hace ahora de no salir, es lo que más me asusta; porque si ella no sale, sabiendo que está usted aquí, es porque está mala de veras. Ella es muy franca y todo me lo dice; figúrese usted: ¡no tiene la pobrecita á nadie en el mundo más que á mí! Entre los amigos, ninguno le *simpatiza* tanto como usted. ¡Qué bonachona es, y qué lástima que no encuentre quien la comprenda! Usted no sabe, es un ángel de Dios. ¡Pobrecita mía!

Se fué el pollo y salió Lola entonces.

Quedó mirándola D.^a Josefa, y Lola sostuvo aquella mirada con bravura. D.^a Josefa se aterró, notando esto, y dijo dulcemente:

—Pero hija, ¿qué te pasó?

—¿A mí?— contestó Lola, encogiéndose de hombros, con hastio—á mí no me pasó nada. Me metí dentro porque no quiero estorbos, y siempre haré lo mismo.

—Vamos á ver, ¿qué es lo que tú te propones?—preguntó D.^a Josefa como si empezara á desafiar á su hija.

Lola no contestó... y no se habló más.

Las nubes ibanse amontonando; la tempestad sombría, inmensa, estaba próxima. El rayo estallaríá fiero. ¿Contra quién estallaríá el rayo?

Hubo más aquella tarde, cuando era ya casi de noche; fué aquél el otro incidente á que ya me referí. Llegó Enrique, y la señora Barrancones miró á Lola ávidamente. Lola pareció no fijarse; doña Josefa comenzó á entrar un poco en ánimos, cuando notó que la niña se sentaba perezosamente al lado de Enrique.

Sonreía la señora al joven con la dulce candidez y la afable expresión de costumbre.

Le dijo que le prefería entre todos por ser un buen muchacho... Lola interrumpió á D.^a Josefa entonces, para exclamar en tono resuelto y firme, que llenó de espanto á la madre, lo mismo que al novio:

—Mira, Enriquito, voy á decirte una cosa: mi madre te querrá mucho, pero yo no te quiero nada; y como era conmigo, en todo caso, con quien te habías de casar, y no con ella, te ruego que no vengas nunca más á casa, como novio al menos, en lo que recibiré mucho favor. Si quieres ahorrarte venir de otra manera también, no perderás nada, porque no tengo deseo ninguno de conversaciones tontas. Todo el tiempo que fuiste mi novio, te estuve engañando; y además, que yo no sabía siquiera lo que eso pudiese ser. De un modo ó de otro, engaño hubo. La culpa—añadió mirando á su madre con rabia—no la tuve yo. Échamela á mí toda y figúrate todo lo que quieras, pero no vengas más.

Enriquito y D.^a Josefa miráronse llenos de terror.

Enriquito decía temblando:

—Pero ¿no ve usted, D.^a Josefa? ¿No ve usted?

La señora Barrancones hablaba así á su hija:

—Pero Lola... Lolita... hija mía. ¿Qué estás diciendo? ¡Válgame Dios! Está mala... ¡ay, se ha puesto mala!

Tomó Lola el partido que ya sabéis; el de no contestar. Quedó callada, y Enrique habló tristemente de sus ilusiones muertas, de su desgracia, de su ruina; todo esto, contándoselo á la mamá.

Lola miraba al techo muy distraída, como si en el techo hubiese encontrado de pronto una gran novedad inesperada.

Marchó al fin Enriquito. Mamá Barrancones le acompañó hasta la puerta, llenándole de esperanza con su más expresivo gesto y su más dulce sonrisa. Cerró la puerta la madre y se dirigió á Lola inmediatamente. Otra vez habian cambiado su mirada, su gesto, su expresión, su ademán; otra vez

~~~~~

había cambiado, en fin, toda ella. Miró á Lola, sombría, y demostrando en una frase todo el terrible poema de su egoísmo, exclamó febril:

—Pero desventurada... ¿tú me vas á perder?

Lola miró á su madre con la misma expresión de odio y muerte con que había sido mirada por ella, y contestó, encogiéndose de hombros:

—¡Y qué! ¿No me has perdido tú á mi antes?









## XVIII

Todavía siguieron las nubes amontonándose. Todavía tuvo calma D.<sup>a</sup> Josefa, y no sé qué Dios omnipotente la prestó dominio en aquel instante, para no aplastar de un golpe al sumiso esclavo que de pronto se le revelaba.

No me refería al hablar de Dios, á ese Dios nuestro—tuyo y mío, lector benévolo—no he querido hablar de ese Dios, bondadoso y puro, de las conciencias honradas. *Casi* estaréis convencidos ya, de que no es posible recordar á ese Dios, pensando en D.<sup>a</sup> Josefa.

Quedó temblorosa, horriblemente pálida. Miró á su hija, como si de repente hubiera crecido Lola de un modo extraordinario. «No, ya lo había comprendido mamá Barrancones. No era aquella su hija Lola. ¡De modo que Lolita se había enterado de *aquello!* ¡De modo que tenía en cuenta lo que significa una mujer que se pierde! Lola sabía apartar lo bueno de lo malo. Lola sabía donde está la hondonada por donde la hembra cae para no levantarse más, y donde está el plinto de nubes que la sostiene, como al sol en los espacios. Podía escojer entre lo de abajo y lo de arriba, y escogió lo segundo. Lo último, ¡sí! ¿Qué significaban sino todas las locuras que empezó á cometer, con trazas, desdichadamente, de no concluir?»

Hubo un momento, en que ardió en la Sra. Barrancones la idea de cojer á su hermano la gran navaja de su uso, y acribillar á puñaladas el corazón de su Lola.

Pasaron los días las dos mujeres, como los espíritus malos pasarán las eternidades en lo profundo. Ni una hora,

ni un instante de tregua concedíanse; fué una lucha de colosos la que allí se mantuvo meses enteros; una lucha inmensa, de la que no se podía pensar de ningún modo el resultado.

Después de aquella última y terrible frase de Lolita, que resonaba una y otra vez en el cerebro de D.<sup>a</sup> Josefa, con zumbido cavernoso y lúgubre; después de aquella frase, que ni una ni otra podrían ya olvidar nunca, la avenencia entre las dos sería imposible. «¿No me has perdido tú á mí antes?» El recuerdo de tales palabras, parecía una hoguera á la señora Barrancones; una hoguera que jamás se apagaba, donde tenía metido el cuerpo, sin que concluyese nunca su carbonización, y sufriendo en cambio todas las angustias terribles de la carne al arder sobre las ascuas enrojecidas. Eran estas palabras, su tormento, su insomnio, hasta la causa también de su vida; porque si D.<sup>a</sup> Josefa Barrancones no murió ya, de cólera, de rabia... y aun de terror, de haber oído aquella frase solamente, fué porque la alentó el pensamiento de que en al-

guna ocasión, tarde ó temprano, había de tomar desquite. ¡Oh, la venganza!

¡Venganza! ¿Contra quién? ¿Contra su hija, que pronunció aquellas frases? ¿Contra la hija, que la infirió la ofensa? No: era bien poco aquello: contra quien hizo ver á Lola, todo lo que su madre no quería que ella viese; contra quien abrió á los ojos de Lola nuevos horizontes y su alma á nuevos sentimientos, ¡contra D. Paco! ¡Si! había sido él sin duda. El odio de esta mujer hacia el mozo, fué creciendo como crece un tumor; llenando la carne sana de podredumbre. ¡Oh, en D.<sup>a</sup> Josefa nada quedó ya sano! toda ella alentó y vivió por el odio declarado contra el hombre que destruyó sus misteriosos y vastísimos planes referentes á Lolita.

¡Quién había de pensarlo! No fué la niña una vez sola á «Lope de Vega;» no la vieron en la calle; no consintió que entrara hombre alguno en su casa, como le oliese algo de intención malévolá. Estuvo cuidadosa al menor detalle, para salir siempre al encuentro de una red cualquiera que se le tendiese.



Aquello fué sobrenatural, inaudito. Iba á misa alguna vez, con muy poca frecuencia. Dejó de pronto de ir, y como le preguntara su madre los motivos, contestó rudamente que la iglesia era una cosa muy santa, pero sólo debían ir las personas que tuviesen fé.

La madre, fingiendo un candor de la gloria, como ella sabía fingirlo, le preguntó:

—¿Y tú, no tienes fé, hija mía?

—¡Sí!—gritó Lola, con enconada furia.—¡La que tú me has dado!

Siempre estaban las dos así; la madre, con sus ironías, con sus inocencias que parecían de verdad, con sus candores fingidos; ahogando las sacudidas de su impaciente cólera, porque la ocasión no llegaba; la hija, arrogante, despótica, llena de hiel y encono, bañando su espíritu como en una oleada sobrenatural de furia, contra aquella mujer que había sido causa de su perdición, de su desdicha, de su amor á D. Paco, y de que D. Paco no la amase. Todo aquello lo comprendía con mucha claridad la Sra. D.<sup>a</sup> Josefa; además, Lola no

puso nunca nada de su parte por ocultarlo; todo lo sabía D.<sup>a</sup> Josefa, digo, y quedaba en silencio y conteníase, porque de haber investido una vez ú otra, á su hija, la hubiese hecho pedazos de pronto, con los dientes, con las uñas, de igual manera que quería despedazarla con los ojos. «No, ella quería más que todo aquello! ¡Había de ser más grande su desquite! ¡Ya verían todos! ¡Ya verían!» Y á aquellas terribles contestaciones de Lolita, echando en cara á su madre con cinismo aterrador, lo que había hecho de ella, todas las furias de la señora Barrancones, todos los deseos callados de venganza y muerte, ocultábanse en una sonrisa; una sonrisa que hacía estremecer á Lola, haciéndole callar al mismo tiempo.

Ahondáronse los pavorosos síntomas exteriores, de aquellas ocultas tormentas, con muchos detalles que concurrieron, gravísimos algunos. El señor Barrancones, viéndose cada día más fustigado y más zaherido por la vieja, que pagó siempre con él las cóleras que tenían que estallar frecuentemente, bebió

y se emborrachó más á menudo; concluyó por no aportar ni un céntimo á la casa, del mísero jornal que algunos días, los que se lo permitiese su constante turca, ganaba en el oficio del muelle, aunque ganó poquísimo toda su vida.

Aquello fué un terrible golpe. Fué la escasez llegando con lentitud; empeñáronse alhajas primero, los vestidos después, la ropa interior, y á lo último se vendieron los muebles. La escasez había entrado con lentitud, pero la miseria entró á paso de gigante.

En esta crisis desastrosa, algún día entraba este ó el otro señor, con objeto de visitar á su antigua amiga D.<sup>a</sup> Josefa. Regularmente, eran viejos. Con su terrible intuición y la perspicacia que pudo adquirir, comprendía Lola inmediatamente lo que aquello era, y dura, tenaz, invencible, salvaje en aquella honradez que de pronto se le había metido en el alma, revolviase feroz contra su madre, teniendo que salir el importuno, asustadísimo.

Cesaron desde entonces por completo algunas dádivas misteriosas que D.<sup>a</sup> Jo-

sefa recibía, y pudo comprender Lola por esta causa, de dónde provino siempre aquel dinero. ¡Oh, desesperación! ¡Era tomado á cuenta, para que Lolita lo pagase en ocasión oportuna! La actitud de Lolita, pues, acabó con aquellas dádivas.

Por si ella no lo había comprendido bien, le dijo un día su madre, melosamente:

—Niña... ¿Tú sabes quién me daba á mí todo ese dinero con que hemos comido y vestido?

—No... ni quiero saberlo, contestó Lola duramente.

—Sí, hija, que lo debes saber.—Y con terrible cinismo de condenada, contó á su hija la historia de aquellos adelantos.

El hambre demacró al fin las caras.



Quiso trabajar Lolita en la costura y no supo. ¡Coser! ¿De dónde hubiera sacado Lolita tales sa-

bidurias? Fué un motivo más de odio que



---

entre ambas surgió. Sin consuelo, sin ilusión ninguna, sobre aquellas grandes ideas de su *tesoro*, obró ya la señora Barrancones libremente; amenazó á Lola, la zahirió, y cuando el caballero Barrancones entraba borracho como una cuba, tomábala con él á voz en grito. Permanecía Lola indiferente á tales desahogos, porque, según ella, tan tío era su tío, como su madre. Pero se alarmó Lola, notando que D.<sup>a</sup> Josefa cambiaba de rumbo. Sus gritos al hermano, fueron apagándose conforme pasaban los días, los denuestos perdieron fuerza; los entremezcló al fin, con palabras oscuras y exclamaciones quejumbrosas. Invocó muchas veces el nombre de la familia... de aquella familia que se compuso siempre de personajes ilustres y virtuosos.

Algo comprendió Lola que se estaba tramando en el alma de su madre, negra como el abismo y tenebrosa como la duda. Se sobrecojió de miedo, porque pensó en D. Paquito. El amor le dió fuerza, aguzándole el pensamiento á la par. Buscando el modo de sorprender

el secreto de la trama que adivinó, encontró una forma, que le daría buen resultado, seguramente; la de mostrarse más dura con ella, implacable; lograr exasperarla, y que se desbocase de furia, para que en su tremenda cólera lo confesase D.<sup>a</sup> Josefa todo, como lo hizo ya otras veces.

Halló la ocasión al fin; hizolo al principio con estudio, pero no ya después; se dejó arrebatarse lo mismo que su madre se arrebatava, resultando para Lolita el convencimiento de lo que D.<sup>a</sup> Josefa abrigaba en su corazón, pero conociendo también D.<sup>a</sup> Josefa un secreto de Lolita, que fué, para la ilustre señora, golpe gigante.

Tenían los miembros ateridos; el fogón estaba apagado; aquella mañana no hubo qué comer; la calentura del hambre ponía en el cerebro de D.<sup>a</sup> Josefa fantasmas de muerte. Lola, hallábase triste, demacradísima, melancólica la mirada y medio tendida como animal cansado en una butaca vieja que nadie había querido comprar. Hacía algún tiempo que estaba malucha, inquieta,

y como si experimentase muy extrañas impresiones; metíase en su cuarto, permaneciendo allí horas y horas sin hablar con nadie. Pasaba el tiempo entonces, tendida en su duro colchón, mirando con impávida fijeza las vigas del techo. La llamó su madre una de estas veces, y ella no salió; la llamó de nuevo, y contestó, con un repente, que la dejasen en paz; la madre entonces estalló, lanzándole denuestos y maldiciones, como tenía por costumbre.

La puerta del cuarto se abrió de pronto y apareció Lola, alta, arrogante, lívida, con los ojos hundidos. Miró á su madre amenazadoramente y gritó:

—¡Te he dicho que me dejes!

—No me dá la gana — gritó también la madre. — ¿Qué te has figurado? ¿Que eres el ama aquí? No, hija, que soy yo... y estoy ya cansadísima; eres un estorbo; un mueble inútil; de nada sirves, sino de martirio para tu pobre madre... Tu pobre madre, que se quitó la vida por tí, y á quien de tal manera pagas.

—¿Y qué te debo yo?—preguntó Lola sombríamente.

—Me debes la vida.—dijo la madre con el mismo ímpetu de furia—la vida, y todo lo que á una madre debe su hijo.

—Y otras cosas también, que ninguna hija debe á su madre; te debo las visitas de todos esos hombres infames, á quienes insulto para que se vayan.

Dijo esto Lola y cerró violentamente la puerta.

No quedó así el asunto, como en otras ocasiones; la madre no se conformó esta



vez; se abalanzó como un tigre á la puerta, la golpeó, quiso echarla abajo, dió voces; declamó bárbaramente, descargando á la par de una manera más bárbara, los cerrados puños contra la

puerta. Salió de su boca un torrente negrísimo; no hubo respetos á nadie ni á nada; fué el delirio, fué la locura. «Su hija era una tal y una cual.» Siguió gol-



peando las maderas y golpeándose la frente; despedíanle llamas los ojos y pateaba y rugía:— ¡Abre, abre, mala pécora, bigardona! ¡Abre, guiñapo sucio! ¡Alacrán! ¡Abreee!... ¡mira que te destrozo cuando salgas! ¡Miserablota, desvergonzadísima! Ya lo pagarás todo. ¡Una lástima que no tengas orgullo! ¡Sí, enorgullécete de tu castidad, hija, que veremos al fin en que fangos olorosos tendrás que revolcarte! ¡Pura!—gritó después, con terrible ironía—¡Pura de mi corazón! ¡Pura y sin mancha, abre esa puerta, que tu madrecita te lo implora!

Se abrió la puerta súbitamente, y mamá Barrancones retrocedió con asombro, aun en medio de su terrible paroxismo. En el instante no más que estuvo cerrada la puerta, pareció que el rostro de Lola había enflaquecido doblemente; que tenía los ojos más grandes y más hundidos; sus labios estaban secos, y despedíanle relámpagos las pupilas. Fué hasta D.<sup>a</sup> Josefa, y le dijo lentamente, como si gozara de antemano con el efecto que iba á producir:

—No debes llamarme pura, porque no lo soy. Es una lástima que me des un calificativo que no merezco.

—¡Que no mereces!—exclamó la madre, como suspensa.

—¡Qué extraño es que no lo haya comprendido una mujer de tanta experiencia como tú!

—Pero ¿quién? . . . ¿cuándo?—gritó la Barrancones en un arranque espantoso de ira.

Se echó á reír Lola de un modo que partía el alma.

—¿Quién? exclamó, silbándole la palabra en los labios. ¡Pues D. Paquito! ¿Cuándo? La noche última... la de la cena... No te acordarás. Estabas borracha.

Oyendo esto, saltó la Barrancones á su hija, la cogió del cabello y tiró locamente; cayó Lola de espaldas con horrible rebotar de cabeza; allí tendida, cerró los ojos y pensó en D. Paco. La furia se cebó como quiso; pisoteó aquel cuerpo; desgarró su falda; clavó las uñas negras, como de acero, en sus carnes; golpeó reciamente la cabeza

gentil, y le acardenaló el demacrado rostro. Afianzándola después de un brazo, la arrastró por el piso. Detúvose, la cogió con más fuerza, y la levantó, echándola contra la pared, para que allí pudiera sostenerse.

—Bueno—exclamó febril.—¡Ya lo sé! Y ¿qué harás ahora? ¡Ya está hecho!... Continuarás sin duda.

Lola no se había quejado; no había proferido una palabra; continuó desde el principio con aquella sonrisa de mártir.

Sin dejar su amarga sonrisa, contestó brevemente, en voz hervorosa y seca, como la encina que cruje:

—No, te equivocas, no continuaré.

—¡Te morirás entonces!

—Me moriré,—repuso fieramente.

—Pero te morirás de hambre, como nos moriremos todos.

—Bien, nos moriremos,—gritó la hija, centelleante la mirada y temblándole los labios.—Moriremos, pero nadie se acordará de tí después de muerta y yo tendré quien me adore.

—¡Tú! ¿Quién será ese?—escupió

doña Josefa, con arrogante desprecio.

Se hundió Lolita los puños en el vientre y exclamó con acento propio de la tragedia:

—¡Mi hijo!







## XIX

Llego el instante supremo, y llegó la crisis en la lucha; sucedíanse las escenas rápidas, terribles, con una vida que espantaba, con una furia que hubiera conmovido el corazón de un coloso. Estábase en el gran esfuerzo último y ardiente de los gladiadores antes de caer. Eran las últimas llamaradas, más aterradoras y más grandes, del incendio que iba á concluir.



Pero ¿cómo caerían los gladiadores? ¿Por qué medio? ¿Cuándo? Día tras día, semana tras semana, la familia Barranones tuvo que luchar entre sí, luchando á la par, todos á una, contra la miseria.

Lolita no lloraba porque no sabía llorar por cosas grandes. Sufría en silencio y se acordaba de D. Paco, como su consolación y su alivio. De D. Paco, que no contestó á su carta siquiera... Pero mamá Barrancones constituía el principal personaje digno de estudio, en la familia; envejeció en algunos meses, se arrugó, se ennegreció; estaba sombría, taciturna, y sus vestidos iban á ser andrajos con muy poco tiempo que pasase. No fué muy amiga nunca del aseo de su persona; figúrense ustedes, con tanta escasez y tantos disturbios, el aspecto que presentaría la ilustre y gloriosa hembra.

Jamás hablaban Lola y su madre, como no fuese para entrar en discusión. Eran el escándalo de la vecindad y las echaron dos ó tres veces de las saluchas que habitaban, por diez y seis ó

veinte reales al mes. ¡Oh, qué espanto! ¡Cómo se estremece el alma de pensar en aquello! Era un estado horrible de tensión; la vida parecía siempre suspenso. ¡Qué inquietudes! ¡Qué marcos! Cansábanse de la pelea, y de nuevo volvían, cobrando aliento de algún manantial inagotable y misterioso. Lola vencía siempre; la dignidad, sea en la forma exterior que sea, se impone siempre á lo miserable y lo soez. Lola vencía, digo, pero le daba horror de su vencimiento, por la sonrisa que notaba en los labios de su madre. Era la sonrisa del demonio, cohibido bajo el yugo férreo de Dios. La sin par D.<sup>a</sup> Josefa, el vástago esclarecido de los ilustres Barrancones, mostrábase ya abiertamente en todo su divino y puro fulgor.

El día en que confesó Loia á D.<sup>a</sup> Josefa su estado, oyó de la gran señora una blasfemia y un juramento; el juramento de que la sangre de D. Paco pagaría todo lo que por su causa sucedió. Estuvo Lola desde entonces más alerta que nunca y notó con frío en el alma, que

todas las exhortaciones que su madre dirigía ahora al hermano, eran para enconarle el corazón, y ponerle un día frente á D. Paquito. Trató de contrarrestar tales influencias en su tío, pero no le fué posible; en aquel cerebro viciado no cabían otras palabras ni otras exhortaciones, ni otras influencias, que las de su horrible y fantástica hermana; aquella furia de carne y hueso, con apariencias de ser humano.

Se desconsoló mucho, pero más tarde fué entrando un poco en ánimos al considerar que nadie sabría dónde D. Paco estaba y, probablemente, no tendría D. Paco intenciones de volver en mucho tiempo tampoco. Se tranquilizó al fin pensando que ya tendría ella ocasión de prevenirle si regresaba á Adamión, antes que los rencores de D.<sup>a</sup> Josefa se extinguiesen. ¡Bello optimismo el de Lola al pensar así, porque los rencores de su madre no desaparecían nunca!

La mamá Barrancones, por lo demás, no parecía dispuesta á ceder en sus rabias contra el mozo. Todas las noches



al llegar el hermano, en la situación que ya supondréis, ocurría lo mismo. Doña Josefa daba comienzo, amonestándole con dulzura, y no á gritos, como otras veces; le hablaba de la familia, de que los caballeros deben vengar las injurias, de que Lolita fué deshonrada por un pillo y no hubo nadie que le pidiese cuenta. «¡Oh! Dios, si yo fuera hombre, ¡cómo se acordaría D. Paco para siempre de lo que nos ha hecho! ¡Sangre! ¡qué gusto ver su sangre! ¡Y qué! ¿El castigo luego? ¡Vaya un castigo! Algunos meses de prisión y nada más. Ya tenían los Barrancones influencias para echar de la cárcel á medio mundo si se ofreciese.» Dirían todos: —¡Está en la cárcel!— «¡Sí, pero está por caballero! ¡por honrado! ¡por justo! ¡por vengador de grandes injurias! Pero ya se ve, una no tiene á nadie, una no puede hacer nada... Sufrir y siempre sufrir...! ¡Dios bendito de los cielos!.. ¿Por qué una es hembra, y por qué las hembras han de ser débiles, para no vengar las injurias recibidas? ¡Abominación!»

Y seguía, seguía siempre con aquel

eterno zumbir, prolongado, continuo, inmenso, avasallador, que se metía una noche y otra en los sentidos y en el corazón del borracho, acostumbrándose á ellas con lentitud y grabando en su cerebro de imbécil la idea que al fin halló sencilla, de matar á D. Paquito. Pocas veces lograba la señora Barrancones llegar hasta lo último, porque estaba allí Lolita como contrapeso; mezclábase en la conversación, mejor dicho, interrumpía el discurso fatídico y monótono de la vieja, que oprimía su alma como una gran pesadumbre; interrumpía el discurso digo, con una palabrota cualquiera, buscada ex profeso. Muchas veces cayó la madre en la red, y aquella palabra era contestada con una interjección, viniendo de aquí la refriega; solían resultar algunos golpes para la hija; recibíalos sumisa en la cara ó en el pecho, guardando su vientre con santa ansiedad para que no diera allí un golpe. ¿Qué importaba todo? ¿Qué importaba, si Lola conseguía su objeto de desviar á doña Josefa de sus discursos para que no la oyese el hermano? Después de la

gran contienda, sentíase el cavernoso ronquido del señor Barrancones, que se durmió perezosamente al dulce rumor de los gritos de la señora. Respiraba entonces tranquila, sonriéndose en su interior con orgullo. ¡Pobre Lola! ¡cómo se dignificó en aquellas grandes batallas sostenidas con su propia madre! Al dormirse el tío, no tenía ya objeto la actitud de Lola; metíase en su rincón, tendíase, ocultaba la cara, permaneciendo silenciosa como si se hubiese dormido. Pasaron las semanas así y entró Lola en el noveno mes de su embarazo.

Era una tarde de Agosto, era una tarde hermosa como la sonrisa de los ángeles, fresca como los labios de las vírgenes, llena de perfumes como los incensarios de las iglesias. ¡Qué encanto tan sigular y triste encontraba Lolita en aquella tarde de Agosto! Vivían los Barrancones ahora en la calle del Pulidero, en un casucho medio derrumbado, un casucho que parecía hecho para ellas, como la mujer se hace para el hombre, como el dolor para el alma.

Hallábase Lolita sola, sola y sentada

en el balcón; cubriase con la falda ajadísima de uno de aquellos vestidos deslumbrantes que con tanto orgullo lució en «Lope de Vega». Desde el balcón, situado en la esquina casi, por el lado del solar, distinguíase un gran espacio de terreno sin edificaciones aun; parecía el



llano una dorada pajarera; salían los chicos del colegio y saltaban fieramente en los grandes pedruscos medio clavados en el arrecife, como brincan los pájaros de rama en rama. Vió Lola aquel



hermoso y gran entusiasmo de los niños y dirigió los ojos al cielo maquinalmente. ¡Qué cielo tan puro! ¡Qué azul tan diáfano! Por el otro lado del solar, distinguíanse como sonrisas de placer las altas copas de los árboles del campo próximo. Suspiró Lola y se agitó con un gran estremecimiento de fiebre. ¿Por qué nunca habría ella pensado en el cielo desde que tenía uso de razón? Contrajerónse sus labios en una sonrisa extraña y se encogió de hombros con desconsolador escepticismo, que ni ella misma pudo comprender; pero no supo qué singular impulso le hizo otra vez mirar arriba; se acordó de su niño; de aquel niño que no nació aún; en una nubecilla sonrosada creyó entrever la carita inocente del ángel. ¡Y nunca había pensado en el cielo!

Tendió la mirada vagamente por el espacio; allá, los árboles de frondosas copas, las dulces florecillas medio ocultas como almas tímidas, y los yerbajos silvestres; más próximo, el huerto abandonado de doña Trinidad, con sus tablas amontonadas, sus grandes pedruscos

cubiertos de verdín, su chocita de madera para el guardián; más acá, el cercado del huerto y los chicos otra vez, los chicos jugando á *la Ueva* y cogiéndose unos á otros con alegres risotadas, semejantes á músicas de pájaros.

Pensó de pronto en el día en que su hijo fuese como aquellos que jugaban allí, con su blusita, su cinturón y su cartera colgando, que se les iba de un lado á otro; pensó esto, y su rostro demacrado y descolorido se hermosteó de repente como la hoja de la rosa con una gota de rocío y una caricia de sol. Los únicos pensamientos de felicidad en Lolita, eran del porvenir; esa felicidad del amor y de la ayuda de su hijo, fué la única que gozó en aquel período de combate. Por eso luchó, y por eso venció hasta entonces... Y sin embargo, ¡qué léjos estaba aún la realización de aquella felicidad... el amor de su niño, el amor de aquella estrellita de la noche obscura de su alma, como dijo á D. Paco con la santa poesía simbólica del corazón de las madres!

Sentiase Lola con gran tristeza. Pron-

---

to, muy pronto, se encontraría en aquel deseado y temido instante del alumbramiento. Nadie la ayudaría, nadie la socorrería. De D.<sup>a</sup> Josefa, nada esperaba, y menos del señor Barrancones. Los vecinos son generosos, es verdad, pero ¡ay! se hicieron tan antipáticas al vecindario!

Dos días antes, doblegarónla horribles dolores, pero como no tenía experiencia de aquello, se tranquilizó cuando le pasaron. Nada volvió á sentir, no experimentaba ahora unas molestias grandísimas que la comprimieron y la ahogaron al principio, cuando nadie conocía su secreto, y cuando tenía que guardarlo y disimularlo ante los ojos experimentadísimos de la madre.

Pensó Lola alguna vez en el Hospital, como refugio, pero un invencible temor, formado por la repugnancia y la vergüenza, la impidieron moverse en tal sentido; tendría que salir sola además; sus antiguos conocimientos, á quienes ya ni veía ni hablaba, comprenderían su miseria, su estado... y cerraba los ojos y disponíase á morir con resignación.

Pero ¿y su niño? ¿y si su niño se desgraciaba? Si D. Paco la hubiese escrito animándola un poco siquiera, con muchos miramientos y pidiéndole por Dios que no se disgustase, le hubiera dicho que la socorriese en algo, por su niño y para su niño nada más, jurándole que nadie le arrancaría su secreto, que ella no exigía nada, que estaba contentísima con su niño, no necesitando otra cosa. Pero ¡ay! D. Paco no contestó, y ella se mantuvo en silencio, asustada en ocasiones, por haberle contrariado, y temiendo otras que no hubiese recibido aquella larga epístola que le dirigió.—Pobre niño mío,—decía Lola alguna vez, sonriendo con tristeza,—pobre niño, que ni su padre siquiera sabe que existe.—Y quedaba inmóvil después con los ojos cerrados, como en espera de algún terrible golpe que la debía aplastar. ¡No quiso decir á D. Paco que estaba en cinta! Le pareció que de este modo D. Paco hubiera creído que intentaba ella obligarle.

Estaba Lola en los mismos pensamientos de siempre; fué extinguiéndose



la luz con lenta dulzura, quedó todo sumido en la obscuridad, como Lola en aquel laberinto sin fin de su pensamiento, de que le era imposible salir.

Hízola estremecer en aquel punto el ruido de unos pasos. Conoció que eran los del Sr. Barrancones, por la pesadez y la desigualdad de ellos; entró aquél en la sala, y no vió á Lola, ni se acordó de ella; pudo comprender Lola que buscaba algo por los cajones de tal ó cual mueble; bajó después y Lola pensó un instante, con inquietud, en la presencia de su tío en la casa á una hora en que no le vió nunca; extrañándose de aquello, le siguió sigilosa y oyó á poco el susurro de un calladísimo diálogo, al pie mismo de la escalera. Yacía la calle solitaria, ningún otro rumor percibíase, á más de aquel susurro, pero nada pudo oír Lola; no obstante, en los segundos que aquel rumor de diálogo duró, creyó que el corazón se le partía por no entenderlo ella. Una cosa sacó, solamente: que la que hablaba era su madre y que hablaba con el hermano, á quien detuvo sin duda, al subir. ¿Pero qué ocurría, Dios Santo? Se

inclinó trabajosamente y escuchó con ansiedad. ¡Oh! ¡imposible! ¡nada! El tío dió un paso para alejarse. Iba á subir D.<sup>a</sup> Josefa; luego, algo separados, para despedirse ya, la voz de la mujer, sombría, imponente, misteriosa, llenando el corazón de Lolita de horribles fantasmas, sonó así:



—Mira cómo lo haces, acuérdate de los Barrancos.

Al oír... al adivinar Lola, mejor dicho, estas palabras, sintió un golpe terrible en el pecho; se irguió, quedando inmóvil, con la mano huesosa opri-

miendo nerviosamente el barandal; permaneció así un instante, y hendía la tiniebla con la mirada, que relampagueó en la obscuridad como los fuegos fatuos. El pensamiento, como la mirada en la tiniebla, estaba fijo en un punto obscuro,

algo gigantesco y sombrío, en algo que quería descubrir é iluminar; sintió de repente una congoja tremenda y así, como un gran desprendimiento de todo su sér, hasta parecerle que la vida le faltaba.

—¡Oh! Dios mío,—exclamó poderosamente,—van á matarle; le matarán sin duda.

Se lanzó á la sala, cogió un mantón presurosa y salió, poniéndoselo; salía acelerada, enérgica, febril, sin acordarse de su estado peligroso ni de su pesadez anterior, pero en la puerta halló un obstáculo, un fuerte muro, una horrorosa valla que la paró. La Sra. Barrancones que había subido.

—¡Aparta,—dijo Lola ahogadamente,—aparta, por Dios!

—¡Ah! lo has adivinado,—contestó la madre con reconcentrada ira—lo has adivinado.

—¡Déjame ir, por la Virgen!—repitió Lola, estremeciéndose de espanto.—Déjame ir.

—Espera, espera un poco,—repuso la Barrancones.—Retúvola con fiereza,

sonriéndole de un modo que la hija no pudo ver.

—No,—dijo Lola en un gemido,—he de ir, he de avisarle del peligro que corre;—y se abalanzó para romper el formidable muro con tremendo empuje.

—¡Ah! loba—exclamó la madre en voz estridente.—No lo conseguirás.—Recibió la acometida y la rechazó con ventaja. Había llegado la hora de que una de las dos venciese. ¡Aquel sí que era el combate decisivo! allí emplearon ya las dos todos los recursos; Lola olvidó por primera vez que era con su madre con quien combatía; se contentó siempre con herir hablando; ahora no hablaba ninguna de las dos. No era cosa de palabras aquello, sino de obras. La venganza suspiradísima de D.<sup>a</sup> Josefa consistía en que Lola no saliese, ó en sujetarla un rato á lo menos. La salvación de D. Paquito, en que Lola pudiera salir, para avisarle. Las dos pensaron esto, ciegas, terribles, sin compasión la una de la otra y sin compasión tampoco de sí mismas; á ninguna se le ocurrió gritar y menos á Lola, que podía hacerlo



sin temor. Fué una lucha sorda, tenaz; fué una lucha de muerte, sin cuartel, allí, en la misma puerta de la sala. Cayeron al fin y revolviáanse con feroz encono; aquello era la locura de las dos, pero locura de venganza y locura de nobleza. Golpe por golpe, rugido por rugido, y entre aquel espantoso rumor de los cuerpos arrastrándose, la palabra de D.<sup>a</sup> Josefa entrecortada, hervorosa como rayo que partía el pecho, los pulmones y las entrañas de su hija:—No lo conseguirás... Se casa esta noche... Yo entré... yo, yo entré hace tiempo como mandadera... ¡Lo matará!... ¡Yo le abrí á tu tío el camino!... ¡Los matará á los dos... á ella y á él!... Se casa... Nos desprecia... ¡Su sangre—su sangre, yo la veré!.... — Estas palabras fueron el colmo; en vez de acobardar á Lolita, fortalecieronla; rugió la leona y de un manotazo en el pecho dejó asfixiada casi á la hiena; dió un salto terrible después, bajó loca, salió á la calle, parecía una furia. Los ojos resplandecientes, el cabello desmelenado. las mejillas rojas, el vestido en desorden,

avanzó aceleradamente, arreglándose á la par en su locura como por un instinto de pudor, el cabello y las ropas.

Anduvo sin saber cuanto tiempo, y detúvose de pronto. «¡Le faltaban las fuerzas! ¡No podría salvar á D. Paco!»

Con aquel pensamiento no más, toda su fuerza nerviosa cayó de repente. Sin aquella tensión de antes, avasalladora de su sér entero, sintió asagrada como un rugido de la naturaleza que protestaba. El seno y los pulmones y todo su organismo, parecían rasgarse, como la tierra por una sacudida seísmica. Apretó los dientes, rechinándolos con furia, queriendo así contener un grito de dolor, y se cogió á los hierros de una reja para no caer; giró las espantadas pupilas á un lado y á otro. ¡Nadie que la socorriese, nadie á quien pedir auxilio! ¡Nadie que corriera en busca de D. Paco!... Sintió nuevamente aquellos terribles dolores, se estremeció, convulsa, lívida, jadeante, se creyó en aquel punto rodeada de ruinas... Acordándose súbitamente de sus oraciones del colegio, quiso rezar por D. Paco...

quiso rezar por su niño... Detuvo su pensamiento un grito espantoso que no fué ya bastante á contener, se le doblaron las piernas, aflojó las manos de los hierros y cayó de bruces.









## XX

¡Quién pudiera leer en el más allá, preparándose así contra ese destino misterioso, tormento y dicha á la vez del humano! Ya lo dijo una dama de comedia: la vida es una flor de perfumes que alientan y rejuvenecen, y de perfumes que hacen morir, sin que sepamos, al respirar, si es el veneno lo que viene, ó es la savia de Dios vivificante y pura!

Una evolución inexplicable, en otro hombre, fuere operando en la imagina-

ción del hijo de Rosalía; puedo yo decir que no fué cosa de la sangre ni de los nervios; que no fué otra prueba fehaciente de la idiosincracia suya, de su modo de ser, poco seguro, frágil, sin arraigo; la evolución á que me refiero se operó en él, más que por todo lo que dije, porque el destino lo fijó así; fué el destino sencillamente.

«¿Y por qué no he de casarme yo con ella?»

Un día, harto ya de devanarse los sesos, se le ocurrió esa idea como desenlace de la gran batalla de su corazón y quedó á seguida como si un nuevo mundo no soñado hasta entonces, pero infinitamente mejor, se le presentara á su espíritu. Lo que antes parecía á D. Paco un imposible, le pareció desde entonces, cuando ya no tuvo fuerzas para resistir, la cosa más sencilla. Escribió á su madre diciéndola que se casaba, que preparase á Anita, que lo dispusiese todo. Tuvo por un instante la idea de pedir á Rosalía, que se fuera con Ana á Madrid y casarse luego sin ostentación, sigilosamente; pero no pu-

so en práctica su pensamiento. ¿Por qué? ¡Quién podrá figurárselo! Porque el destino dispuso que no.

Era un gusto pensar en lo pronto que D. Paco transigió con su conciencia. Así somos los hombres; así es la humanidad; lo que nos parece con razón un crimen, á fuerza de pensar en él, de llevarlo dentro de nosotros, de vivir juntos, concluimos por identificarnos con él, y nos va pareciendo menos grande conforme los días pasan; al fin, se respira; al fin, el juez, indulgente de seguro, porque está en nosotros mismos, sonríe con cierta tranquilidad é impone muy blanda pena. Eso pasaba al hombre de mi historia. «Bastante sufrió ya con la separación de Anita durante ocho meses.»

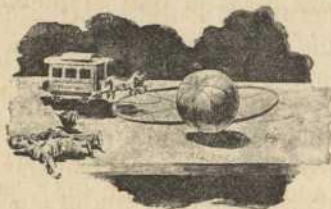
Pensó esperar la contestación de Rosalía, pero quien estuvo ocho meses privándose por su voluntad de ver á las personas amadas, no tuvo poder ahora para contenerse hasta recibir contestación de Rosalía. Bárbaro suplicio le pareció quedar esperando una respuesta que podía tener personalmente, y

aquella misma noche se metió en el tren. En la vertiginosa marcha al hermoso suelo andaluz, al querido país donde vivían Anita y su madre, ocurriásele pensar, con fiebre de impaciencia, alguna vez, que el inventor de los ferrocarriles fué un imbécil que no supo concebir otra cosa en que se pudiera viajar más rápidamente.

Pensaba, sin saber lo que pensaba; los pensamientos acudíanle con la misma velocidad que iba el tren resbalando por los railes: sus recuerdos de niño, sus recuerdos de adolescente, los de sus aventuras amorosas, desde que empezó á ser hombre; pensaba en sus maestros, en su abuela, en su madre, en Ana... en Ana sobre todo... ¡pero no se acordó de Lola ni de doña Josefá Barrancones un solo instante, por increíble que eso lo juzgueis! Cerca ya del término de su viaje, al salir de Córdoba, detúvose el tren un momento por no se qué avería, reparada inmediatamente, que ocurrió á la máquina. Vió desde allí las viejas murallas de la Ronda Cordobesa, acordándose también como se había acor-



dado de otras cosas, del gusto que sintió alguna vez al caminar solo por aquel paseo, solo y pensativo, deslizándose como una sombra en las noches caniculares á lo largo del enorme mura-llón, cubierto de ortigas y yedras aquí, derrumbándose allá, é interrumpido de



trecho en trecho por un gran cu- bo cuadra- do. Con ale- gria pensa- ba en aque-

lla época, y con cierta compasión de si mismo, porque no conocía entonces á Anita Vara... ¡Tampoco pensó esta vez en Lola ni en la madre de Lola!

El tren arrancó de nuevo y D. Paqui- to siguió con sus ideas anteriores. «Es muy hermoso el siglo en que vivimos, este siglo de fuerza, de luz, pero no por esto se olvidaba él de la época tradicio- nal de Córdoba, aquella época en que el ferrocarril era un mito y la electricidad hubiera vuelto locos á los vivientes. ¡Qué impresión la de don Paco en

otros días, al contemplar sobre la vieja muralla el escueto palo del teléfono! la «muralla maciza que los siglos no pudieron derrumbar, se amoldó como blando cerucho al capricho del hombre; ese palo escueto cuya fuerza comparada con la del murallón sería el hilo débil de luz ante el poderoso torrente de una miriada de soles, vale más y es más poderoso que el vetusto murallón. ¡Qué historias contaría la caduca muralla de temblorosa voz al jovenzuelo nervioso y atrevido! El palo del teléfono reiríase á carcajadas oyendo contar sus historias de aparecidos al muro fenicio ó romano, y diría desdeñosamente que le faltaba tiempo para oír necedades; el viejo muro del jaramago y de las ortigas, oyendo silvar sobre sí el rayo tembloroso y divino de la voz humana, corriendo rápido, más que el sol, por los alambres, se estremecería de espanto ¡Oh misterios del mundo! ¡oh humanidad, qué grande eres! El tiempo marcha, los siglos se avergüenzan de los siglos; vendrá un día en que el teléfono triste y vetusto, cuente rancias tradi-

ciones que serán historias de hoy, representando así el papel que hoy representa el viejo murallón... ¡Ay! quien representará entonces el papel que hoy representa el teléfono..!» En todo, en todo esto pensaba D. Paquito menos en Lola Barrancones, él, que estuvo para volverse loco de tanto pensar en ella! Ya sé que os parecerá imposible, ya lo sé, pero ¿Quién lo podía remediar?

Lo que ocurría entonces en casa de D. Paquito, no era menos curioso. Se levantó Ana más temprano que de costumbre; sentíase con gran pesadez, y se levantó más temprano porque se ahogaba en el lecho. El día fué nebuloso; amenazaba tormenta, que estalló al fin, al caer de la tarde.

Ya conocéis las vicisitudes del corazón de Ana, sus alternativas, sus vacilaciones; cuando su corazón se complacía en figurárselo todo más triste, por entrever claramente un porvenir de angustias y lágrimas, creía también contemplar, allá, muy lejos, una luz

que pronto seagrandaría iluminándola toda. Estas impresiones refrescaron su espíritu más de una vez, para hundirse luego y que su pena fuese más honda.

Aquella tarde no habló con Rosalía; le pareció ésta muy preocupada y entristeciéndose más por eso; su exagerada susceptibilidad, disculpable en su situación, era causa de que guardase en ocasiones un silencio tímido y triste.

Se sentó, siguiendo su costumbre, en una mecedora, allí, en el mismo cierro acristalado donde conocisteis á D. Paquito y á su madre. Púsose la labor en la falda y empezó á trabajar distraidamente; el paseo estaba solitario; el temporal amenazaba de firme; allá en el fondo, distinguíase el mar; sus olas, hirviendo, iban á estrellarse contra la muralla; interrumpiéronse los trabajos del muelle porque las olas levantábanse sobre los altos pretiles de piedra, inundándolo y barriéndolo todo; los barquichuelos de transporte y las grandes barcazas, mecíanse violentamente sobre el embravecido oleaje, sujetos con cade-



nas ó maromas; los buques de alto bordo, arrojaban enormes columnas de humo por sus achatadas chimeneas, y multitud de curiosos contemplaban desde las rocas del espigón un barco de vela, luchando inútilmente por hender las olas para arribar á seguro puerto. Un cielo cargado de nubarrones grises daba tonos sombríos á este gran espectáculo que aumentó las melancolías del corazón de Ana.

Suspendió la labor quedando con los ojos fijos en el mar y acordándose de una conversación que tuvo la noche antes con Rosalía. La inició ésta, diciendo de repente:

—Ana, es muy posible que venga mi hijo de un día á otro.

Cuando oyó aquello Ana, se inmutó; sabía que su protectora tenía un hijo, pero hallábase muy ajena de pensar que aquel hijo pudiese presentarse en Adamión. ¡Y aquel hijo era soltero!... ¿Cómo vivir entonces en aquella casa?

Como si Rosalía comprendiese su triste contrariedad, añadió muy placentera:

—Pero si viene, será para casarse... y descuida tú, que nunca nos separaremos nosotras.

Se abrazaron; Ana lloraba; Rosalía también, sin darse manejo la pobre, para salir de aquel paso, contándose lo todo.

En esto pensaba Anita aquella tarde, fija la triste mirada en el furioso mar; volvió la cabeza de pronto al sentir un grito en el salón, y levantándose, temerosa, salió al encuentro de Rosalía; ésta le presentó un telegrama, diciendo loca de felicidad:

—¡Ya viene, ya viene!

Sintióse Ana poseída desde aquel instante, de una gran inquietud; sin ella explicarse el motivo, su inquietud era de impaciencia; pensaba por otra parte en la boda de aquel hijo de Rosalía, encontrando muy anómalo que no le hubiese dicho su nombre aun y que en el tiempo que estaba en aquella casa no hubiese oído hablar nunca de la novia. Guardó por lo demás un prudente silencio, respetando el misterio de los detalles que no tenían explicación para ella.

Rosalía pasó la noche muy agitada; nunca habló de su hijo, y cuando habló, fué con mucha reserva y sin decir su nombre. «Mi hijo esto, mi hijo lo otro,» y nada más: pero aquella noche se desquitó, aunque tampoco le nombrase.

—¿Y cómo se llama?—preguntó Anita en cierta ocasión.

—Paco, contestó Rosalía, cándidamente.

No pudo contener Ana un movimiento de sorpresa; Rosalía añadió al instante:

—¿Ves tú? por eso no te quise decir nunca su nombre, por no entristecerte. Se llama como *aquél* ¿has visto? Y sonrió sin que Ana se explicase el motivo. Inclino la cabeza, y Rosalía siguió hablando alegremente de su Paco, y de lo feliz que ella sería junto á la mujer de su hijo.

—Porque te advierto, Ana,—añadió la feliz madre, para acabar en una ocasión su discurso,—que vas á ver lo que no te imaginas; vas á ver á una suegra que nunca se pelee con su nuera.

Hablando así, oyeron que un coche

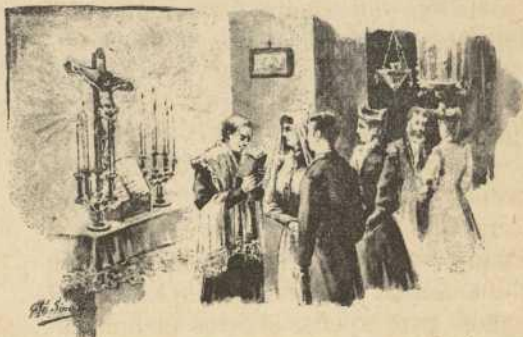
detenía-se á la puerta; se asomó Rosalía al balcón. «¡Era él!» Corrió luego, atravesó la sala, siguió el pasillo; Ana iba detrás; al final del pasillo detuviéronse; ya estaba allí *él*, que subió apresurado; Rosalía le abrazó fuertemente, sin hablar; Ana quedó suspensa, aterrada, loca. «¡Era D. Paquito!» Vaciló, iba á caer, sólo pudo pronunciar estas palabras:

—¡Y viene á casarse!

—¡Contigo!—gritó Rosalía, empujándola hacia su hijo.

Ana cayó...

Pero cayó en brazos de D. Paco.



Pasaron dos semanas y verificóse la ceremonia.



---

—Ya es mi mujer; ya no se avergüenza de mí; ahora sí que puedo estar orgulloso; si quisiera, hasta podría besarla delante de todo el mundo. Así decía D. Paco, pero no la besó.—¡Ah, terrible ley del humano egoísmo! Si no besó D. Paco á su mujer delante de todo el mundo, no fué por miramientos sociales. Fué porque besándola á solas no disfrutarían de aquel beso las miradas de los demás. Para él solo. ¡Para él! ¡Dios santo, un beso de Ana! ¿Sería posible que hubiese un segundo destinado en la majestuosa y divina repartición del tiempo, para que él lo emplease en besar los labios de aquella criatura idolatrada? Cerró los ojos. No le contestó nadie, ni él se supo contestar á sí mismo.

Fueron invitadas muy pocas personas; la familia del novio y algunos conocidos de antaño. Marcháronse en cuanto comprendieron que allí no hacían falta alguna. Despedíanse de los desposados, pero apenas si éstos podían explicarse lo que en torno de ellos pasaba. El mundo, el cielo, la eternidad, ence-

rrábase en ellos dos. ¡Pobre Ana, cuán feliz era!

Estaban en el balcón acristalado del parque; en el salón despedíanse amigos y deudos; el parque solitario, la noche hermosa. Había luna, no os sonriais, os lo suplico. Acaso ¿no era digna la frente de Ana de un hermoso rayo de luna? D. Paquito contemplaba á su mujer en éxtasis; no tenía frases entonces para decirle todo lo que estaba sintiendo. No veía nada en absoluto, fuera de dos grandes centellas que parecían brotar de los ojos de Ana, incendio y espada á la par que llegaron á él lentamente, hiriéndole y abrasándole el corazón, el cerebro y las entrañas.

—¡Ay!—dijo, como si muriera—¿me quieres?

La mujer no contestó; no pudo... por estar más conmovida que el hombre.

Vino la madrina y se llevó á la novia; ella se alejó sonriendo. ¡Qué extraña pareció á D. Paco su sonrisa! No supo lo que le pasaba; acudió resuelto como para defender á Ana de alguien que se la fuera á robar; pero la madrina le de-

tuvo autoritariamente, diciéndole con dejillo irónico:

—Alto, que no es tiempo aun.

¡Bah! ¡qué fascinación había tenido! ¿Quién iba á robarle á su Ana? Quedó en el cierro; fué serenándose. ¡Qué feliz era entonces! Ni por un segundo se le ocurrió pensar en lo que otros estarían sufriendo en aquel instante... En aquel instante, que era precisamente en el que Lola pedía á Dios por él, cayendo al fin, como aplastada por la misma culpa de haberle querido.

Aspiró ansioso el fuerte olor de las acacias del paseo; los pulmones se le dilataron, y en su pecho y en su sangre palpité la vida; hubo otro momento en que dudó de si estaría completamente sano; algún principio de dolor pareciale sentir. ¿Dónde era? ¿En el cuerpo ó el alma? no lo sabía, no pudo explicárselo; pero si los dolores físicos ó los dolores del alma pudiesen tener forma, aquel asomo de dolor de D. Paco hubiera parecido una imagen. La imagen de una mujer; D. Paco no lo sabía, pero su dolor era Lola.

Aquella inquietud se fué; menos aun, no llegó á manifestarse completamente. La noche era hermosísima; inspiraba no sé qué lánguida quietud, no sé qué cansancio abrumador y feliz al mismo tiempo; instantes levísimos en que la carne y el alma se confunden perezosamente en un abrazo de satisfacción íntima. Las estrellas parecían titilar misteriosamente como labios que se movieran en callados coloquios de amor; la brisa arrastrábase también perezosamente, arrancando no sé qué rumores á los árboles que empezaban á hundirse en la sombra... Sacó á don Paco de su deliciosa abstracción un golpecito que le dieron en la espalda. Fué la madrina... ¡Qué simpática le pareció con su cargazón de espaldas, y con su rostro de arrugas! La sonrisa irónica vagaba en sus labios aun.

—Cuando usted quiera, señorito,—  
dijole solapadamente.

El novio saludó con un encogimiento de que no se dió cuenta. «¡Ya podía ver á Ana... Estarían solos!» Su madre no se le presentó, pero D. Paco no la echó de



menos. No se dió cuenta de cómo llegó á la alcoba nupcial; tropezaba con todo, y os reiríais si dijera que aquellos tropezones, sin intervalos regulares, no eran tan fuertes ni tan irregulares como los latidos de su corazón; vióse al fin en el divino templo; cerró la puerta sigiloso, como si se avergonzase de que le sintieran; la habitación se alumbraba, discretamente, por una fina lámpara que pendía del techo; los ángulos perdíanse en misteriosa penumbra: ¡qué perfume tan embriagador se respiraba allí! Olía á pureza. Perdóname, lector, yo no lo digo; lo pensaba el novio.

— Ana, — dijo muy bajo, temblorosamente.

No le oyó sin duda, y avanzó presuroso; llegó á la cama; levantó la cortina; la luz metíase allí con dificultad. Por un instante, la idea de aquel beso de Ana que no pudo recibir aún, le abrasó la mente y le nubló la vista; se inclinó entonces febril, para recibirlo y devolverlo, y no llegó á tocar con su boca la de la mujer, porque sintió, al inclinarse, un contacto duro sobre el corazón. ¿Qué

era, Virgen Santa? ¡El puño de un cuchillo! Sintió á la vez una cosa tibia en las manos... ¡Sangre! ¡Al inclinarse de pronto y tropezar su pecho con el mango, había hundido más la aguda hoja en el corazón de Ana!

No describió la cortina; la hizo pedazos de un tirón. Sin ella, la luz llegó



hasta allí con menos trabajo. Vió D. Paco á la querida mujer, inmóvil, pálida, cerrados los ojos. ¡Qué contraste, Dios de Misericordia, el de aquel rojo de la sangre,

sobre el nácar suavísimo del desnudo pecho! Era verdad. No soñaba el hombre. Miró á la puerta estúpidamente; la luz después, la sangre de sus manos luego... La alcoba estaba silenciosa... ¡Si se hubiese oído siquiera la respiración de Ana!.. contuvo la suya...

quedó atento...; ¡no se oía! Llevóse las manos á los ojos como un muerto que de repente resucitase... Quedó fijo, sin saber qué le sucedía... Pensó de pronto en D.<sup>a</sup> Josefa... en Lola... y se echó á reír, luego, de una manera insensata. Siguió riendo... riendo sin descanso... sin tregua. ¡Pobre D. Paquito! Hallábase en todas ocasiones tan dispuesto á lanzar la carcajada... que no le costó trabajo echarse á reír para siempre.

. . . . .  
El Sr. Barrancones fué á presidio y allí murió de una borrachera.

. . . . .  
Su ilustre hermana, la señora Barrancones, estuvo en prisión unos meses, pero salió bien y quedó libre por completo, sin el *bocamás* de su hermano, sin el estorbo de Lola y satisfecha en su venganza con la muerte de Anita y la locura de D. Paco, que era peor que la muerte. ¡Bendito sea Dios, que sabe dar gusto á las personas, para que cumplan sus aspiraciones en este mundo! D.<sup>a</sup> Josefa quedó ya tranquila, y tranquila vive. «¡Ay Jesús!»

.....

Pero un día dejó D. Paco de reír.

Habían pasado diez meses. Conoció á su madre, se dió cuenta de todo, lloró en sus brazos, acordándose de Ana y de Lola.

—¡Qué espero ya en el mundo!—exclamó desgarradamente.

Rosalía fué á una cuna, cogió un hermoso niño dormido y se lo presentó á D. Paco.

—¿Qué esperas?—repitió á la vez, con grave solemnidad— que Dios te perdone, si educas á tu hijo mejor que yo te eduqué á tí, para que no amargue tu vejez como tú has amargado la mía.

¡Y se echó á llorar!

—¡Mi hijo!—exclamó D. Paco.

—Y de Lola—prosiguió la pobre mujer, enjugándose las lágrimas;— quise salvarla y no pude; llegó hasta la puerta casi; oyeron sus gritos; dijeronme que una mujer moría; corri yo misma á socorrerla y murió en mis brazos después de confesármelo todo y dar á luz ese niño.

D. Paco levantó la cabeza, y encon-

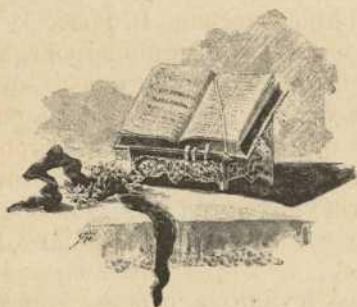


tró la cara de aquel *hijito* á quien Lola no pudo ver; habíase despertado y miraba á su padre plazeramente, con unos ojazos negros que parecían quererse tragar al mundo. ¡Qué pestañas las de los ojos aquellos! Las de su madre.

Cogió D. Paco al niño, le retuvo á la altura de su frente y le miró con fijeza extraña. Al través de aquellos ojos de inocencia, como por un objetivo ideal, creyó ver la última sonrisa de Lola!

Besó á la criatura, suspiró penosamente y exclamó luego en voz muy baja:

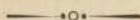
—Hay otra vida.



### NOTA

En una errata que he notado en la pagina 65, dice: «no son de este sitio» y debe decir: «no es, etc.» También hallé en otra parte, *esfervencia* por *esfervencia*; y salpicando las paginas, aqui y alli, algunas, de imprenta puramente, como *choaajo* por *chozajo*, *mucha* por *mucho*, *perapeto* por *parapeto*, y otras que no es necesario señalar, por la convicción que abrigo de que la benevolencia de mis lectores ha de perdonarlas, supliéndolas á la vez, con su talento probadisimo.

## Obras de Martínez Barrionuevo



### EL DECÁLOGO

|                                                |      |       |
|------------------------------------------------|------|-------|
| AMAR Á DIOS (2. <sup>a</sup> edición). . . . . | 1'50 | ptas. |
| NO JURAR. . . . .                              | 1'50 | >     |
| SANTIFICAR LAS FIESTAS. . . . .                | 1'50 | >     |
| HONRAR PADRE Y MADRE. . . . .                  | 1'50 | >     |
| NO MATAR . . . . .                             | 1'50 | >     |
| NO FORNICAR (3. <sup>a</sup> edición). . . . . | 1'50 | >     |
| NO HURTAR. . . . .                             | 1'50 | >     |
| EL FALSO TESTIMONIO. . . . .                   | 1'50 | >     |
| LA MUJER AJENA. . . . .                        | 1'50 | >     |
| LOS BIENES AJENOS. . . . .                     | 1'50 | >     |

---

|                                                       |      |   |
|-------------------------------------------------------|------|---|
| LA CONDESITA. . . . .                                 | 2    | > |
| EL SEPULTURERO DE ALDOBA. . . . .                     | 2    | > |
| LA GENERALA (2. <sup>a</sup> edición). . . . .        | 3    | > |
| LA QUINTAÑONES. . . . .                               | 4    | > |
| SEÑORES DE SALDÍVAR. 2 tomos. . . . .                 | 6    | > |
| EL PADRE ETERNO (2. <sup>a</sup> edición). . . . .    | 4    | > |
| LOS GRANDES CRIMINALES. Cuaderno. . . . .             | 0'50 | > |
| ANDALUCÍA, edición monumental. Cuaderno. . . . .      | 1    | > |
| JUANELA. . . . .                                      | 3    | > |
| UN LIBRO FUNESTO. (12. <sup>a</sup> edición). . . . . | 1    | > |
| DE PURA SANGRE. . . . .                               | 3'50 | > |
| ¡MISERICORDIA!. . . . .                               | 3'50 | > |
| VENTA DE HIJOS (ilustrada). . . . .                   | 3'50 | > |

### TEATRO

|                                                      |   |   |
|------------------------------------------------------|---|---|
| CAIN. Melodrama en tres actos. . . . .               | 2 | > |
| LOS ESCUDEROS, Cuadro de Antaño, en un acto. . . . . | 1 | > |
| EL GRAN ESCÁNDALO. Sainete en un acto. . . . .       | 1 | > |

NUEVAS PUBLICACIONES

Joaquín María Bartrina

ALGO

COLECCIÓN DE POESÍAS ORIGINALES

ILUSTRADAS POR

José Luis Pellicer

5.ª EDICIÓN



Forma esta obra un tomo en 8.º, impreso con esmero en papel superior y adornado con una cubierta á tres tintas.

Contiene este libro 74 preciosos dibujos intercalados en el texto y grabados con la mayor perfección.

**Precio 3 Pesetas.**



# TRATA DE BLANCAS

NOVELA SOCIAL

ORIGINAL DE

Eugenio Antonio Flores



ILUSTRADA

POR

F. Gómez Soler



Forma esta obra un elegantísimo tomo de 300 páginas en 8.º, con ocho láminas sueltas grabadas con esmero, encuadernado con una preciosa cubierta al cromo.

Precio 3 pesetas





# Flor de un día

NOVELA BASADA

EN EL DRAMA DE SU MISMO TÍTULO

— POR —

Manuel Angelón

5.<sup>a</sup> EDICIÓN

Obra adornada con ocho láminas  
seltas y una preciosísima cubierta  
al cromo.



Un tomo en 8.<sup>o</sup> mayor, 3 ptas.

# Espinas de una flor

SEGUNDA PARTE DE  
FLOR DE UN DÍA



novela basada en el drama de su mismo título

POR

**Manuel Angelón**

5.<sup>a</sup> EDICIÓN

Obra adornada con ocho láminas sueltas y una preciosísima cubierta al cromo.

Un tomo en 8.<sup>o</sup> mayor

—\* Precio 3 pesetas. \*—





ROMANCES  
DE  
Corte y Villa

— POR —  
Francisco Gras y Elias

CON UN PRÓLOGO DE  
FEDERICO SOLER Y HUBERT

ILUSTRADOS POR

Diéguez, Gómez Soler y Vazquez

Forma esta obra un tomo en 8.º, encuadernado con una elegante cubierta en colores.

Contiene 49 dibujos intercalados en el texto, perfectamente grabados.

**Precio 2'50 pesetas**







!!!Obra de sensación!!!

POESÍA  
DEL PORVENIR

POR

**F. SALAZAR**

CON UNA CARTA-PRÓLOGO DE

Don Francisco Fi y Margall

ilustraciones de

**F. Gómez Scler**



Forma esta obra un tomo en 8.º, encuadernado con una elegante cubierta al cromo.

Contiene este libro 72 dibujos intercalados en el texto, perfectamente grabados.

Precio 2'50 ptas.



# CARMEN

NOVELA

DE

**Próspero Mèrimée**

TRADUDIDA POR

**D. CRISTÓBAL LITRAN**



— 2.<sup>a</sup> EDICIÓN —

Forma un cuaderno en 4.<sup>o</sup>

PRECIO 0'50 PESETAS

# ABRAHAM LINCOLN

su juventud y su vida política

Historia de la abolición de la esclavitud  
de los Estados Unidos

—✚— POR —✚—

Alfonso Jouault

Un tomo en 8.º 1 peseta

---

## CUENTOS DEL DÍA

~~~~~ POR ~~~~~

Ventura Ruiz Aguilera

Un tomo en 8.º - Precio 1 peseta

Un adulterio en juicio oral

(MEDITACIONES)

TEXTO DE

ALBERTO LLANAS

— DIBUJOS DE —

Apeles Mestres

— Un tomo en 16.º — Precio, pesetas 0'50 —

VICTOR HUGO

UN LIBRO DE SUS OBBAS

COMPAGINADO

— POR —

R. de P. é I.

Un tomo en 8.º 2 pesetas

GUÍA

— DE —


España y Portugal

—* POR *—

EDUARDO TODA

con un mapa de la Península y planos
de las principales ciudades.

Un tomo 8.º mayor, tela, ptas. 10



BARCELONA EN LA MANO

8.º

GUÍA DE BARCELONA

Y SUS ALREDEDORES

— POR —

J. Roca y Roca

ilustrada con grabados fototipográficos
y cinco planos.

Forma un tomo en 8.º encuadernado en tela

PRECIO 3'50 PTAS.

GUIDE DE BARCELONE

ET SES ENVIRONS

PRÉCÈDÉ D' UN

Manuel de Conversation

FRANÇAIS-ESPAGNOL

Photogravures, plans de la ville
et ses environs, &., &.

Un volúmen en 8.º, tela, 4 pesetas.











VENTA
DE
HIJOS

MARTINEZ
BARRIO-
NUEVO



FAN
XIX
378

